Contra el mito del colapso ecológico

Emilio Santiago

Por qué el colapsismo es una interpretación equivocada del porvenir y cómo formular un horizonte de transición transformador



arpa

Contra el mito del colapso ecológico

Emilio Santiago

Por qué el colapsismo es una interpretación equivocada del porvenir y cómo formular un horizonte de transición transformador



arpa

CONTRA EL MITO
DEL COLAPSO ECOLÓGICO

Las reflexiones de este libro se enmarcan en el trabajo desarrollado en el proyecto de investigación *Humanidades energéticas: Energía e imaginarios socioculturales entre la revolución industrial y la crisis ecosocial* (PID2020-113272RA-I00).

Primera edición: junio de 2023

ISBN: 978-84-19558-20-6

Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Anna Juvé
Maquetación: Nèlia Creixell
Producción del ePub: booqlab

Arpa
Manila, 65
08034 Barcelona
arpaeditores.com

Emilio Santiago Muíño

CONTRA EL MITO DEL COLAPSO ECOLÓGICO

arpa

SUMARIO

«Todas nuestras actuales curvas estadísticas pueden desviarse y alterarse como consecuencia de la decisión y la inventiva humana; y al tomar tales decisiones nuestros ideales normativos desempeñarán un papel tan importante como nuestro conocimiento».

LEWIS MUMFORD

«Como lo mejor está todavía en trance de gravidez, es preciso confiar en ello, a fin de que se logre».

ERNST BLOCH

1
CUANDO EL ECOLOGISMO RENUNCIÓ AL FUTURO

«Declararnos insumisos a la ideología póstuma es, para mí, la principal tarea del pensamiento crítico hoy».

MARINA GARCÉS

LA HUMANIDAD ANTE UNA CUENTA ATRÁS ECOLÓGICA

En las últimas décadas todo lo que podía ir mal parece que va peor. Como si nuestra civilización acelerara hacia algún tipo de catastrófica traca final. Los convulsos años que siguieron al crack de 2008 se antojan ya el tráiler de un siglo convulso. En la década de los veinte, cada mes es como un nuevo capítulo de la serie *Years and Years*. Incendios dantescos. Precios energéticos disparados. Cadenas de suministro rotas. El Covid-19 provocando casi siete millones de muertos y declarando vista para sentencia la globalización neoliberal. Una tormenta de nieve paralizando España y su economía como jamás podría soñar la huelga más revolucionaria. Momentos de desabastecimiento que afectan también a las naciones desarrolladas. Un *putsch* golpista de extrema derecha asaltando el Congreso de Estados Unidos, y justo dos años después el Congreso de Brasil. El retorno de la guerra al suelo europeo. Y con ella la vuelta del miedo al holocausto nuclear, uno de los pocos apocalipsis que parecían pasados de moda.

El desenlace de la aventura moderna se inclina abrumadoramente hacia el lado de la distopía. Los imaginarios culturales predominantes, obsesionados por contarnos el fin del mundo en todas las versiones

imaginables, no ayudan a interpretar los hechos de otra manera. Los informes científicos, las intervenciones artísticas o la reflexión filosófica sintonizan de modo creciente con este rango de frecuencias lúgubres, que apuntan a una nefasta culminación de la historia. Marina Garcés llama a este proceso el paso de la condición posmoderna, la del presente eterno neoliberal, a la condición póstuma, la del presente insostenible. «Nuestro pos- es el que viene después del después: un pospóstumo, un tiempo de prórroga que nos damos cuando ya hemos concebido y en parte aceptado la posibilidad real de nuestro propio final»[1]. La humanidad bajo la sombra inquietante de una pregunta: ¿hasta cuándo?

No es un estado de ánimo gratuito. Acumulamos problemas que, llevándole la contraria a Marx, nos hemos planteado pero no hemos sabido resolver. La cuestión republicana fue el gran asunto que nos impusimos desde el siglo XVIII: construir instituciones democráticas bajo control de una ciudadanía de libres e iguales. Aún seguimos ahí. Los avances son notables, pero también frágiles. Geográficamente desiguales. Muy imperfectos en la dotación de derechos efectivos a los pobres, a las mujeres, a las personas racializadas. Se estima que ciento cincuenta años después de su abolición oficial todavía hay cincuenta millones de esclavos en el mundo.

El siglo XIX se enfrentó a la cuestión social: la necesidad de una justa distribución de la riqueza y una racionalización de la producción industrial al servicio del bien común. Muchos avances que habíamos logrado al respecto han sido desmantelados por la contrarrevolución neoliberal. El nivel de involución en este asunto ha sido escalofriante. Por ejemplo, en 2015 las setenta y dos personas más ricas del planeta acumulaban tanta riqueza como la mitad (tres mil quinientos millones de personas) más pobre de la humanidad. Lo que nos acerca a los niveles de desigualdad que sirvieron de caldo de cultivo para acontecimientos como la Revolución francesa.

Sobre las arenas movedizas de estas dos grandes tareas inconclusas, el siglo XX introdujo dos nuevos dilemas existenciales.

Uno de ellos, aprender a relacionarnos con tecnologías con gran poder destructivo, que nos quedan epistémica y moralmente grandes, como las armas nucleares. El otro, reintegrarnos a unos límites planetarios violentamente sobrepasados. Los límites del planeta son una buena metáfora que nos ayuda a pensar en una anomalía sin igual: hemos trastornado los patrones de regularidad material (clima, flujos energéticos, equilibrios ecosistémicos) que siempre han cimentado la relación de las sociedades humanas con el resto de la biosfera. Patrones con diez mil años de estabilidad en el caso de la atmósfera. Y de muchos millones de años de antigüedad previos al surgimiento del género *homo* en el caso de la bioquímica o el metabolismo energético. En pocas palabras, nos hemos convertido en cobayas de un experimento planetario que está fuera de control.

Hay quien relativiza esta angustia argumentando que la degradación ecológica no es monopolio de nuestro tiempo. Nos lo demuestra el exterminio de la megafauna paleolítica. O la desertificación provocada por sobreexplotación agrícola, común en muchos imperios de la Antigüedad. Pero el Antropoceno, por usar una categoría tan ideológicamente problemática como acertada (capitaloceno delimita mejor las responsabilidades, pero define peor sus efectos), ha amplificado estos fenómenos a una escala totalmente nueva. Apenas dos siglos después de su inicio, un proceso de industrialización basado en los combustibles fósiles, promovido por una sociedad organizada a través de la dominación compulsiva, la apropiación excluyente y la competición violenta, se nos descubre como una trampa evolutiva endiabladamente compleja. Los daños colaterales involuntarios se acumulan y se potencian entre sí. En el siglo XXI, todo parece una especie de baile maldito entre fuerzas productivas y fuerzas destructivas, como las llamó Manuel Sacristán donde no hay bien que por mal no venga.

El Antropoceno es, ante todo, el signo de que nuestras cosmovisiones han quedado obsoletas. Ya no responden al territorio material, social ni simbólico de nuestro tiempo. Estamos intentando

viajar con un mapa antiguo por un país que, sin habernos dado cuenta, ha sufrido un terremoto devastador. Las viejas carreteras y ciudades están destruidas, las montañas y bosques derribados, los polos magnéticos invertidos y nuestras antiguas brújulas enloquecidas. Es necesario reposicionarse. Inaugurar una nueva topología social y moral. La crisis ecológica nos obliga a reordenar nuestras prioridades. Los derechos laborales, de género o raciales se pueden perder. Pero se pueden reconquistar en el vaivén de las movilizaciones y sus ciclos. Una derrota ecológica, en este punto crítico de la historia, sería irreversible. Si la temperatura se dispara cuatro o cinco grados por encima de los promedios actuales, lo más probable es que la aventura humana llegue a su fin. La maldición de nuestra generación es que el tiempo ya nunca más estará de nuestro lado. Ahora correrá siempre en contra, en una cuenta atrás que acongoja. El esquema progresista está definitivamente roto. El futuro ya no es fuente de ilusión sino de terror.

Los plazos son muy ajustados. Según el sexto informe del IPCC[2], en 2021 el presupuesto de carbono del que disponemos para no superar los 1,5º de aumento de temperatura de aquí a final de siglo es de 400 Gt de CO_2. Para no pasar de 2º, con un 66 % de probabilidades, es de 1.150 Gt de CO_2. Al ritmo actual de emisiones, que es 40 Gt anuales, el margen de maniobra para evitar los 1,5º lo habremos malgastado en 2030. Es decir, en una década habremos consumido el espacio de seguridad climática de todo un siglo. Al mismo ritmo, en 2045 podríamos dar también los 2º por perdidos. De estos datos cabe inferir que a mediados de esta centuria habremos cruzado el Rubicón ecológico: o una sociedad reintegrada en los límites de la biosfera, que haya sentado las bases de la estabilización del sistema climático, o la descomposición catastrófica de la civilización industrial en una lucha hobbesiana por el control de recursos cada vez más escasos, y bajo los caprichos de una atmósfera caótica y hostil. Hacia el último tercio del siglo ya habremos penetrado profundamente en uno de estos dos caminos que hoy

empiezan a bifurcarse. Tomando la onda expansiva de las revoluciones francesa y rusa como unidad de medida histórica, Eric Hobsbawm distinguió entre un siglo XIX largo y un siglo XX corto. La crisis ecológica nos lleva a pensar que el siglo XXI será cortísimo.

Pocas generaciones de la historia han sufrido condiciones objetivas tan claras como la nuestra para sentir legítimamente eso que Walter Benjamin detectó como una inclinación crónica de la humanidad a la que había que restar importancia: «No ha habido época que no haya creído encontrarse ante un abismo inminente»[3]. El apunte es correcto. La hipérbole milenarista es uno de nuestros vicios más queridos. Pero esta vez, como en el cuento popular, el lobo está más cerca del corral de lo que ha estado nunca. Como afirma Andreu Escrivà, ninguna otra generación ha tenido la responsabilidad y el poder de actuar en tiempos humanos para evitar cambios nefastos a escala geológica[4]. Por defecto, queramos o no, los vivos de hoy estamos arrojados a un nivel de protagonismo vertiginoso, que será determinante en la historia de nuestra especie. Seguramente convenga rebajar la escala del reto para no abrumarnos. La aguja de la historia se enhebra mejor con los hilos de las transformaciones cotidianas que con las fibras de la grandilocuencia ideológica. Pero para los vivos de hoy, que vivimos tiempos extraordinarios, la épica no es una opción sino un destino. Lo que no es un destino es la derrota.

ECOLOGISMO: UN FRÁGIL MESTIZAJE ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA

Los riesgos de este momento de peligro son múltiples. En un extremo, la calidad de la vida humana puede degradarse durante generaciones. En otro extremo, las condiciones para la vida humana, y la de otras especies, puede sencillamente desaparecer. En medio, todo un abanico de nuevas barbaries posibles. De pendientes resbaladizas que se precipitan hacia la descomposición y la pérdida de algunos de los logros y las conquistas más importantes de los últimos siglos. Tanto en

el plano de la cultura material cotidiana como en el plano de los derechos sociales y políticos.

Estos logros y estas conquistas están muy lejos de ser patrimonio común de la humanidad. Su reparto ha sido desigual. La modernidad industrial (capitalista o socialista) se ha alimentado y sigue alimentándose de mártires del progreso. Los millones de personas que han estado condenadas a malvivir en ambientes tóxicos, y a trabajar en entornos laborales brutales, no son ni una anomalía ni un arcaísmo. Los paisajes de miseria antropológica con los que Engels o Dickens describieron la Inglaterra del carbón del siglo XIX no distan mucho de los polígonos textiles en un *slum* de Pakistán de nuestros días. En términos cuantitativos, las personas que sufrieron la violencia de la proletarización y el inicio de la revolución industrial en Europa son apenas una gota en el mar de las que hoy viven procesos semejantes en Asia.

Sin embargo, no hace falta comprar el argumentario completo de Steve Pinker para reconocer que la trayectoria general de los últimos doscientos años admite un balance menos sombrío. Desde la reducción de la mortandad infantil hasta el acceso al agua potable, la alfabetización, la seguridad alimentaria, la cobertura sanitaria o el derecho a la participación política, son muchos los aspectos relevantes para el florecimiento de una vida digna y plena que se han democratizado a niveles sin precedentes. En buena medida, ha sido gracias a las luchas contra los privilegios protagonizadas por las mujeres, los trabajadores, los colonizados, los dominados y los excluidos de cualquier signo. La promesa profunda de la emancipación está a medio cumplir, pero no es una estafa. Lo que marca nuestra era es que, a mitad de la aventura, la crisis ecológica ha irrumpido para impugnar el camino tomado. Sin darnos cuenta hemos cambiado las reglas del juego.

Porque hoy está políticamente en juego, como siempre lo ha estado, el sufrimiento o la felicidad de millones de personas. Hoy está políticamente en juego, como siempre, la línea que para muchos

separa la vida y la muerte. Pero lo que nunca ha estado políticamente en juego, pero hoy sí, es lo que Barry Commoner llamó *la cuestión de la supervivencia*[5]. Lo que nunca ha estado políticamente en juego, pero hoy sí, es el futuro, en su acepción más desnuda de tiempo por venir. Que el escenario de la extinción humana se haya vuelto plausible es quizá la expresión más clara de la novedad que introduce la crisis socioecológica. Solo comparable a la novedad que introdujo el armamento atómico, dos caras de la misma desmesura antropológica.

Anticiparse para corregir esta trayectoria autodestructiva. Adelantarse para asegurar no solo la supervivencia de la especie sino también una buena vida. Este ha sido siempre el sentido histórico del ecologismo. A diferencia del conservacionismo ambientalista, el ecologismo no busca solo preservar y patrimonializar trozos de la naturaleza dada frente a las consecuencias dañinas de la actividad humana. Quiere anular las causas estructurales de este daño. Y en línea con esa pulsión moderna de dotar a la evolución de la sociedad de una determinada dirección, busca reorganizar los parámetros sistémicos que conforman nuestro modelo económico, nuestros regímenes políticos y nuestros marcos culturales. Inevitablemente, todo ello arroja al ecologismo a una relación ambigua, y no bien resuelta, con los dos afectos más potentes que conoce el ser humano: el miedo y la esperanza. «La política verde busca superar el temor sin alimentarlo», escribe Andrew Dobson en un intento de condensar el tipo de funambulismo que resume la tarea ecologista[6]. Mirar a los ojos a una catástrofe potencial, que ya se atisba, sin caer en la desesperación. Una delgada línea que no siempre el ecologismo ha sabido trazar; y aún menos caminar sobre ella sin caerse.

John Cobb, pionero de la teología ecologista, ya se preguntaba en 1971 si no era demasiado tarde[7]. Concluyó que no, pero que pronto podría llegar a serlo. Un año antes, Paul R. Ehrlich, autor de *La bomba demográfica*, ofrecía una visión más apremiante. Como anunciaba en una entrevista a la revista *Look*, para él 1972 era el punto de inflexión. Si no se tomaban medidas radicales, a partir de esa

fecha todo esfuerzo posterior sería inútil. Podríamos entonces preocuparnos de nosotros mismos, de nuestros amigos y de disfrutar del poco tiempo disponible antes de que las hambrunas que su libro preveía arrasasen la civilización moderna. Ejemplo pionero de una forma de derrotismo cada vez más extendida en el discurso ecologista.

El mismo año que Ehrlich señalaba como el punto de inflexión ecológico de la humanidad, el Club de Roma publicó el informe *Los límites del crecimiento*, que encargó al MIT. Sus conclusiones eran taxativas: la civilización industrial no estaba condenada a muerte, pero sí se enfrentaba a toda una serie de riesgos socioecológicos que podían derivar en una catástrofe general. El tiempo y el espacio para la reacción, en una combinación de innovación tecnológica y social, existían. El problema era que la ventana de oportunidad para acometer las transformaciones necesarias no permanecería indefinidamente abierta. Había que actuar, y pronto.

Pero no se actuó. Al menos no con la suficiente profundidad, ni de manera integral. Es indudable que ciertos aspectos de la crisis ecológica han conocido mejoras notables. Especialmente todo lo relacionado con la toxicidad, la polución y los fenómenos de la contaminación química, que fueron las obsesiones centrales de la primera oleada del ecologismo. Pero estos logros parciales no ocultan que los años se han sucedido sin una alteración de las dinámicas profundas que nos han llevado a sobrepasar los límites planetarios. Ha trascurrido medio siglo desde la publicación de *Los límites de crecimiento*. Los nietos con los que especulaba el discurso ecologista de aquel tiempo somos nosotros. Las hijas y los hijos de la extralimitación. Quienes nos hemos criado aprendiendo a considerar normal un mundo que, en términos ecológicos, es una estafa piramidal. Quienes tendremos que asumir las primeras consecuencias. A quienes nos va a tocar ya casi más gestionar la resaca que disfrutar de la fiesta, en una proporción de injusticia generacional que solo puede crecer. Y que nuestros hijos y nietos sufrirán con más crudeza.

Hay oportunidades que no vuelven nunca, como hay cenizas de las que no resurgirá ningún Fénix. Nuestra transición ecológica ya no puede ser igual que la que se hubiera producido bajo aquel amago de *Green New Deal* que intentó desplegar el gobierno de Jimmy Carter bajo la influencia de la burguesía ilustrada del Club de Roma. Y lo mismo vale para las mejores promesas de la revolución socialista, como la sociedad lúdica de amos sin esclavos que prefiguraron los situacionistas. O esas versiones modernas que hoy se nos presentan bajo nombres tan sugerentes como *comunismo de lujo totalmente automatizado*[8]. Probablemente esos horizontes de máximos ya no están a nuestro alcance.

CUANDO EL ECOLOGISMO RENUNCIÓ AL FUTURO

Este estrechamiento objetivo del futuro ha ido influyendo en el temple ecologista. Y ha descompensado su frágil equilibrio entre el miedo y la esperanza. En 1983 Manuel Sacristán testimoniaba con asombro cómo muchos compañeros marxistas, con abundantes años de pelea ideológica y política orgánica a sus espaldas, «un buen día deciden que el mundo ya no presenta ninguna esperanza, que lo único que se puede hacer es prepararse a morir bien»[9]. A medida que se ha visto incapaz de revertir el ecocidio, el ecologismo también ha ido impregnándose de resignación. Hasta el punto que hoy su máxima parece ser llevarle la contraria a Raymond Williams. Si este decía que ser genuinamente radical es hacer la esperanza posible, no convincente la desesperación, una parte del ecologismo parece empeñarse en lo contrario.

«La revolución ecosocialista y ecofeminista la teníamos que haber hecho ayer», sentencia Jorge Riechmann[10]. Si a principios de los setenta Debord y Sanguinetti escribieron que los frutos de la economía política no solo estaban maduros, sino que habían empezado a pudrirse, para Riechmann estos ya se encuentran irreversiblemente podridos. La tarea sería más bien que la descomposición de nuestra

civilización generase un humus fértil con vistas a un rebrote lejano: «En cierta forma, ya no estamos trabajando para el tiempo inmediato —el colapso ecosocial y el naufragio civilizacional son inevitables—, sino para el siglo XXII, XXIII o XXV… si tenemos muchísima suerte. Así que, amigos y amigas, ¡cero prisas!»[11].

El siglo XXI parece que sobra. Y el final más plausible de la modernidad se antoja como la desolación de sus viejas pretensiones emancipadoras. Una situación ante la cual la única praxis posible del ecologismo ya no sería transformativa en un sentido clásico, sino meramente adaptativa. Y más aún, paliativa. En palabras de Roy Scranton, aprender a morir en el Antropoceno: «El mayor reto que tenemos ante nosotros es de carácter filosófico: se trata de asimilar que esta civilización ya está muerta»[12].

Estas posiciones no son anecdóticas. Son representativas de una sensibilidad catastrofista creciente dentro del ecologismo global. En el campo del clima una de sus voces más conocidas es la de Jem Bendell, promotor del movimiento de adaptación profunda, para quien nuestra relación con el cambio climático es la de un caminante que sube por un deslizamiento de tierras: da igual lo rápido que vayan ya sus pasos pues no podrá evitar el derrumbe. Para Bendell, el ecologismo debe abandonar la mitigación y centrarse en esfuerzos adaptativos que reduzcan los daños inevitables[13]. Más exageradas son las posiciones del grupo ecologista NTHE (*Near-Term Human Extinction*), liderado por Guy McPherson, que pronostica que la mayor parte de la humanidad nos extinguiremos entre 2026 y 2030 por la combinación de subida de temperaturas y colapsos ecosistémicos[14]. Más matizadas, pero con un enorme éxito, son las teorías de Timothy Morton, que se ha hecho un nombre filosófico internacional con su idea de *ecología oscura*. Para Morton, el fin del mundo ya ha sucedido, y lo que la *Dark Ecology* debe promover es una suerte de ajuste ontológico, moral y sobre todo estético, en el que la crisis ecológica ya no se piensa tanto en términos de problema-solución sino de coexistencia con un mundo profundamente trastornado[15]. Paul Kingsnorth,

promotor del *Dark Mountain Project*, recurre también al concepto de ecología oscura para asegurar que el colapso en curso «seguirá fragmentando tanto la naturaleza como la cultura» sin que las soluciones tecnoverdes puedan evitarlo. Y defiende que retirarse, preservar la vida no humana, ensuciarse las manos con algún trabajo práctico, defender el biocentrismo y construir refugios son las únicas tareas que, ante el colapso, no suponen una «pérdida de tiempo»[16]. Wes Jackson, fundador y presidente del famoso *The Land Institute* de Kansas y Robert Jensen, profesor de periodismo en la Universidad de Texas, acaban de publicar un libro cuyo título es un juego de palabras con el conocido documental de Al Gore, «Un apocalipsis incómodo»[17]. David Wallace-Wells nos garantiza que nos dirigimos hacia «un planeta inhabitable» (adjetivo traducido en español como inhóspito, probablemente para no asustar al lector potencial)[18].

En el plano energético, desde finales de los ochenta Richard Duncan viene sosteniendo lo que inicialmente llamó «teoría de pulso-transitorio de la civilización industrial» y posteriormente «teoría de Olduvai»: el inexorable retorno de la humanidad, tras atravesar una era de turbulencias y simplificaciones, a prácticas de caza y recolección propias del Paleolítico[19]. Donde el destino energético final de nuestra especie se parecerá mucho al mundo que imaginaba Tyler Durden en *El club de la lucha*: «En el mundo que yo veo, acechas a los alces en los bosques del gran cañón entre las ruinas del Rockefeller Center. Llevarás ropa de cuero que te durará el resto de tu vida. Treparás por las gruesas cepas kudzu que envuelven la torre Sears. Y cuando mires abajo, verás figuras diminutas majando el maíz, tendiendo tiras de venado en los carriles vacíos de una superautopista abandonada».

Esta senda arcaizante de «retorno al hogar», provocada por la inminencia de picos de escasez de recursos diversos (empezando por el petróleo) ha sido desarrollada, en diferentes variantes y matices, por toda la galaxia de autores que trabajan alrededor de la hipótesis *peak oil* y su teleología histórica: James Howard Kunstler, Kathy McMahon, Richard Heinberg, Ugo Bardi, Dmitry Orlov, Gail

Tverberg, Art Berman… Un movimiento que, según Matthew Schneider-Mayerson, y a pesar o gracias a su carácter virtual (foros, webs, blogs), llegó a alcanzar en sus años dorados (la primera década del siglo) un perfil verdaderamente masivo[20]. Su influencia sigue siendo notable. En Francia, pensadores que actualizan estas tesis, como Pablo Servigne, Raphaël Stevens o Gauthier Chapelle se agrupan hoy bajo neologismos como *colapsología* o *colapsosofía*. Su trilogía del colapso (*Comment tout peut s'effondrer* —Cómo todo puede colapsar—, *L'autre loi de la jungle* —La otra ley de la jungla— y *Une autre monde est posible. Vivre l'effondrement et pas seulement y survivre* —Otro fin del mundo es posible. Vivir el colapso no solo sobrevivirlo—) ha adquirido una notable repercusión nacional e internacional[21]. Entre sus representantes, esta corriente cuenta con todo un exministro de medioambiente de la República bajo el gobierno de Lionel Jospin, Yves Cochet, que abandera hoy posiciones catastrofistas y ha fundado el Instituto Momentum, «un laboratorio de ideas sobre los problemas de la sociedad industrial y el decrecimiento solidario en respuesta al impacto social del colapso»[22].

En España, esta corriente energética del ecologismo colapsista se extiende como una sucursal especialmente fuerte y original dentro de esta red global de discurso. Con un trabajo continuo de producción intelectual que crece desde hace al menos dos décadas, gracias al trabajo pionero de Ramón Fernández Durán en el activismo ecologista y de AEREN, la filial española de ASPO, con su web Crisis Energética, en el campo del debate técnico-científico. A partir de estos precursores, el colapso se ha convertido en una auténtica estrella conceptual. La idea, con el término exacto o con sinónimos como «abismo», «apocalipsis», «fin del mundo», «descalabro»… está en los títulos de los libros; de los proyectos comunicativos como canales de YouTube o pódcast; de los informes de las organizaciones importantes (recientemente Ecologistas en Acción ha publicado un *Manual para colapsar mejor*); de los artículos y los textos; de los eventos (por

ejemplo, el taller *Colapsar a tu lado*, en la escuela de activismo de una organización tan posibilista, en principio, como Greenpeace).

Todos estos diferentes hilos intelectuales, cada uno desde la especificidad propia de su lugar de enunciación, están tejiendo un nuevo entramado ideológico. Uno que si quiere poner el acento en algo es en la noción de colapso. Una idea de derrumbe del orden actual que casi siempre va unida a una conjetura fuerte sobre su inminencia histórica.

EN EL SIGLO XXI LA CATÁSTROFE ECOLÓGICA ES UNA POSIBILIDAD REAL

En las próximas páginas será cuestionada la pertinencia epistémica y política de la noción de colapso. Pero esto no implica pintar de color de rosa el futuro de la humanidad. El presente ecosocial ya es terrible. Las décadas que vienen pueden serlo muchísimo más. La catástrofe ya está ocurriendo de modo «desigual y combinado».

El pensamiento decolonial, siempre atento a cómo se reproducen en el discurso cotidiano relaciones eurocéntricas de poder y abuso, ha venido señalando que en muchos sitios el colapso ya ha tenido lugar. Es evidente que en este mismo momento la población de Siria, Yemen, Gaza o Somalia sobreviven en paisajes sociales triturados, que pueden ser mucho más duros que el colapso *hardcore* contra el que se previene el ecologismo más *prepper*. Como cualquier otro, el debate sobre el colapso es un debate situado. En este caso, propio de contextos políticos en los que la sociedad moderna, con sus desigualdades, nocividades, irracionalidades e injusticias, aunque se perciba amenazada, sigue siendo esencialmente funcional.

Este apunte decolonial es acertado para recordarnos que en ocasiones hasta la angustia es un privilegio. Pero tampoco debería llevarnos a engaños complacientes. Las previsiones del tiempo son malas en casi todas las sociedades y para casi todos los grupos sociales. También para *los nadies* del poema de Eduardo Galeano. Los impactos de la crisis ecológica son producto de la confluencia entre un

shock en las condiciones materiales de existencia y una vulnerabilidad socialmente inducida e históricamente acumulada. Las geografías de la desposesión colonial, aquellas zonas más castigadas por la violencia estructural de nuestro sistema económico y político, no están inmunizadas ante las turbulencias del siglo XXI. Lo más probable es que sean las primeras en padecer las bombas de sufrimiento social que están a punto de estallar. Aunque parezca mentira, incluso lo que ya está mal puede volverse peor. Hasta llegar a Auschwitz o Hiroshima, lo horripilante siempre tiene escalones por los que descender.

¿Cómo se torció tanto el rumbo ecológico de la humanidad? Cabalgando el tigre de los combustibles fósiles nos hemos convertido en la más influyente y a la vez más excedida fuerza planetaria: influimos en todos los procesos socionaturales del Sistema Tierra de un modo más intenso que la circulación atmosférica o la tectónica de placas. Pero no tenemos control efectivo sobre ninguno. Hemos convertido la Tierra en una suerte de macro-efecto bumerán. Sus golpes se reflejan en múltiples indicadores más allá de las emisiones de gases de efecto invernadero: ciclos biogeoquímicos alterados, deforestación, extinción de especies, saltos zoonóticos de patógenos entre especies, pérdida de suelo fértil, escasez de recursos… Nuestras relaciones socionaturales se han convertido en un dado homicida que tiene muchas caras. Pero con atender a la dimensión más conocida de este problema, que es el caos climático, será suficiente para tomarle la medida a nuestros obstáculos y nuestros riesgos.

La propia inercia del sistema climático nos asegura que el siglo XXI será difícil. Los impactos que hoy sufrimos no se conectan con nuestras emisiones actuales. Son un efecto retardado de emisiones del pasado. En el mejor escenario imaginable, aunque mañana mismo, por obra de una revolución milagrosa, nuestras emisiones quedaran completamente abolidas, la Tierra seguiría calentándose hasta el año 2070. Y las temperaturas aumentarían entre 0,2 y 0,3 grados, que se sumarían al 1,1° ya acumulado[23].

La importancia de una décima de grado es difícil de explicar. Piénsese que durante la década de los sesenta del siglo XX se registraron seiscientos desastres meteorológicos. En la década 2000-2009 del siglo XXI, cuando la temperatura global aún no había aumentado hasta el 1,1º actual, el quíntuple: 3.222. Pero incluso estos datos palidecen ante el libro Guinness del terror climático en el que se ha convertido el paso de las estaciones desde comienzos de la presente década. En España cada verano, o ya desde bastantes semanas antes del inicio oficial del verano (pues su duración ya se ha extendido seis semanas, como reconoce la Agencia Estatal de Meteorología), hay una suerte de lotería nacional siniestra que sortea unas cuantas zonas catastróficas provocadas por megaincendios, que además arden sobre el líquido inflamable de la política neoliberal de recortes de los servicios públicos de bomberos forestales. Cada otoño esta misma lotería se repite sorteando un par de zonas catastróficas en forma de DANA en la vertiente mediterránea.

Basta pensar unos minutos en este tipo de fenomenología climática perturbadora que ya se ha vuelto común, interiorizar realmente que 1,1º no es ni de lejos nuestro techo de calentamiento, y saber que los efectos de la alteración antropogénica del clima distan mucho de ser lineales para cerciorarse: la vida que nos queda será oscura y llena de abruptas y malas sorpresas. Este tipo de impactos climáticos van a convertir el siglo XXI en una especie de guerra de desgaste contra la base material de nuestra prosperidad. Empezando por el sistema agrícola industrial, cuyo fracaso puede comprometer todo lo demás. Con la industrialización fósil hemos entrado en una de esas guerras de las que no sabemos salir. Una de esas guerras en las que como mucho podemos evitar perder, pero que es imposible ganar.

Para colmo, durante todo el siglo vamos a estar jugando a la ruleta rusa climática. Siempre cerca de activar algunos bucles de retroalimentación que nos puede llevar a la trayectoria Tierra Invernadero: un punto de no retorno en el sistema climático que en unos siglos nos conducirá, automáticamente y con independencia de

las acciones humanas, a un planeta con unas temperaturas tan elevadas que asegurarán nuestra extinción. Esta aproximación superficial convencerá a cualquiera de que el siglo XXI es una carrera de obstáculos endiabladamente compleja. Mucho más un camino minado que un camino de rosas.

NO QUEREMOS APRENDER A MORIR EN EL ANTROPOCENO

Kate Marvel, climatóloga de la Universidad de Columbia y del Instituto Goddard de Estudios Espaciales de la NASA, ha impulsado una importante polémica en el debate climático anglosajón al mandar callar a Jonathan Franzen[24]. Este escritor, colaborador habitual de *The New Yorker*, ha asumido como inevitable una subida de temperatura de más de dos grados, que nos llevará al cataclismo climático. Bruno Latour, en sus últimos ensayos, hace la pirueta lingüística de reivindicar el apocalipsis. Pero, paradójicamente, para llevar la contraria a los colapsólogos como Servigne y Stevens, a los que considera partidarios de una muy mala religión[25]. En *Seguir con el problema*, Donna Haraway apunta a la necesidad de encontrar una tercera vía entre la actitud *game over* del ecologismo apocalíptico y las fantasías del tecnooptimismo[26]. «¡Demasiado tarde para ser pesimistas!», grita el ecosocialista belga Daniel Tanuro[27], y escribe lúcidos textos contra los colapsólogos que, como premisa para la acción política, llaman a pasar primero el duelo por una sociedad aquejada de una suerte de enfermedad de Huntington civilizatoria[28]. Julia K. Steinberger, una de las figuras más importantes del pensamiento decrecentista, ha calificado públicamente como atroz un artículo famoso de William Rees y Megan Seibert, que en España tradujo la revista colapsista *15/15\15*. En él se pone en tela de juicio el potencial de las renovables para hacerse cargo de una sociedad compleja y se pronostica una drástica reducción de la población humana en el siglo XXI (el artículo fue desautorizado y descalificado, por cierto, por la propia revista que lo publicó)[29]. Desde trayectorias y

coordenadas muy diferentes, en todas partes el ecologismo se rebela. Se multiplican las voces de quienes no aceptan la condición póstuma. De quienes no se resignan a aprender a morir en el Antropoceno.

Las páginas que siguen profundizarán en la siguiente tesis: la dicotomía que opone colapso y normalidad es falsa. Eso que el ecologismo llama *business as usual* es imposible de mantener. Al menos si queremos seguir siendo sociedades democráticas con un mínimo sentido de la justicia social. Otro mundo es inevitable. Pero al mismo tiempo convertir al colapso en el evento definidor de nuestra coyuntura histórica es científicamente sesgado, teóricamente pobre y políticamente contraproducente.

Colapso y tecnolatría funcionan como una tenaza que aplasta el tipo de disposición colectiva que nos permitiría estar a la altura de la crisis ecológica. Es irrebatible que la sociedad industrial ha entrado en una trayectoria ecológica turbulenta. Estamos abocados a vivir discontinuidades socioecológicas graves. La incertidumbre será nuestro hábitat. Pero, como decíamos Héctor Tejero y yo mismo en el libro *¿Qué hacer en caso de incendio?*, en medio de este fuego climático hay razones teóricas y científicas, más allá de las que prescribe el instituto de supervivencia, para mantener la calma, actuar colectivamente y abrir una salida de emergencia viable para llegar a tiempo[30]. Existen datos y motivos sólidos para no dejarse llevar por el pánico. Este libro profundiza en ellos discutiendo específicamente con los compañeros ecologistas que han convertido el Antropoceno en un meteorito que ya ha impactado y del que seríamos dinosaurios civilizatorios disfrutando de un tiempo de descuento. Una forma bienintencionada y comprensible de confusión ideológica cuyos efectos involuntarios, en este momento crítico, rozan la negligencia política.

El colapsismo, etiqueta que aquí se propone para agrupar y comprender las solidaridades intelectuales y afectivas que comparten estas perspectivas, vuelve al proyecto ecologista políticamente inoperante. Lo capa. Alimenta la dejación de funciones que el

ecologismo transformador debería desarrollar. Le impide comparecer en un momento en el que está llamado a ejercer un liderazgo cultural, moral y político decisivo.

Pero nuestra crítica no es solo práctica o política. Es también una crítica epistémica. Contra el colapsismo como diagnóstico distorsionado y distorsionante. El colapsismo, sin duda, apunta a problemas reales con una base científica sólida que no podemos esquivar. Pero sus concreciones no siempre se corresponden con la mejor evidencia científica de que disponemos. Además, estos datos están mal enfocados. El colapsismo sufre una suerte de hipermetropía analítica. Ve bien de lejos. Pero su mirada falla cuando enfoca más cerca, en las distancias cortas del presente y las coyunturas inmediatas. Las conclusiones que extrae de lo que observa son borrosas e innecesariamente derrotistas.

2
RASGOS DE LA IDEOLOGÍA COLAPSISTA

«En esta nuestra época de expectativas reducidas».
ANNA TSING

EL COLAPSISMO COMO IDEOLOGÍA Y COMO ESTADO DE ÁNIMO

El colapsismo es una corriente en gestación que ya tiene cierta influencia dentro del ecologismo. La etiqueta es polémica, pues muchos de quienes han convertido el colapso en el punto de fuga que ordena su perspectiva rechazan el término. Consideran que no respeta los matices de su propuesta, que ayuda a enquistar trincheras o que tiene una connotación pública negativa. Pero cualquier voz que participe en un debate social nunca opera sola. Funciona siempre reforzada porque se la identifica como parte de un coro de otras muchas voces afines en términos metodológicos, categoriales, narrativos, políticos, éticos o estéticos. El pensamiento es mucho más un hecho colectivo que un gesto individual. Desatender este plano es anular la escala más sustancial de cualquier debate. Y este tipo de etiquetas son las herramientas con que contamos para abordarla. Los grandes paraguas ideológicos siempre son inexactos. Pero en su inexactitud está su funcionalidad. Dentro de lo que llamamos colapsismo la diversidad de posiciones es grande. Esta diversidad no es ni mucho menos mayor que la que separa a un Kim Il-Sung de un Theodor Adorno. O a un Friedrich Hayek de un Milton Friedman. Pero en ambos casos se les puede agrupar bajo la etiqueta de marxismo o neoliberalismo de un modo legítimo. Y esto genera cierta productividad explicativa. Además, el término colapsista no es ajeno a

esos círculos, que yo mismo frecuenté durante muchos años. Al contrario. Es de uso común en su lenguaje cotidiano. Pero también se reivindica públicamente y de modo literal. Jorge Riechmann, reflexionando sobre la actitud que caracteriza su trabajo reciente y el de otros compañeros se autoadscribe como alineado con una «perspectiva posecologista (o ecologista colapsista, si se quiere)»[1].

Los colapsistas comparten la creencia de que un suceso que se decide nombrar con la palabra «colapso» es un hecho consumado. Puede ser un proceso que ya está sucediendo, y que debe conjugarse en presente continuo (estamos colapsando), o un acontecimiento al que estamos destinados. También se pueden clasificar de colapsistas aquellas posiciones que consideran el colapso un suceso extremadamente probable. El tipo de resultado al que deberíamos jugarnos los ahorros si el futuro de la humanidad aceptara apuestas. En su etnografía sobre el movimiento colapsista en Estados Unidos, Mathew Schneider-Mayerson constata que en los círculos del *peak oil* consideraban a corto y medio plazo tres veces más probable un escenario apocalíptico de guerra por los recursos y mortandad masiva que el mantenimiento del *statu quo*[2].

Para el pensamiento colapsista nuestro libre albedrío colectivo se habría reducido a colapsar mejor o peor. Dentro del colapsismo hay matices, corrientes, posiciones divergentes sobre ritmos, causas, posibilidades o incluso sobre la misma concepción de colapso. Pero todas ellas podrían agruparse, a brocha gorda, bajo esta primera aproximación: estamos en el umbral de un futuro ecológicamente disruptivo en el que el viejo mundo se derrumbará.

El colapsismo no defiende el colapso. Tampoco lo busca. La mayoría de los colapsistas concentra sus esfuerzos divulgativos o militantes en evitarlo, o en minimizar sus peores efectos. Probablemente, la parte más importante del colapsismo se identifique con estas palabras de Latour: «somos apocalípticos únicamente para equivocarnos»[3]. Lo que no es incompatible con un segundo rasgo definitorio, que si bien no todos los discursos colapsistas asumen, sí

que dota a la propuesta general de una consistencia política específica. Una parte relevante del colapsismo entiende que el colapso, además de su arista trágica, ofrece una estructura de oportunidad potencialmente liberadora: una ocasión que refuerza las posibilidades para la acción política de las pequeñas comunidades locales al margen de las estructuras del Estado.

Definido así, el colapsismo no es una mutación especialmente extraña. Su desplazamiento intelectual es bastante previsible. Se está conformando a partir de una intensificación de dos de los principales caudales que nutren el pensamiento del ecologismo transformador: los diagnósticos científicos alarmantes sobre la crisis ecológica y la apuesta por construir una sociedad intensamente descentralizada. Como veremos, hay otras corrientes de fondo: premisas epistemológicas sobre cómo abordar la interfaz naturaleza-cultura, creencias solidarias con una determinada filosofía de la historia, posiciones ontológicas sobre la primacía de lo sistémico… Pero en lo esencial, el colapsismo es una evolución radicalizada de dos de los rasgos fundadores de la tradición ecologista.

A esta noción de un colapso muy próximo en términos históricos, suele ser común añadirle toda una serie de proyecciones especulativas sobre las implicaciones sociales, económicas, políticas, demográficas o tecnológicas por venir. No todos los autores contemplan todas ellas. Pero en conjunto forman una suerte de tipología general de los imaginarios colapsistas, que después tiene cierta importancia en sus apuestas políticas.

La primera de estas implicaciones es un paquete de consecuencias que se deriva de la naturaleza misma del colapso como un proceso muy rápido de simplificación social. La velocidad de la desarticulación del mundo moderno provocará cuatro macrofenómenos que definirán el paisaje de la vida que vendrá después del colapso. Estos cuatro macrofenómenos funcionarán además como marcadores históricos de su llegada: el retroceso tecnológico, la desagregación política, la relocalización productiva y la inviabilidad de lo urbano, cuya

contraposición será un nuevo florecimiento rural. Para una buena parte del colapsismo el desarrollo tecnológico moderno es dependiente de estructuras institucionales y materiales demasiado complejas para mantenerse en escenarios energética o ecológicamente menguantes. Por lo que la innovación se paralizará. Y en muchos casos nos veremos obligados a retrotraernos a tecnologías «blandas» de base artesanal. El mismo razonamiento que se emplea para el sistema tecnocientífico condena al Estado moderno, la economía mundial o nacional y las grandes ciudades: distintas formas de la misma trampa de complejidad destinada a quebrarse. Para el colapsismo el siglo XXI tiene mucho de *remake* del siglo V en versión alta definición: el poder de nuestro Imperio romano contemporáneo se disgregará en unidades mucho más pequeñas (nuevas formas de monasterios o de feudos); la ingeniería que levantó nuestros acueductos digitales o nanotecnológicos se perderá y se olvidará; la economía volverá a su preminencia local o regional; las ciudades, bajo la presión de un retorno masivo a la agricultura, sufrirán un abandono paralelo al que conoció Roma, que en unos siglos pasó de un millón de habitantes a poco más de veinte mil. Esencialmente, el colapsismo entiende que el colapso de la modernidad es una suerte de espejo invertido o de giro en espiral que nos conducirá a un retorno a coordenadas materiales más propias de sociedades preindustriales, aunque con una pátina de riqueza industrial que se podría reciclar.

La segunda implicación del colapso está relacionada con su carácter de episodio traumático en ciernes: la transición a un mundo poscolapso estará marcada por una crisis muy aguda, sin precedentes históricos, que pulverizará los parámetros materiales de la vida cotidiana. La mayoría de la población se verá súbitamente expuesta a situaciones en las que no podrá vivir según las viejas costumbres: trabajo asalariado y mercados bien abastecidos. De todo ello no es infrecuente que el colapsismo asuma como probable atravesar momentos de desórdenes sociales violentos y descenso bruscos de población. Pero siempre se espera minimizar estos episodios de

anarquía en el sentido peyorativo del término con la aplicación de soluciones anarquistas en el sentido ideológico: solidaridad, apoyo mutuo y poder comunitario.

De esta esperanza libertaria se deriva la tercera gran implicación del colapso, que interrelaciona los dos enredos anteriores, y que tiene que ver con su dimensión temporal y la ambivalencia de su significado histórico: si bien el colapso es una dinámica irreversible cuyo clímax está próximo, un clímax que conducirá de primeras a un enorme sufrimiento social, este futuro peor es también una ocasión aprovechable. Lo que nos permitiría anticiparnos para, llegado el momento, paliar los daños y regenerar el orden perdido en un proyecto de sociedad mejor. El sentido de tomarle la delantera al colapso sería precisamente entrenarnos para la simplificación inevitable. Cuanto más lejos consigamos avanzar en la prefiguración de una sociedad con tecnologías sencillas, con más producción local, con menos «Gran Estado» y un sector primario predominante, más resilientes seremos. Encajaremos mejor el golpe de los límites planetarios, menos gente morirá y el desorden será más anecdótico. Como muchos de estos elementos de nueva simplicidad se entienden como valiosos en sí mismos, las ruinas de ese experimento evolutivo fallido que es la industrialización resultará un suelo fértil para que brote una sociedad a escala verdaderamente humana.

En el enfoque colapsista, las referencias a estas suposiciones sobre el futuro son constantes. Los autores más sistemáticos, un papel que en España desempeñan pensadores como Carlos Taibo, Luis González Reyes o Manuel Casal Lodeiro, suelen identificar de modo casi literal el mañana con estos descriptores especulativos y su impacto con una oportunidad ambivalente: «importa subrayar, de cualquier modo, que algunos de los rasgos que se atribuyen al colapso no tienen necesariamente una condición negativa. Tal es el caso de los que se refieren a la rerruralización, a las ganancias en materia de autonomía local o a un general retroceso de los flujos jerárquicos»[4].

En este planteamiento, la elección de la palabra colapso y la fijación con esta categoría no es casual. La palabra colapso remite a una idea de destrucción súbita e irreversible. Lo que en parte ayuda a explicar parte de su éxito en una sociedad en la que los imaginarios distópicos tienen mucho arraigo. Esa es su especificidad semántica. Y ese es su viento inconsciente a favor: el síncope fulminante.

El colapsismo no es una escuela de pensamiento sistemática ni una corriente política organizada. Al menos no aún, aunque en los últimos años ya cuenta con propuestas elaboradas que pretenden avanzar hacia ese horizonte, como la colapsología de Servigne y Stevens. También cuenta ya con foros de reflexión y debate colectivos, como en España la revista *15/15\15*, que van organizando los materiales colapsistas y dándoles coherencia. Su presencia en espacios del ecologismo organizado y en algunos foros académicos no es testimonial. Y ha adquirido una notable visibilidad a través de figuras con proyección pública en las redes sociales y en espacios mediáticos donde se gestan, en parte, los alineamientos que marcan los debates ecologistas. De momento, se trata más bien de una tentación apoyada en una red de discurso colectiva, que suele compartir un estilo argumental en el que subyacen esquemas teóricos comunes. Más un modo de razonar y de narrar que una doctrina o una facción: un mismo autor puede ser más o menos colapsista en función de sus textos o sus intervenciones. Pero la convergencia y la sistematicidad de su proyecto es creciente. Con el colapsismo estamos asistiendo en directo al nacimiento de una galaxia ideológica.

Al colapsismo le gusta presentarse con la legitimidad que aportaría ser la conclusión divulgativa de un diagnóstico científico sólido. Pero el colapsismo no es ciencia. Es ideología. La fuerza de la ideología está en crear puntos de partida y posicionamientos ante la vida. Como afirma Jorge Moruno, «la ideología es aquello que viene dado y no se pone en discusión»[5]. Así es como opera el colapsismo: como un posicionamiento de partida que moviliza toda una serie de esquemas explicativos, que preselecciona aquellos datos que se ajustan mejor a

sus proyecciones de futuro y deriva de ellos las interpretaciones políticas que riman bien con la conclusión prefijada de antemano. Esto no es algo propio del colapsismo, sino de cualquier ideología, y no invalida al colapsismo como discurso público sencillamente porque la política posideológica es imposible.

Como en toda ideología, lo más influyente del colapsismo no es tal o cual idea o argumentación concreta. Sus efectos sociales son sutiles y prerracionales. De hecho, el colapsismo encaja a la perfección con eso que Thea Riofrancos llama *mood*, y que los compañeros del colectivo Contra el diluvio han traducido como «estado de ánimo»[6]. Una suerte de registro emocional, mucho más afectivo y estético que lógico, que introduce sesgos, inclinaciones, preferencias, y que predispone a un sujeto político a adoptar cierta actitud o inclinación ante las posibilidades de lo real. Independientemente de que un autor concreto, cuando razona en frío, pueda matizar sus tesis sobre la inevitabilidad del colapso, en muchos otros momentos y situaciones más espontáneas, que son la mayoría y las que más importan, se deja llevar por su estado de ánimo colapsista, por ese paquete de mitos, gustos, premoniciones y expectativas que marcan y filtran su estar en el mundo. Por supuesto, no hay acción política sin estados de ánimo. Pretender criticar el colapsismo por ser un estado de ánimo sería ridículo, e implicaría dar pábulo a lo más tosco de la teoría del actor racional. En política, el estado de ánimo es un momento insuperable. El error del colapsismo es otro: creer que su estado de ánimo se deduce de una lectura científica de la realidad y, en otro orden, fantasear con que su estado de ánimo pueda tener alguna productividad política emancipadora.

COLAPSO: UN CONCEPTO CONFUSO

El problema teórico fundamental de la ideología colapsista es que se sostiene sobre una construcción categorial indefinida. Colapso es uno de esos términos que todo el mundo parece entender pero casi nadie

sabe explicar con claridad. Y que además bebe de usos diferentes en contextos muy distintos que convendría distinguir. Por ejemplo, no es equiparable el empleo del concepto de colapso en la ecología, donde está bien delimitado (derrumbe de la cadena trófica), frente al mundo social. Salvo que se piense que una sociedad es un ecosistema, no se puede trasladar una definición de un campo a otro de manera automática. Pero las sociedades, aunque sean ecodependientes, no funcionan ni funcionarán jamás como los *blooms de algas*, metáfora que al colapsismo le gusta mucho usar. Las algas no tienen I+D, ni estados, ni ideologías ni grandes religiones.

Esta confusión entre ecología e historia no es el menor de estos desórdenes conceptuales. Ugo Bardi, fundador de ASPO Italia y uno de los autores de referencia del colapsismo internacional, aunque recientemente está matizando sus planteamientos, estira tanto el concepto como para ejemplificarlo con fenómenos como un divorcio (el colapso de un matrimonio), una maniobra de dumping económico (el colapso de un competidor) o unos insultos (el colapso en el debate)[7]. Cuando Bardi desciende de la teoría al análisis del colapso en hechos recurre por igual al derrumbe físico del puente Morandi en Génova, a la ruina financiera de una empresa como Blockbuster o a una catástrofe como un tsunami. La utilidad analítica de un concepto es casi siempre inversamente proporcional a su polivalencia. Si el colapso puede ser casi todo resulta que no nos ayuda a pensar casi nada. Y esto no es solo una exageración estilística. Es la consecuencia epistemológica de asumir, como premisa base, que todos estos procesos de cambio súbito responden a una lógica común y universal.

Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes nos ofrecen una aproximación al colapso que intenta delimitar lo esencial de la perspectiva colapsista:

> El colapso no es un cambio de régimen, no es la ocupación de una potencia por otra, tampoco es una crisis. En una sociedad dominadora, el colapso estaría marcado por un descenso en la población, la especialización social (estratificación y diferenciación social, especialización laboral de clase y territorial), las interconexiones (comercio, penetración y

> expansión de los órganos de poder) y la cantidad de información que contiene y fluye por el sistema (acceso al conocimiento, arte, intercambio de información)[8].

Pero en esta definición ya hay una toma de posición muy relevante. ¿Por qué hablar de colapso y no, como plantea Luis González Reyes, de crisis, cambio de régimen o de invasión? ¿Por qué no utilizar términos como decadencia, estancamiento o, como afirma Latour, de «mutación»?[9] ¿Por qué nadie denomina colapso a la tragedia humana del descenso demográfico de más de cien millones de muertos de las dos guerras mundiales, o el lento declive del poder del Imperio hispano desde 1640 hasta su descomposición final en 1898? ¿Lo que vendrá en el siglo XXI se parecerá más a la caída de la Isla de Pascua en el canibalismo que a estos otros procesos? La parte más lúcida del colapsismo es consciente de este problema. Servigne y Stevens, en *Colapsología*, afirman que necesitaríamos tantas palabras para hablar del colapso como las que tienen los esquimales para hablar de la nieve. Y apoyándose en las tesis de Dmitry Orlov, puntualizan que el colapso podrá conocer distintas trayectorias y ritmos y también distintas fases[10].

Pero estas matizaciones no terminan de cuajar con la apuesta léxica de fondo. Colapso deriva del latín «collapsus», participio pasivo de «collābi», que quiere decir caer o arruinarse y tiene un regusto arquitectónico. El colapso lo marca el punto en que un edificio se desploma bruscamente, sin que nada lo pueda apuntalar o impedir, convirtiéndose en una ruina que no permite recuperar la vieja estructura. Si queremos que el término colapso tenga rigor analítico hemos de emplearlo para nombrar procesos que tienen que diferenciarse por ser muy destructivos, rápidos e irreversibles.

Es precisamente la tríada destructividad, rapidez e irreversibilidad lo que dota al colapso de sus connotaciones y de sus implicaciones políticas subliminales. Usar categorías como crisis, cambio de régimen, decadencia, estancamiento o mutación tendría otras moralejas políticas, menos disruptivas, y como veremos, menos anarquistas.

Restaría al colapsismo argumentos para eso a lo que tiende espontáneamente: puentear o despreciar la política realmente existente, al mismo tiempo que se desatienden las implicaciones históricas de un colapso, tanto en términos de sufrimiento humano como de deterioro irreversible de algunas conquistas sociales, económicas y políticas.

Pero ni mucho menos los procesos que proyectan los colapsistas, al menos los más inteligentes, encajan con esta tríada. De hecho, hay autores que emplean la categoría de colapso y después matizan que se trata de un proceso largo. Más como «una piedra rodando por una pendiente irregular que cayendo por un precipicio»[11]. Estas concepciones del colapso, como un proceso de decadencia largo, complejo e intermitente, tanto en sus ritmos como en sus geografías, más parecido a una enfermedad degenerativa que a un infarto si queremos usar analogías médicas, se antojan mucho más verosímiles respecto a lo que puede suceder si fracasamos políticamente que las concepciones más drásticas. Como trataré de argumentar en los siguientes capítulos, si realmente se tiene en cuenta la complejidad integral de la relación entre las sociedades humanas y la biosfera, y no solo algunos aspectos de ella, cabe mucho más esperar la distribución irregular, en tiempo y espacio, de los impactos de la crisis ecológica que un acompasamiento rápido y homogéneo de los mismos. Pero si esta es la perspectiva que se maneja, el uso del término colapso es teóricamente incoherente. Subyace en él una clara incongruencia entre palabra y definición. Y lo que se puede ganar comunicativamente, pues colapso es una palabra con gancho publicitario, se pierde en la comprensión de los procesos reales y sus posibilidades. El sensacionalismo ideológico es siempre pan táctico para hoy y hambre estratégica para mañana.

Con todo, esta es una incoherencia terminológica muy extendida. De hecho, este es uno de los tres ejes que permiten clasificar la pluralidad de posiciones que componen la nebulosa difusa del colapsismo: hay quienes manejan un concepto de colapso en sentido

estricto, esto es, un derrumbe súbito y global, y hay quienes manejan una noción de colapso difusa, que podría ser sustituido como un sinónimo de «los malos tiempos por venir». Los otros dos ejes versan sobre lo evitable o inevitable del colapso y sobre si el colapso supone algún tipo de oportunidad emancipadora o debe ser entendido más bien como una tragedia. Si cruzáramos estos tres ejes obtendríamos una tabla orientativa que nos serviría para ordenar los discursos sobre el colapso ecosocial en ocho posiciones arquetípicas.

	COLAPSO FUERTE (SÚBITO Y GLOBAL)		COLAPSO DIFUSO (LENTO Y DESIGUAL)	
Inevitable				
Evitable				
	Oportunidad	Tragedia	Oportunidad	Tragedia

Estas casillas no son estancas, por eso he dibujado sus bordes internos con una línea punteada. La mayoría de los autores que celebran el colapso como una oportunidad son sensibles a que este tendrá un componente de sufrimiento que convendría minimizar. Casi todos los que consideran que el colapso es inevitable dejan abierta alguna rendija a que las acciones humanas puedan influir en su curso. Y los más firmes partidarios de que nos encaminamos a un colapso de la civilización industrial en sentido estricto suelen añadir diversas coletillas que relativizan tanto su dimensión temporal (hablar de colapso rápido «en términos históricos») como espacial (matizar que el colapso «va por barrios»). Aun así, esta tabla sirve como guía orientativa para dibujar los contornos básicos de la nebulosa discursiva colapsista y sus diferentes concepciones de colapso.

LOS IMAGINARIOS COLAPSISTAS: MITAD HARI SELDON Y MITAD INDIANA JONES

Aunque el corpus colapsista es complejo y diverso, se alimenta fundamentalmente de dos fuentes científicas diferentes que son también dos manantiales de imaginarios políticos. Cada una de ellas, a su vez, marca una pauta de relación del colapsismo con el tiempo. Una con el futuro y la otra con el pasado. La que mira hacia el futuro es una aproximación cabalística a la dinámica de sistemas. *Los límites de crecimiento*, que tuvo entre su equipo de autores al matrimonio Meadows[12], es el texto seminal que marca esta disposición hacia el tiempo por venir. La que se retrotrae hacia el pasado son las investigaciones arqueológicas y antropológicas sobre sociedades extintas. Y tiene en *El colapso de las sociedades complejas*, de Joseph Tainter, y *Colapso. Por qué algunas sociedades fracasan y otras no*, de Jared Diamond, dos de los libros de cabecera de la ideología colapsista.

Hari Seldon es uno de los personajes más carismáticos de la saga de ciencia ficción *La Fundación*, de Isaac Asimov. Apodado «el cuervo Seldon» por sus predicciones crepusculares sobre la decadencia del Imperio galáctico, desarrolló un complejo sistema de ecuaciones, llamado «psicohistoria», que era capaz de predecir el futuro en términos probabilísticos. El modo en que una parte del colapsismo se relaciona con la dinámica de sistemas se ajusta bien al arquetipo Hari Seldon: una relación con el modelo de turno sin precauciones epistémicas básicas, como si se tratara de un oráculo, en la que está escrito el futuro de la humanidad en forma de ecuación: «querido lector, no cuente con que el colapso no se va a producir: su llegada es inexorable, es una certeza matemática»[13].

Desde *Los límites del crecimiento*, el uso de modelos no ha hecho sino incrementarse y perfeccionarse. Al fin y al cabo, el mismo IPCC trabaja con modelos que proyectan escenarios climáticos futuros. Pero es importante que el ecologismo controle sus pulsiones de ser Hari Seldon. Cualquier modelo de dinámica de sistemas solo puede funcionar, y proporcionar información relevante, a partir de una extrema simplificación de la realidad. Por ello, los estadistas Norman

Draper y Georges Box decían que «todos los modelos están equivocados, pero algunos son útiles»[14]. A su vez, e independientemente del rigor de los datos de entrada (un punto en el que siempre hay que contar con incertidumbres), en los diseños de cualquier modelo sobre procesos sociales hay tanto cargas ideológicas como selección parcial de hipótesis sociológicas. «De un ordenador se recibe exactamente lo que se ha introducido en él», afirma Harvey Simmons, citado por Daniel Tanuro, quien nos anima a desconfiar del «ordenador ventrílocuo», que expresa las «concepciones políticas de los científicos que diseñan los modelos»[15].

Curiosamente, Georgescu-Roegen, uno de los autores más importantes del canon ecologista, ofrece claves para evitar los abusos epistémicos de la dinámica de sistemas. Georgescu-Roegen es taxativo cuando afirma que «ningún sistema de ecuaciones puede describir un proceso evolutivo», ya que el cambio cualitativo «no se puede conocer de antemano»[16]. Este respeto escrupuloso por la indeterminación que introducen las propiedades emergentes de lo social y de lo cultural explica en parte la posición de Georgescu-Roegen respecto a *Los límites del crecimiento*. Aunque valoraba los aportes del documento al debate económico y lo defendía frente a la crítica feroz e infundada de los economistas convencionales, consideraba también que la «rígida naturaleza de los modelos aritmomórficos usados son incapaces de predecir los cambios evolutivos que estas relaciones pueden sufrir en el tiempo». Y añadía una conclusión que se distancia de los ideologemas colapsistas: «la especie humana, entre todas, no va a caer de pronto en un corto estado de coma. Su fin no se ve aún en lontananza, y cuando venga será después de una serie muy larga de crisis subrepticias y prolongadas»[17].

En cuanto a su relación científica e imaginaria con el pasado, no deja de ser llamativo que el colapsismo tenga como referentes trabajos arqueológicos. Algo que ilustra bien el concepto que el colapsismo tiene de sí mismo: una especie de Indiana Jones caminando entre las ruinas subyacentes del Antropoceno. En *El colapso de las sociedades*

complejas, Tainter defiende la existencia de una ley histórica que provoca que los incrementos de complejidad sean cada vez más costosos, generando problemas que se resuelven de modo oportunista con más complejidad, hasta un punto en el que el sistema se satura, y puede llegar a simplificarse de modo súbito. El resultado final sería un colapso, que Tainter define como una sociedad «súbitamente más pequeña, más simple, menos estratificada y con menos diferencias sociales»[18]. Tainter encaja esta definición de colapso en una concepción cíclica de la historia sobre el auge y caída de las civilizaciones, que también encontramos en historiadores célebres como Gibbon y en sociólogos evolucionistas como Spencer.

Es muy interesante destacar que la obra de Tainter defiende que el colapso de una sociedad nunca es una catástrofe completa porque el metabolismo rural tiende a seguir más o menos igual. Su noción de colapso afecta a las estructuras de poder: al Estado, el ejército, las iglesias, la burocracia, el comercio y las ciudades. Que en última instancia se entienden como emanaciones accesorias (superestructurales) de un mar de fondo de vida campesina. Aquí está contenida, por ejemplo, la tesis de la edad de oro del campesinado en la Alta Edad Media, que, como señala Ernest García, no deja de tener paralelismos con muchas de las concepciones anarco-ruralistas comunes en las propuestas del colapsismo. La mayor debilidad de este argumento consiste, precisamente, en no aceptar que en el siglo XXI ese mundo rural cuyo producto es el campesinado ha sido alterado tan profunda e irreversiblemente en términos materiales, demográficos, políticos, sociológicos y culturales, que ya no puede cumplir ese papel de reserva civilizatoria desde la que volver a empezar si la complejidad social del mundo urbano fallase. Habitar el Antropoceno implica asumir que vivimos dentro de la ballena moderna y no hay un afuera al que regresar: el campo y la ciudad han unido sus destinos en mutua interdependencia. O se salvan juntos o se hunden los dos.

Diamond, por su parte, reconstruye la historia de diversas sociedades que en el pasado enfrentaron altos niveles de estrés

ecológico, derivando en algunos casos en colapso y en otras en adaptaciones exitosas. Diamond muestra preferencia por las islas en la medida en que su aislamiento reduce la interacción con sociedades vecinas. En ellas es más sencillo estudiar los elementos puramente endógenos que pueden empujar a una sociedad hacia el colapso o contribuir a esquivarlo. Su célebre libro, al mismo tiempo que contribuye a reafirmar a la Isla de Pascua como arquetipo de sociedad colapsada, hasta el punto que el término «moai» es uno de los recursos favoritos del colapsismo para hacer analogías resultonas (calificando, por ejemplo, a los rascacielos o los aeropuertos de moais modernos), también arroja un rayo de esperanza decrecentista. Diamond presenta estudios de casos de culturas que fueron capaces de mostrar comportamientos previsorios, adaptándose por anticipado y evitando la ruina, como la isla Tikopia o el Japón de la era *Tokugawa* (s. XVII).

Aunque ambas son obras muy citadas, en los círculos colapsistas se suele preferir *El colapso de las sociedades complejas*. Es probable que esto se deba a que Tainter se basa en un enfoque funcionalista, de proceso sin sujeto, que encaja bien con una matriz determinista y cibernética. Y esta es una filosofía espontánea que casa mejor con el modo de pensar colapsista. Por contra, Diamond considera que el colapso es algo que afecta a algunas sociedades, pero no a todas. Y subraya que colapsar depende del azar pero también de las decisiones colectivas y los conflictos políticos. Las conclusiones del libro enuncian un escenario que tampoco encaja bien en el horizonte colapsista: «Mucho más probable que un escenario catastrófico en el que se produzca la extinción de la humanidad o un colapso apocalíptico de la civilización industrial sería, simplemente, un futuro con niveles de vida más bajos, con riesgos crónicos más altos y con la destrucción de valores que hoy en día consideramos esenciales»[19]. Aunque en el caso de Diamond está mucho más matizado, ambos autores participan de eso que Ernest García ha llamado una sociología de la modernización al revés: «puesta abajo sí, pero con las mismas

limitaciones a la hora de dar cuenta del conflicto y el cambio que las demás versiones del funcionalismo»[20].

La memoria es una de nuestras herramientas de cambio más poderosas. Aprender de los errores y aciertos del pasado es la tarea más noble de la historiografía. Ante las distintas situaciones de riesgo que nos interpelan, en lo político, en lo económico, en lo militar o en lo ecológico, es inevitable compararlas con lo que nos es familiar. Buscar patrones recurrentes que doten de significado a los hechos del presente y evalúen sus amenazas y sus cursos de acción potenciales. Porque el presente, como decía Ernst Bloch, siempre es oscuro y nunca podrá dejar de serlo. Todo nuestro discurso público está sobrecargado de comparaciones historiográficas. El 11S sería algo así como el nuevo Pearl Harbour. El crack del 2008, una reedición del crack de 1929, y lo que vino después una reedición de los años treinta, que nos habría arrojado a una suerte de momento Weimar, con su auge de los fascismos incluido. La invasión rusa de Ucrania, el 1914 del siglo XXI. La cita atribuida a Mark Twain de que la historia no se repite, pero rima, es un lugar común de la inteligencia de nuestro tiempo.

Estos símiles no son estériles. Nos ayudan a asumir eso que los economistas evolutivos llaman «dependencia del camino». Pero conviene ser cuidadosos. El flujo del tiempo también nos arroja novedades irreductibles. Nuestros modos de interpretar lo que ocurre también son prefigurativos, y ayudan a dar forma a aquello que sucede. El ser humano tiene un don para enredarse en profecías autocumplidas, y este don puede tener efectos perversos si nos olvidamos de algo que apunta con acierto Carlos Fernández Liria: en eso que llamamos historia no hay leyes. Solo una sucesión de coyunturas.

En términos estrictos, el colapso es una categoría forense. Solo se puede decretar en la autopsia a posteriori de un orden social. Es el trabajo de los arqueólogos. El trasvase de un concepto historiográfico de tanto octanaje al análisis prospectivo puede ser interesante como juego especulativo. Pero el colapsismo va un paso más allá en ese

juego: da por terminal, en un ataque de hipocondría no del todo injustificado pero también tremendista, a toda una civilización. Una civilización que sin duda sufre una crisis muy grave, pero que no ha dicho aún su última palabra. Y negársela es una actitud que contribuye, voluntaria o involuntariamente, al desenlace fatal.

REDEFINIENDO EL COLAPSO COMO ESTADO FALLIDO

Tanto las posiciones que se adecúan a una idea clara de colapso como las más confusas comparten una indefinición de partida: el uso del concepto de complejidad social como indicador que permita afirmar que nuestras sociedades están colapsando. Complejidad social es una categoría cheque en blanco. Como ha trabajado Nicholas Rescher, se trata de un concepto sumamente incierto que sigue siendo difícil definir, y mucho más difícil medir. ¿Qué es complejidad social? ¿Basta con el descenso numérico de un indicador clave, como la población o el PIB, para hablar de colapso? ¿La URSS habría colapsado en los años noventa, pero Cuba no?

Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes plantean una forma de medición de la complejidad «netamente cuantitativa»[21]. Y añaden como indicadores el número de nodos del sistema, la interconexión entre estos, su especialización y el volumen de información que circula por el entramado que conforman. Esta propuesta es solo una sugerencia, y realmente no trabajan con un indicador sintético de la complejidad social, aunque todo su argumento funciona como si lo tuvieran a su alcance. Sencillamente porque tal indicador es imposible. La sociedad no es una positividad íntegramente cognoscible, como si la información que circula por ella ya estuviera dada y ordenada de antemano. Además, no existe una correspondencia coherente entre niveles de complejidad en el sistema social: como ha constatado la antropología, sociedades con sistemas productivos comparativamente simples pueden desarrollar esquemas mitológicos, lingüísticos o de parentesco mucho más complejos que

sociedades con tecnologías más elaboradas. Y lo más importante, porque complejidad social es un término de naturaleza esencialmente cualitativa. Como se preguntaba Eduardo García en un interesante texto inspirado en las ideas de Edgar Morin, ¿qué es más compleja, una oruga o una mariposa?[22]

Recapitulando, la noción de colapso que maneja el colapsismo tiene fuentes teóricas problemáticas y además peca de una fuerte indefinición. La palabra es indisociable de un evento rápido. Entender el colapso como un proceso muy gradual es un oxímoron lógico. Para que su propuesta ideológica funcione, el colapso, aunque sea gradual, tiene que tener un desencadenante o un momento «hito», que debe ser próximo en el tiempo y suponer un parteaguas de la normalidad industrial que dé comienzo a una bancarrota política generalizada del sistema estatal mundial. Pero no siempre este es el horizonte que el colapsismo maneja. Casi nunca se precisa un marco temporal operativo. Así, se equipara bajo la misma categoría un proceso como el colapso del Imperio romano occidental, que duró varios siglos, con el colapso del Imperio inca, mucho más acelerado por el efecto combinado de una pandemia y una conquista militar. Nada de esto sirve de mucho a la hora de delimitar si una sociedad ha colapsado o no, o si va camino de ello de modo irreversible. Y mucho menos en un momento histórico como el de las décadas por venir, en el que resulta obvio que vamos hacia grandes transformaciones y situaciones disruptivas.

Propongo para el debate una definición más precisa. Si bien puede no satisfacer al conjunto del colapsismo, considero que contiene los rasgos esenciales que permiten un empleo más específico del concepto y se mantiene fiel a las adherencias ideológicas que el colapso moviliza: entender por colapso el fracaso regulatorio del Estado. Esto es, el Estado fallido en el contexto del Antropoceno. Un término, Estado fallido, que está ya consolidado en el lenguaje periodístico y ciudadano. Aunque tampoco carezca de problemas de definición

académicamente muy enconados, resulta mucho más operativo y clarifica la discusión.

Los procesos de derrumbe relativamente rápido de la capacidad regulatoria del Estado no son, en absoluto, ajenos a la historia contemporánea del mundo. Pensar el colapso en términos de disfuncionalidad drástica del Estado nos ofrece un criterio analítico que sirve para evaluar comparativamente el curso de los acontecimientos turbulentos que vienen en el marco temporal políticamente decisivo: el de las próximas décadas, no el de los próximos siglos. Además, dada la importancia central del Estado en la vida moderna, que no se limita al mero monopolio de la violencia legítima sino que vertebra por completo las relaciones de mercado y en parte también las comunitarias (servicios públicos, pensiones, sanidad), el fracaso del Estado casa bien con la imagen intuitiva que mueve al colapsismo, y que captó a la perfección Yves Cochet cuando definió el colapso como «el proceso a partir del cual una mayoría de la población ya no cuenta con las necesidades básicas (agua, alimentación, vestimenta, energía) cubiertas por los servicios previstos por la ley»[23]. Finalmente, la definición del colapso alrededor del Estado está en sintonía afectiva y estética, y lógicamente concuerda, con el tipo de imaginación política y narrativa que moviliza una parte sustancial del colapsismo: una especie de anarquismo *prepper* de base termodinámica, por el cual la crisis ecológica nos obligará a llevar vidas más autosuficientes y comunitarias, con un fuerte componente de ruralidad y con estructuras de poder mucho más simplificadas.

Cuando un producto cultural como la serie francesa *Colapso* dibuja un mundo caótico en el que súbitamente no hay electricidad y el dinero electrónico no funciona, se piensa en términos de Estado fallido. Cuando se llama a un activismo que refuerce la resiliencia local y construya «balsas de emergencia» como respuesta al colapso, se piensa en términos de reaccionar ante un Estado fallido. Este es el eje que hace girar el discurso colapsista. Un Estado fallido, o al menos

muy comprometido en su capacidad de regular una vida cotidiana arrojada a parámetros de supervivencia radicalmente trastocados.

Redefinimos el colapsismo, por tanto, como un estado de ánimo, una ideología y una incipiente teoría, cada vez más arraigada en los espacios ecologistas, que ante la cronificación de la crisis ecológica y sus perturbaciones materiales pronostica o apuesta por la proliferación de Estados fallidos, en diverso grado de profundidad, durante las próximas décadas. Ese carácter fallido de los Estados sería la expresión más concreta y palpable de esa «pérdida de complejidad social» que el colapsismo espera como consecuencia del fracaso ecológico de la civilización industrial en el primer tercio del siglo XXI, es decir, en la presente década. Podemos conceder una prórroga temporal que abarque, siendo muy generosos, la primera mitad del siglo, aunque el grueso del colapsismo vaticina shocks disruptivos mucho antes del 2050. No obstante, si no queremos perder la especificidad de la propuesta, que distingue el colapso de otros procesos como la crisis o la decadencia, que tienen connotaciones prácticas muy distintas, el colapso no puede posponerse indefinidamente. Porque un acento fundamental que el colapsismo introduce en el debate ecologista es una llamada a actuar políticamente en coherencia con este *timing* y con este alcance de los impactos. Por ello todo su discurso de respuesta gravita entre ideas como adaptabilidad, resiliencia, duelo o aceptación. Y siempre en escalas sociales sustancialmente menores a las de un Estado nación que se considera ya ecológicamente desahuciado. Sencillamente, nada de la apuesta política colapsista tendría sentido si un Estado como el español siguiera siendo viable en el año 2060, vertebrando el orden social y regulando funcionalmente las necesidades básicas de la población, aunque el cambio climático haya generado una vida sustancialmente peor.

3
LOS SESGOS CIENTÍFICOS DEL COLAPSISMO

«La difusa leyenda de que las energías renovables necesitan la energía fósil para seguir funcionando es solo eso: una leyenda».

UGO BARDI

DIFERENTES MODELOS DE CATÁSTROFE ECOLÓGICA

¿Cómo prevén los colapsistas el colapso? Las amenazas ecológicas son tan dramáticas y tan diversas que hay esquemas de colapso para todos los gustos. James Hansen, uno de los climatólogos más reputados del mundo y famoso divulgador sobre la crisis climática, no duda en introducir un discurso apocalíptico en sus intervenciones: «Game Over for the Climate» es el título de uno de sus artículos más célebres en *The New York Times*[1]. Sin embargo, aunque existen glaciólogos como Jørgen Peder Steffensen que nos advierten de que podemos enfrentarnos a un cambio climático tan rápido como una crisis financiera[2], la mayor parte de la ciencia climática coincide en que, si bien el apocalipsis climático es perfectamente plausible con el actual ritmo de emisiones, sus efectos más dramáticos pueden tardar muchas décadas y hasta siglos en manifestarse. El clima nos presenta un ultimátum angustioso. Es probable que las estimaciones de impactos manejadas hasta ahora sean conservadoras. Pero se trata de un examen que se dilata lo bastante en el tiempo, pues nos acompañará todo el siglo XXI, como para provocar un encadenamiento de Estados fallidos que condicione drásticamente nuestras estrategias políticas inmediatas.

Y lo que vale para el clima vale para la biodiversidad, con un matiz: la destrucción, simplificación, alteración y/o fragmentación de los ecosistemas terrestres y marinos durante el siglo presente puede sentenciar a muerte no solo la civilización humana moderna, sino buena parte de las familias biológicas que han surgido y prosperado desde la última extinción masiva, la de finales del Cretácico. Se considera extinción masiva la desaparición de, al menos, un 50 % de las especies del planeta en un periodo de entre uno y tres millones de años. Hoy el 25 % de las especies se encuentran amenazadas, pero lo impresionante de la magnitud de este desgarro en la trama de la vida es sobre todo su velocidad: esta situación se resolverá, para bien o para mal, en unas cuantas décadas y no en unos cuantos millones de años. Se trata de un abanico temporal casi instantáneo en términos de historia natural. Pero en términos de historia humana, unas cuantas décadas bastan para hacer las paces con la biosfera y comenzar a regenerar la trama de la vida.

El matiz es que la pandemia del Covid-19 nos ha enseñado de modo extremadamente concreto cómo de vulnerables son nuestras sociedades a sufrir consecuencias provocadas por la hecatombe de biodiversidad en curso. En última instancia, la proliferación de procesos de zoonosis —más de doscientos en los últimos cincuenta años— tiene que ver esencialmente con el incremento de la presión humana sobre los bosques intertropicales, motivada a su vez por la apertura de los mismos a los procesos de acumulación de capital relacionados con la explotación extractivista de un conjunto pequeño de recursos (madera, soja, carne de res, aceite de palma, café, y azúcar)[3]. También con la concentración de ganadería en espacios muy pequeños[4]. Durante todo el cortísimo siglo XXI, hasta que logremos abolir las macrogranjas y revertir el avance de la frontera de la acumulación capitalista sobre los mayores reservorios víricos del planeta, que son las selvas, estaremos en peligro. Sin embargo este riesgo, aunque en una combinación de mala suerte y negligencia

pudiera conducir a un colapso, no casa bien con el planteamiento colapsista por su fuerte carácter aleatorio.

De hecho, no ha sido hasta después del Covid-19 que el factor pandemia ha entrado a formar parte del imaginario colapsista. Esto resulta paradójico, pues ha sido precisamente una pandemia la que nos ha arrojado uno de los primeros golpes antropocénicos que se asemejan a los fenómenos que el estado de ánimo colapsista anticipa. Seguramente, la miopía ante el riesgo pandémico tiene un trasfondo ideológico. El Covid-19 demostró que la naturaleza material de las pandemias refuerza y no debilita las lógicas de control social por parte del Estado y sobreexcita la invasión de la vida por el sistema técnico. Soluciones que casan mal con las alternativas anarquizantes basadas en tecnologías blandas y reubicadas en el mundo rural que preconiza el grueso del colapsismo.

Tanto en materia climática como de otros límites planetarios la situación es extremadamente crítica. Pero aunque los daños ya están teniendo lugar, y aunque ya no podremos ahorrarnos dosis importantes de sufrimiento social que se hubieran minimizado de haber empezado antes, en ambos campos hay márgenes de reacción. Los suficientes para organizar una transición que evite esos desenlaces peores que se pueden llamar con rigor «colapso». Por eso el colapsismo yerra cuando argumenta que la fecha, en la que suelen equivocarse con frecuencia, es mucho menos importante que la tendencia. Cinco o diez años no importan demasiado, suele argüir Luis González Reyes en los muchos y enriquecedores debates que tenemos al respecto. Pero cinco años es lo que separa la proclamación de la República del inicio de la Guerra Civil. Ocho años, el fin de la República de Weimar con el ascenso de Hitler y el inicio de la Solución Final. En política, un lustro es un universo.

Otros candidatos posibles a desencadenar una quiebra sistémica global, mencionados en la literatura colapsista, son un crack financiero-monetario o algún tipo de cataclismo cósmico tipo evento Carrington (una megatormenta solar) que pueda inutilizar el sistema

eléctrico. Pero si hay un asunto candidato a talón de Aquiles de la sociedad industrial por el que el colapsismo tiene preferencia a la hora de imaginar una quiebra sistémica relativamente rápida e irreversible es la energía. En tanto que prerrequisito económico, un corte o disminución del input energético de una sociedad tiene impactos a muy corto plazo y muy visibles, como sucede en un cuerpo ante una bajada de azúcar, y como se ha podido comprobar socialmente ante bloqueos energéticos o boicots como el que ocasionó la crisis petrolera de 1973.

La matriz energética moderna presenta una serie de vulnerabilidades que la convierten en la reina de los imaginarios colapsistas: una demanda social de energía inelástica; una dependencia titánica de los combustibles fósiles agotables, muy dramática para el caso de la agricultura industrial y casi total con los combustibles fósiles líquidos para transportes movidos por motores de combustión; una infraestructura eléctrica crecientemente compleja y susceptible de sufrir problemas técnicos o daños que ocasionen una disfuncionalidad en cascada (apagones); fuentes energéticas muy circunscritas a lugares concretos que atesoran un enorme poder por el control de los suministros y que no siempre se corresponden con regímenes políticos estables; redes de distribución con puntos débiles geográficos muy notables y una oferta energética que presenta obstáculos geológicos propios de un proceso de rendimientos decrecientes.

Por eso el colapsismo, tanto en España como a nivel global, tiene inclinación por los análisis en clave de crisis energética. De hecho, el movimiento ideológico que aquí denominamos colapsismo se corresponde casi al cien por cien con un fenómeno social que en el mundo anglosajón se denomina «piquismo» (*peakism*). Los piquistas hacen del pico global del petróleo el prolegómeno de un techo de producción de todo lo demás (pico del gas, pico del agua, pico de los minerales, pico de los chips, pico de la prosperidad…). Y por tanto el desencadenante de una gran escasez que estará mediada por un colapso de la sociedad industrial.

El colapsismo energético se ha estructurado en torno a la excepcionalidad histórica de los combustibles fósiles y el impacto de su agotamiento en un futuro cercano. En 1865 el filósofo y economista William Stanley Jevons publicó el libro *La cuestión del carbón*[5]. Un estudio pionero que anticipó la estructura argumentativa básica que hoy hace suya esta familia mayoritaria del colapsismo, pero cambiando el carbón por el petróleo. Para Jevons, la impresionante prosperidad que se estaba conociendo en Inglaterra durante el siglo XIX, así como el dominio global del Imperio británico, eran el privilegio de unas pocas generaciones. Dependían fundamentalmente de un recurso como el carbón, que era finito. El agotamiento de las minas de carbón sería el fin de un sueño efímero.

«El carbón en verdad no está al lado, sino enteramente por encima de todas las demás mercancías. Es la energía material del país —la ayuda universal—, el factor en todo lo que hacemos. Con carbón casi cualquier hazaña es posible o fácil; sin él nos lanzamos de nuevo a la pobreza laboriosa de los primeros tiempos»[6]. Esta apreciación de Jevons sigue siendo válida hoy para el conjunto de los combustibles fósiles. Las últimas diez generaciones del mundo se han acostumbrado a entender como normal la celebración de un premio de lotería energéticamente irrepetible. Lo que explica también las dificultades de la descarbonización.

Ocho años después del Acuerdo de París, a pesar de que la emergencia climática ha sido oficialmente declarada por numerosos gobiernos, el 80 % de la matriz energética del mundo sigue dependiendo de los combustibles fósiles. Pero su peso es mucho más relevante en lo cualitativo: tanto la alimentación mundial como el transporte (dos sectores profundamente relacionados a través del mercado global de alimentos) son realidades altamente dependientes del petróleo. El 95 % de los desplazamientos de personas y mercancías alrededor del mundo se mueve con motores de combustión que

funcionan con derivados del petróleo, como el diésel o el queroseno. Como constata Vaclav Smil, gracias a los aportes de la energía fósil, a través de fertilizantes, irrigación y maquinaria agrícola, en el año 2000 una hectárea media de cultivo recibió noventa veces más energía que en 1900. Este fue el secreto de nuestra fabulosa productividad agrícola durante el siglo XX[7]. Y la cornucopia alimentaria explica casi todos los aspectos de la economía, la cultura y la sociedad contemporánea, empezando por nuestros incrementos demográficos y siguiendo por la urbanización masiva y la liberación de fuerza de trabajo para los sectores industriales y de servicios, que son la base del dinamismo capitalista. Esta notable petro-dependencia contribuye a pensar en el petróleo y el mundo moderno del mismo modo que Jevons pensaba en el carbón y el Imperio británico. La globalización capitalista tendría los lustros contados, atrapada en *la cuestión del petróleo*.

Las preocupaciones por la finitud del petróleo afloraron durante la crisis de 1973. Pero su componente de boicot político temporal, la explotación del petróleo del mar del Norte y los buenos resultados de las primeras políticas sistemáticas de eficiencia energética rebajaron el pánico civilizatorio inicial. La escasez de energía quedó relegada a un lugar marginal de las preocupaciones modernas. En el año 1998 Campbell y Laherrère, en un momento de precios del petróleo muy asequibles, publicaron en la revista *Scientific American* un artículo célebre, que contradecía el triunfalismo energético del momento. Se trata de un texto que marcaría el debate energético de la siguiente década y que sería el hito fundamental de unas de las corrientes principales del ecologismo colapsista: *El fin del petróleo barato*[8]. Empleando el modelo de prospección de reservas petrolíferas King Hubbert, que es empíricamente correcto pues los yacimientos sufren rendimientos decrecientes aproximadamente a mitad de lo producible (*peak oil* como fenómeno geológico), pronosticaron un declive paulatino de la extracción petrolífera mundial tras un máximo histórico a partir de principios del siglo XXI. Este descenso inauguraría una era en la que los precios de los combustibles fósiles entrarían en

una fase de encarecimiento estructural provocado por su escasez creciente y su declive gradual, comprometiendo la viabilidad de un orden económico y social basado en su uso masivo (*peak oil* como hipótesis histórica). Alrededor de las tesis del *peak oil* se fundó la red científica internacional ASPO (*Association for the Study of Peak Oil and Gas*). Su ramificación en España, AEREN, introdujo la problemática del *peak oil* en los círculos ecologistas de nuestro país.

Las tesis del *peak oil* conocieron su primavera intelectual durante la primera década del 2000. Acontecimientos como el 11S, la invasión de Irak, comprensible bajo el lema sangre por petróleo, o la escalada brutal de precios, de menos de veinte dólares a finales de los años noventa a un tope histórico de 146 dólares el barril en el verano boreal de 2008, propiciaban un marco de interpretación perfecto. Un desajuste estructural entre una demanda creciente (desbocada por el espectacular desarrollo económico chino) y una oferta geológicamente estancada se antojaba la pieza secreta que hacía cuadrar el puzle de los acontecimientos. El mismo crack de 2008 se interpretó como la expresión financiera de un shock energético llamado a partir en dos la historia de la sociedad industrial. El disparo de salida de una crisis que no acabaría nunca. Algunas formas organizadas de ecologismo colapsista, desde los movimientos en transición hasta la subcultura *prepper*, florecieron en este clima. El repunte de los precios del petróleo después del 2011 pareció confirmar la tesis de fondo, con un matiz: los precios podrían volver a ser bajos, pero solo en contextos de recesión económica. Una depresión a la que por otra parte estábamos abocados por el encarecimiento geológico de la energía. Un círculo vicioso entre escasez de recursos petrolíferos de buena calidad-recesión-desinversión. El patrón de desarrollo económico de los últimos doscientos años habría entrado en una suerte de tartamudez crónica. El desenlace de este bloqueo solo podría ser una fortísima simplificación social, probablemente mezclada con un colapso traumático, aunque suavizable si asumiésemos la vía de la simplicidad voluntaria que el decrecimiento promueve.

Sin embargo, a partir del 2014 los precios del petróleo comenzaron a descender. Pero la economía global ya mostraba signos de una recuperación relativamente sólida. La producción mundial de petróleo continuó aumentando, aunque a un ritmo menor del proyectado y con una composición diferente en sus fuentes de origen (lo que no es baladí, aunque cambia el marco inicial del debate). La realidad empezaba a contradecir la teoría. Dos elementos de novedad explican este giro de guion. En primer lugar, los diferentes arreglos sociales y políticos que estabilizaron todas las tensiones económicas que también estuvieron en juego en la crisis del 2008. En segundo lugar, una innovación tecnológica relevante: la fractura hidráulica (*fracking*) como técnica madura que facilitaba la explotación de un nuevo campo de recursos fósiles no convencionales, petróleo y gas de esquisto, que antes quedaban fuera de la óptica económica por ser inaccesibles. El modo en que Estados Unidos revirtió su curva descendente de producción petrolífera gracias al boom del esquisto, y el impacto que esto supuso en todos los planos (de la economía a la geopolítica) apuntalaron la idea de un cambio de tendencia. Algunos de los defensores de las tesis del pico del petróleo o bien matizaron sus planteamientos o sencillamente abandonaron sus antiguas posiciones.

Ugo Bardi, profesor de la Universidad de Florencia, fundador de ASPO Italia y autor de la cita que abre este capítulo, aunque sigue siendo un autor centrado en los estudios del colapso, se encuentra entre los que han matizado sus tesis, tanto en el plano energético (hoy mucho menos pesimista que ayer) como en el del colapso (introduciendo en sus teorías la idea de un rebote después del colapso). Bardi recuerda aquellos días de principios de los 2000 como un momento de efusión intelectual, tan alarmista como estimulante, que sin embargo se desvaneció pronto, sustituido por el nuevo optimismo del esquisto. Y aunque sigue defendiendo que el agotamiento del petróleo de mejor calidad «está royendo los beneficios de la industria fósil», también reconoce que la producción global no ha dejado de incrementarse en estos años[9]. Que los

horizontes más apremiantes barajados en la primera década del siglo XXI, en parte por lecturas empobrecedoras y reduccionistas de la situación, se han desplazado en el tiempo. Y que el principal problema no se debe enfocar en términos de agotamiento geológico sino de «encontrar los recursos financieros para mantener la producción estable»[10], teniendo en cuenta que los petróleos no convencionales son más recónditos y más costosos. Mariano Marzo, catedrático de recursos energéticos de la Universidad de Barcelona, es quizás una de las voces que estuvieron en este debate y que ha dado un giro más notable: de ser el ponente estrella que abrió el Congreso Internacional del Pico del Petróleo, un evento académico celebrado en 2011 en el pueblo aragonés de Barbastro, dotado de cierta aura legendaria en el mundo colapsista, a afirmar tres años después que el *fracking* había cambiado el equilibrio geopolítico del mundo[11]. La posición de Marzo, considerar el *fracking* una revolución tecnológica exitosa, se ha convertido en la perspectiva mayoritaria en el mundo energético.

Otros investigadores siguen defendiendo que los planteamientos iniciales de ASPO son esencialmente correctos. Y se han mostrado mucho más escépticos respecto al esquisto, argumentando que su irrupción solo es una huida hacia delante que apenas trastoca la condena energética que pesa sobre la civilización industrial. En España, quien más peso ha adquirido en el debate público es el investigador del CSIC Antonio Turiel, que sostiene que el *fracking* es una burbuja energética que arroja muchas más pérdidas que beneficios, que solo se sostiene en pie por entelequias financieras (entre ellas la posición imperialista del dólar como moneda de reserva), y cuyos aportes volumétricos a la producción de petróleo global son engañosos porque los petróleos de esquisto son mucho más difíciles de refinar. Lo que implicará escasez estructural en demandas puntuales de combustible de alto valor estratégico. Por ello, según Turiel, el problema del pico del petróleo no se habría superado, sino que se habría desplazado al pico del diésel (y, como veremos, a los límites de las renovables).

Lo significativo de esta historia es que tiene moralejas epistemológicas. Más allá de que en la era dorada de ASPO los cálculos de las reservas geológicas fueran más o menos exactos o burdos, el desvío de la historia real respecto a la proyectada por el mundo *peak oil* se produjo mucho más por el modo empobrecedor en que los científicos de ASPO incorporaron los factores económicos y políticos, su dinamismo y su variabilidad, a sus escenarios de futuro. Lo mismo ocurre hoy con el *fracking*. Para ser una tecnología termodinámicamente ruinosa, no solo se mantiene en pie desde hace casi una década, sino que se expande. Como apuntan Rubén Martínez e Isidro López, el gran fallo intelectual del discurso del *peak oil*, que con matices es extensible a la economía ecológica, es una interpretación funcionalista del dinero. Como si este fuera un mero instrumento de traducción de riqueza natural y de transmisión de información objetiva, y no una tecnología relacional para el reparto y la acumulación de poder que puede funcionar con la autonomía suficiente respecto a las leyes naturales para provocar efectos decisivos[12].

La cuestión del petróleo no está definitivamente cerrada. No existe consenso científico sobre cuánto puede dar de sí el boom del *shale oil* y el *shale gas*. Si será un nuevo mar del Norte o la fiesta de jubilación de la industria petrolera. Y aunque la salida de la pandemia nos ha arrojado a un contexto más proclive a interpretaciones de escasez geológica incluso que las de la primera década del siglo XXI (una profunda crisis energética global, con un rápido y desestabilizador encarecimiento de los precios de la energía con riesgo real de desabastecimiento y la necesidad de políticas de ahorro impopulares), a diferencia de entonces predominan hoy en los círculos expertos las lecturas de coyuntura. Lecturas que explican estas fricciones por la invasión rusa de Ucrania o los cuellos de botella provocados por la reactivación económica súbita tras el Covid-19. Incluso entre quienes se mantienen más cerca de la hipótesis histórica ASPO, parece que las tonalidades más catastróficas se han rebajado. De momento, en el

mundo académico y en el de las élites económicas predomina un optimismo petrolero que debería ser, a su vez, una fuente de un pesimismo desazonador: los petróleos no convencionales pueden ser el golpe de gracia a nuestro sistema climático.

Este giro en el ánimo energético es relativamente general. Incluso uno de los padres fundadores de la hipótesis histórica del *peak oil*, Jean Laherrère, ha cambiado el acento de su discurso. En una de sus últimas revisiones del estado de las reservas del mundo, ha constatado que si bien los escenarios de altas emisiones que maneja el IPCC no son realistas porque no tienen en cuenta el fenómeno del declive energético, al mismo tiempo debe reconocerse que incluso la modelización del pico de Hubbert arroja suficiente petróleo y gas para agotar el presupuesto de carbono que nos mantendría climáticamente seguros. Y que, por tanto, el foco de la preocupación social ya no debe ser tanto el petróleo que nos falta, eso que obsesionaba al mundo del *peak oil* a principios de siglo, como el petróleo que debe quedar en el subsuelo para evitar un cambio climático catastrófico. Muchas investigaciones apuntan en la misma línea. McGlad y Ekins concluyen que para evitar incrementos de temperatura mayores de 2°C debemos dejar bajo tierra el 30 % de las reservas de petróleo, el 50 % del gas natural y el 80 % de las de carbón que ya sabemos, con certeza, que son comercialmente explotables[13]. En definitiva, la cuestión de un pico geológico de oferta petrolífera ha pasado a un segundo plano ante la urgencia de provocar intencionalmente un pico de demanda muy próximo en el tiempo.

EL POTENCIAL DE LAS RENOVABLES: UN DEBATE ABIERTO

Los discursos colapsistas también han desarrollado una visión marcadamente pesimista sobre las energías renovables. Es el complemento necesario de su preocupación por la escasez de petróleo. Su postura es que el consumo actual de energía primaria no podrá ser nunca cubierto por energías renovables. Por lo que una futura

sociedad sostenible deberá empequeñecer radicalmente su tamaño energético en una transformación muy disruptiva. A medida que las previsiones de un shock inminente de oferta petrolífera se han ido difuminando o matizando, el foco narrativo del colapsismo se ha resituado en la crítica a las pretensiones de descarbonización continuistas con los parámetros sociales y tecnológicos del presente.

Los límites de las renovables son el nuevo tema predilecto del colapsismo. Como la cuestión de los límites de las renovables es fácil de solapar con la cuestión de los impactos locales de las renovables, que ya han empezado a manifestarse y producir importantes ficciones territoriales, el colapsismo ha encontrado aquí algo de lo que ha carecido hasta ahora: un sujeto político en formación, de carácter realmente popular y dispuesto a abrazar sus tesis. Que puede tener cierto peso político dada la sobrerrepresentación electoral de las provincias rurales, y además está espoleado por conflictos socioambientales con una altísima carga afectiva que va más allá de las comunidades afectadas. No es casualidad que dos de las tres películas españolas preseleccionadas para los Óscar en el año 2022, *As Bestas* y *Alcarrás*, tuvieran como telón de fondo disputas y resistencias contra instalaciones renovables en el mundo rural.

La crítica del colapsismo a los planes en curso de penetración de las renovables es diversa. Pero el elemento que la unifica es la denuncia técnica a la supuesta inviabilidad material de las renovables de alta tecnología a gran escala. Su expansión sería una apuesta termodinámicamente condenada a fallar. Detraería energía, recursos, esfuerzo social y oportunidades políticas para los horizontes de transición realmente viables. Que el colapsismo entiende como una aproximación, más o menos gradual o más o menos súbita, a las formas de explotación energética propias del mundo preindustrial, aunque optimizadas por la acumulación de conocimiento y cultura material de la era industrial. Los discursos científicos colapsistas dotan a la hostilidad política contra las renovables de una coartada técnica. Si el modelo de sociedad que pretenden sostener las renovables es una

falacia metabólica, una burbuja de negocio rápido destinada a quebrar por el colapso de la complejidad social, los impactos locales negativos que un macroparque eólico o una planta solar generan se volverían especialmente injustificados.

Como base de su narrativa, el colapsismo suele entender las renovables como notas energéticas a pie de página de una matriz fósil. Básicamente, como energías subvencionadas por el petróleo, el carbón y el gas. La minería que explota los materiales con los que se construyen las infraestructuras, su transporte por todo el globo y el mantenimiento de una red de captación energética geográficamente dispersa depende del diésel. Los procesos de fabricación de sus componentes siguen empotrados en dinámicas industriales que requieren combustibles fósiles. Las placas fotovoltaicas instaladas en Alemania estarían ocultando que la China que los fabrica es la reina mundial del carbón. Por lo que el fin histórico del mundo fósil (voluntario por una acción climática decidida, impuesto por el pico del petróleo, o una mezcla de ambos) implicaría también la inviabilidad de la infraestructura renovable de alta tecnología.

Este desenmascaramiento de la esencia fósil de las renovables se solapa con otros puntos de crítica recurrentes. El grueso de las energías renovables de alta tecnología capta energía de flujos intermitentes: su producción es posible si sopla el viento o brilla el sol. Los sistemas eléctricos modernos dependen íntegramente de una coincidencia muy precisa y compleja entre oferta y demanda. Esta última, además, conoce fuertes oscilaciones, tanto diarias como estacionales. Por lo que una matriz cien por cien renovable exigiría un enorme desarrollo de tecnologías de almacenamiento, un fuerte impulso a las interconexiones eléctricas, así como una sobreinstalación de plantas de generación para cubrir los momentos de desajuste, que hoy un stock como el gas permite respaldar con facilidad. A lo que se suma que nuestras sociedades son esencialmente no eléctricas. Dependiendo de los países, aproximadamente solo entre un cuarto y un tercio de la energía final que consumen nuestras economías es

electricidad. El resto son motores de combustión o procesos de calor industrial. Por lo que una matriz cien por cien renovable exigiría emprender una electrificación de la vida social de enorme magnitud. Estos dos imperativos técnicos, resolver la intermitencia y extender la electrificación, se sumarían a la propia demanda de las nuevas instalaciones para conformar un incremento muy sustancial de presión extractiva sobre los recursos minerales de la corteza terrestre. La tecnoesfera verde es altamente exigente en elementos como el litio, el níquel, el cobre, el cobalto o las tierras raras. Lo que, además de impactos ecológicos y sociales a nivel local, son recursos limitados que pueden comprometer las expectativas de una descarbonización de alta tecnología. Finalmente, el boom minero consecuente se uniría a la propia ocupación de espacio de las nuevas infraestructuras renovables para generar tensiones competitivas por los usos del suelo. Estas resultarían especialmente problemáticas con el uso del suelo agrícola y con los ecosistemas protegidos. Por ello, las críticas colapsistas a las renovables suelen apuntar a que el paradigma oficial de la transición energética está afectada por una «visión de túnel de carbono»[14]: pretendiendo atajar el problema climático se puede terminar agravando el problema de la destrucción de biodiversidad.

Ninguno de estos obstáculos técnicos es irrelevante. El discurso colapsista apunta a cuestiones que el debate social sobre la transición ecológica no puede ignorar. Pero su enfoque introduce al menos dos distorsiones. La primera, dar por evidencias técnicas posiciones que no tienen, ni mucho menos, un consenso científico que las respalde. La segunda, una subestimación constante del estímulo depredador e irracional que nuestra física socioeconómica introduce en cualquier realidad productiva, unido a una falta de imaginación política para pensar las renovables operando bajo otro marco.

Algo tan básico para imaginar el futuro y pelear por su mejor versión como establecer el potencial máximo de las energías renovables dista mucho de ser un asunto científicamente resuelto. En este campo no contamos, ni de lejos, con el tipo de seguridad científica

que una institución como el IPCC ha producido para el clima. La literatura académica que cumple con los estándares de investigación más serios oscila en un espectro amplísimo. Abarca desde un portentoso optimismo, según el cual podríamos multiplicar por cinco el actual consumo energético mundial, hasta un notable pesimismo, por el cual en una sociedad basada en las renovables tendríamos que conformarnos con un 30 % del actual consumo energético. Entre los estudios de la parte más alta de la horquilla se encuentran los liderados por Mark Z. Jacobson[15]. Entre los de la parte más baja los impulsados por el Grupo de Energía, Economía y Dinámica de Sistemas de la Universidad de Valladolid, con gran influencia en el análisis ecologista español, que en muchas de sus publicaciones están liderados por Carlos de Castro. Frente a las metodologías *bottom-up*, que suelen ser las más comunes en las investigaciones estándar, y que consisten en extrapolar hacia arriba y generalizar casos de estudio concretos, Carlos de Castro defiende la idoneidad metodológica de operar al revés, con un enfoque *topdown* consistente en «evaluar los mismos temas, considerando estadísticas globales y/o regionales [...], siempre con un enfoque holístico que tenga en cuenta otros temas relacionados»[16]. En medio, una miríada de posiciones diferentes.

La disparidad en estas cifras, para quienes estamos obligados a manejarnos con estos datos políticamente tan importantes como con cajas negras, que somos el 99 % de la población, es como mínimo desconcertante. Es probable que las estimaciones más altas de este rango infravaloren algunos de los obstáculos técnicos que el colapsismo remarca con insistencia. Como el limitado tamaño de nuestras reservas de minerales comercialmente explotables. O las dificultades para electrificar la totalidad de nuestra vida económica. Pero incluso entre los muchos enfoques que sí abordan estos hándicaps, las posiciones mayoritarias están cada vez más alejadas del fatalismo colapsista promedio. De hecho, la tendencia de estos estudios es a confluir en escenarios de transición bastante prometedores. Este proceso de convergencia en una visión optimista

de las renovables ha venido esencialmente impulsado por la espectacular reducción de costes de las tecnologías renovables, en todo su ciclo tecnológico, que hemos conocido en la última década.

A modo de anécdota relevante, en el año 2022 fue publicado un importante artículo, «On the History and Future of 100 % Renewable Energy Systems Research»[17]. Se trata de uno de los *papers* de recopilación y revisión de investigaciones sobre sistemas cien por cien renovables más completos hoy en circulación. Entre su docena de firmantes, de tres grupos de investigación coordinados, encontramos una curiosa sincronía: el gran pope del optimismo renovable, Mark Jacobson, y Ugo Bardi, una de las primeras figuras del colapsismo internacional, aunados para contradecir la hipótesis fuerte del ecologismo colapsista sobre las renovables. En las conclusiones puede leerse: «Los sistemas energéticos 100 % renovables pueden suministrar toda la energía en todas las regiones del mundo a bajo coste [...]. Las nuevas investigaciones demuestran cada vez más que los sistemas de energía 100 % renovable no solo son viables, sino también rentables. Esto nos da la clave para una civilización sostenible y la prosperidad duradera de la humanidad»[18].

Este estudio no es excepcional. La mayoría de las revisiones de la literatura especializada apunta en la misma dirección optimista: un sistema cien por cien renovable puede suministrar, como mínimo, un volumen energético relativamente parecido al actual. Seguramente con cambios en los modos de vida (especialmente en materia de alimentación y transporte) y también en las lógicas económicas (economías de estado estacionario o fuertemente desmaterializadas, altas tasas de reciclaje de minerales). A su vez, nadie duda de que implantar estos sistemas renovables acarreará conflictos sociales y cuestiones de justicia territorial y redistribución de impactos que distan mucho de estar resueltos. Pero la reducción energética tan drástica que el colapsismo ha ayudado a asentar en el debate ecologista, y cuyo subtexto implícito es evolucionar hacia escenarios

de ruralización y simplificación técnica y social de tintes preindustriales, resulta una postura científica poco extendida.

La divulgación colapsista ha ayudado a encumbrar estudios científicos minoritarios sobre un tema incierto, todavía en discusión académica, a la categoría de certezas militantes. Una parte del ecologismo ha coagulado estas certezas en memes ideológicos que influyen en los debates actuales, empobreciéndolos y sesgándolos. Uno de los sesgos cognitivos más estudiados es el de confirmación: la predisposición a creer aquello que ratifica nuestras ideas preconcebidas. En el caso del colapsismo es llamativo: su relación con la literatura técnica sobre energía está marcada por los vicios intelectuales de la endogamia.

Pero a este problema de elección de fuentes sesgada se le superpone otro: una mirada que congela lo social, que lo naturaliza. Un análisis de fotos fija, proyectando hacia el futuro los comportamientos colectivos del presente. O, más bien, en un giro de 360º que acaba en el mismo sitio, una mirada que hace profesión de fe de una plasticidad social tan radical que solo imagina soluciones maximalistas muy rupturistas aplicadas en tiempo récord («acabar con el capitalismo»). Este enfoque es insensible a la plasticidad real que cabe esperar de sociedades como las nuestras, que es importante, pero también limitada. Una visión, en definitiva, con efectos finales tan conservadores como la de quienes eternizan el *statu quo* de nuestro metabolismo social como el fruto de una naturaleza humana.

Es fundamental insistir en que la implantación de las tecnologías renovables, como de cualquier tecnología, no se puede desligar de las hipotecas que impone nuestro modelo socioeconómico: sobreproducción sin vinculación con necesidades humanas, estímulos perversos, fallas de planificación y coordinación, lógicas extractivistas, impulso cortoplacista orientado al beneficio privado de grupos oligárquicos, incentivos a la externalización de daños, falta de participación democrática de las comunidades afectadas… Los problemas inherentes a las renovables se amplifican por las formas y

las lógicas perversas que nuestro sistema productivo impone. Pero cualquier transformación de nuestra gramática económica, si bien es posible, nunca funciona mediante un giro absoluto del guion histórico. Los reseteos civilizatorios no existen, por más que este fantasma alimente las conspiraciones de la extrema derecha. El colapsismo no sabe transitar este punto medio y tiende a caer a un lado u otro del dilema: o nada cambiará jamás o todo debe cambiar a golpe de milagro.

El modo en que los discursos colapsistas han hecho suyo el problema de los límites minerales a la transición energética ilustra bien esta atrofia maniquea de la imaginación política, que piensa los cambios en código binario. Los límites minerales pueden convertirse en uno de los cuellos de botella de la transición energética. Se trata de una dificultad real que está captando una atención creciente. Las previsiones de incremento de demanda en las próximas décadas de algunas materias primas como el litio, el cobre, el cobalto o las tierras raras, son impresionantes. En 2050, solo la UE prevé multiplicar por sesenta su consumo de litio y por quince su consumo actual de cobalto. A los problemas geopolíticos de su concentración en un puñado de países productores, y las preocupaciones por el impacto social y ambiental que la minería implica, se le suman dudas razonables sobre si el volumen geológico de reservas extraíbles será suficiente para semejante voracidad.

Los trabajos de Antonio y Alicia Valero, de la Universidad de Zaragoza, que son una autoridad internacional al respecto, y han sido agrupados en el libro *Thanatia*, son citados con frecuencia por los enfoques colapsistas en España para justificar su oposición al despliegue masivo de las renovables[19]. Sin embargo, cuando uno va a la fuente original, lo que encuentra es un estudio preocupante, sí, pero no tan inquietante. Según la novedosa metodología que emplean, durante este siglo podemos conocer problemas de suministro en doce minerales fundamentales de la transición verde, con expectativas de consumo mayores que las reservas (plata, cadmio, cobalto, cromo,

cobre, galio, indio, litio, manganeso, níquel, platino y zinc) y un mineral con problemas muy graves porque las expectativas de consumo son mayores que los recursos (teluro). Por clarificar, las reservas agrupan minerales de extracción rentable con la tecnología-precio actual. Los recursos hacen lo propio con yacimientos parcialmente conocidos —con márgenes de incertidumbre— pero no rentables. En función de cambios en la variable precio o en los procesos tecnológicos, los recursos pueden pasar a reservas y ser entonces comercialmente explotados. El escenario que presentan Antonio y Alicia Valero es un horizonte peligroso por muchas razones (cadenas de suministro frágiles, nuevas dependencias internacionales, impactos extractivistas, escasez limitante en algunas tecnologías). Pero nada de ello anticipa un colapso. Tampoco suponen una enmienda total a la transición energética renovable. Especialmente, y esto es lo fundamental, porque hay muchísimo margen en función de qué tipo de transición desplegamos.

Para efectuar sus cálculos, *Thanatia* parte del escenario 2DS de la Agencia Internacional de la Energía, que nos ofrece un 50 % de probabilidades de no superar los dos grados de incremento de temperatura de aquí a final de siglo. Este es un escenario basado en la casi completa electrificación del actual parque automovilístico. Y es precisamente la inmensa demanda del coche eléctrico la que genera el grueso de las fricciones con las reservas minerales razonablemente extraíbles, pues el coche eléctrico es una mina con ruedas, en palabras de Martín Lallana[20]. Pero un futuro de mil millones de coches eléctricos no es algo a lo que estemos obligados, es una elección que puede ser discutida. En definitiva, si introducimos un poco de conflicto y un poco de variabilidad social en el esquema, todo cambia. E investigaciones como la de los Valero son perfectamente compatibles con el programa ecosocialista clásico, que ya desde la candidatura presidencial de René Dumont de 1974 tenía en la abolición del coche privado una de sus medidas estrella.

Muchos otros estudios llegan a estas mismas conclusiones. Una investigación impulsada por *The Climate and Community Project*, y encabezada por Thea Riofrancos, demuestra que nuestro consumo de litio (y su consiguiente extracción minera) puede reducirse hasta un 90 % en el futuro si se impone un régimen de movilidad basado en baterías pequeñas (patinetes, bicicletas), alta reducción de los vehículos en propiedad, transporte público y reciclaje de minerales[21]. Son los horizontes de solución que se manejan en *Thanatia*: una economía de estado estacionario obsesionada con el reciclaje de los minerales, tanto tecnológicamente (plantas de reciclaje) como legislativamente (fin de la obsolescencia programada, normativas de estandarización para desmontar los productos). Y con un salto fundamental de la propiedad privada al uso común de los objetos (por ejemplo, extensión del transporte público frente al imperio del coche). La moraleja de *Thanatia*, si se quiere, es vagamente anticapitalista. Al menos contraria al capitalismo que hemos conocido hasta ahora. Pero no colapsista. Y el capitalismo, y menos en su modalidad actual, no es una condena irrebatible. El colapsismo es un ecologismo que ha abandonado eso que hizo al socialismo históricamente grande: su instinto de rebelión.

En lo que respecta a las renovables, tanto la diagnosis científica dura como la respuesta social que demos están abiertas. La primera, cada vez más orientada hacia un moderado optimismo. La segunda, en disputa política. Lo que no significa que la vieja normalidad pueda sencillamente trasplantarse a un sistema energético renovable sin mayores implicaciones. En absoluto. Hay una parte importante de nuestras emisiones, que algunos estudios estiman en un tercio, que son difíciles de electrificar con la tecnología actual: maquinaria pesada, grandes buques, aviación, procesos industriales tan importantes como la fabricación masiva de fertilizantes… Lo ecológicamente razonable es abordar estos sectores planificando su transformación radical, sin esperar varitas mágicas tecnológicas, como la captura de carbono. Ahí está el ring que delimita una parte importante del combate ecologista:

relocalización productiva, reconversión del turismo a una actividad de proximidad, agroecología, rehabilitación frente a nueva construcción… Un mundo cien por cien renovable será un mundo sustancialmente diferente.

Y también un mundo más pequeño. Esta afirmación es un lugar común colapsista que todo el ecologismo transformador debe compartir. De hecho, que en las próximas décadas nuestro consumo energético debe decrecer es tan evidente que hasta los planes oficiales de transición energética de nuestros gobiernos lo contemplan. Las reducciones sustanciales del consumo de energía primaria son obligatorias. Sencillamente porque si no consumimos menos energía las cuentas climáticas no cuadran. La Ley de Cambio Climático y Transición Energética, en su artículo tres, prevé una reducción del consumo de energía primaria en España de un 39,5 % en el año 2030 respecto a la línea base que establece la normativa de la Unión Europea. La Prospectiva Energética de Catalunya, al mismo tiempo que multiplica por dieciocho la capacidad renovable instalada entre el año 2017 y el año 2050, dibuja un horizonte con un 30 % de descenso en el consumo de energía final respecto al presente y un 41,5 % de ahorro respecto al escenario tendencial de referencia. Datos parecidos se podrían señalar de otras hojas de ruta como el PNIEC, o los documentos de la Agencia Internacional de las Energías Renovables.

Es más, no solo vamos hacia un mundo diferente, sino que debemos esforzarnos por hacerlo diferente: aunque las renovables tienen un impacto global netamente positivo, sus impactos locales pueden ser importantes. La minería es una actividad con un componente destructivo que todo ecologista querría minimizar. El clima no es la única emergencia a la que nos enfrentamos: la destrucción de biodiversidad, la pérdida de suelo fértil o la presión sobre el agua dulce son algunos límites planetarios que ya estamos violentando y que nos exigen abandonar el imperativo de expansión perpetua de nuestra economía. El programa de un decrecimiento en

sentido genérico (reducir la esfera material de la economía, liberar la prosperidad y la redistribución del chantaje de la acumulación de capital y separar felicidad de consumismo) sigue siendo el ABC del ecologismo transformador.

Una perspectiva sobre el papel futuro de las renovables que sea más optimista que la del colapsismo promedio no refuta este programa ecologista decrecentista, lo refuerza. Porque además de situarnos más cerca del sentir científico mayoritario, permite pensar caminos de transición más factibles. Caminos de transición que no dependan de hipótesis sociológicas extremas: o bien una revolución que logre hacer en los próximos diez años eso que el movimiento obrero no logró hacer en los últimos ciento cincuenta, o bien la ilusión completamente fantasiosa de que el derrumbe de la modernidad será una *tabula rasa* desde la que reescribir un mundo mejor.

LOS PRONÓSTICOS APOCALÍPTICOS COMBINAN EVIDENCIAS Y CIENCIA PREMATURA

La cuestión energética, pero valdría para otras como la climática o la hecatombe de biodiversidad, ejemplifica cómo a medida que la crisis ecológica se ha tornado más grave y peligrosa, los análisis científicos sobre la misma han ido adquiriendo una tonalidad apocalíptica. Especialmente en el sentido vulgar del término, una advertencia necesariamente alarmista sobre el posible fin del mundo. Sin embargo, la capacidad de movilización de este mensaje científico apocalíptico ha sido muy insuficiente.

En el ecologismo colapsista se ha escrito bastante y mal sobre cómo nuestra sociedad infantilizada por el consumismo, adoctrinada en las comodidades de la abundancia energética, manipulada por medios de comunicación omnipotentes, borracha de selfis, no tiene capacidad para asumir el sentido trágico de la vida. Tampoco el que la crisis ecológica comporta. En estas posiciones están condensados algunos de los peores errores de la izquierda del siglo XX: superioridad

moral, vanguardismo, racionalismo exacerbado, pulsión paternalista que te lleva a regañar a tu pueblo como si fuese menor de edad. Siempre conviene parar y replantearnos las cosas cuando nuestros razonamientos nos acerquen a un sitio que se parezca al famoso poema de Brecht, donde se especula si sería más fácil «disolver al pueblo y elegir otro». Pero lo que subyace a estos planteamientos es una notable falta de empatía sociológica. Una incapacidad sorprendente para comprender las lógicas que operan en la vida cotidiana real de la gente. Aunque nuestro comportamiento es autodestructivo e injusto, existen sólidas razones sociológicas, antropológicas, políticas e históricas que lo explican. Millones de personas sobreviven al límite, en una precariedad económica y biográfica intensa. Asumir la dirección de la corriente, aunque sea nefasta a largo plazo, es un comportamiento perfectamente adulto y racional. El ecocidio es mucho más una inercia sistémica increíblemente compleja y resistente que una suma de caprichos adolescentes.

Con todo, esta supuesta sociedad imposibilitada para el sacrificio y las malas noticias ha sido capaz de hacer suyos diagnósticos científicos tan «apocalípticos» como el que nos interpela desde la ciencia climática. Y aunque tarde, de manera incompleta y sin garantías de éxito ni de justicia, empieza a reordenar el conjunto de sus tareas y a transformar sus estructuras profundas para intentar evitar los escenarios climáticos terminales. Puede que nuestras condiciones para la racionalidad colectiva y para el compromiso moral de larga distancia sean mejorables: se trata de dos tareas de perfeccionamiento humano que podemos convertir en alguno de los grandes juegos a los que dedicarnos los próximos quinientos años, una vez que en el siglo XXI hayamos reintegrado a la Tierra en un valle de estabilidad climática. De momento, debemos operar con la sociedad que somos. No hacerlo es confundir el orden de prioridad que el principio de realidad nos impone. Y la experiencia del cambio climático nos demuestra que no somos, exactamente, una sociedad herméticamente

impermeable a un discurso científico difícil. Pero sí una sociedad que exige a la ciencia una serie de condiciones que no siempre los científicos cumplimos.

El psicólogo Sthepan Lewandowsky ha publicado interesantes estudios sobre la correlación entre consenso científico y acciones de adaptación y mitigación climática. Concluye que no hay nada más importante en la comunicación de la ciencia que la percepción de que está respaldada por un consenso de expertos[22]. Por eso el trabajo del IPCC ha sido tan importante como batalla cultural en la transición ecológica. Sin embargo, para la energía no contamos aún con nada parecido al IPCC: las posturas son divergentes, y lo más parecido a un consenso apunta en la dirección contraria al colapsismo energético.

Este es un asunto muy importante al que el ecologismo no ha prestado atención suficiente. La verdad no es democrática. *Eppur si muove*, como se atribuye legendariamente a Galileo ante el Tribunal de la Inquisición: aunque solo él defendiera el movimiento de la Tierra, la Tierra se movía. Sin embargo, el modo en que se aceptan los paradigmas científicos se parece muchísimo a una democracia plebiscitaria. Concebir la ciencia como una disciplina que revela trozos indudables de la realidad cuyos hechos tienen en sí mismos la autoridad suficiente para imponerse es situarse en una idea de ciencia anterior a todos los avances que se han dado en el último medio siglo en filosofía de la ciencia, sociología de la ciencia o en los estudios de ciencia y tecnología. Lo que resulta obvio para cualquier científico social, que las verdades científicas conocen un proceso relativo de negociación y construcción social sin el cual no se explica el modo real en que las sociedades incorporan el conocimiento científico en sus decisiones y sus prácticas, está fuera del radar del pensamiento colapsista.

Las tesis centrales del colapsismo respecto a la energía (*peak oil* / «ilusiones renovables») no han pasado aún por un proceso de aprobación generalizada entre los propios expertos energéticos, fase inicial de una aceptación social más amplia. Esto introduce todo tipo

de problemas. El colapsismo debería ser más consciente de las contradicciones peligrosas que entraña incidir políticamente con un mensaje como el del shock energético inminente. Que es un paso más allá de la constatación real de que tenemos problemas energéticos serios. Se trata de un discurso traumático cuya mejor baza de legitimidad es ser científico, pero que, sin embargo, está contestado por otros discursos científicos y es académicamente minoritario. Esto hace que sus contenidos tengan eco y audiencia, sin duda. Mucha. Porque hay un suelo cultural favorable para perspectivas sensacionalistas del futuro y explicaciones globales ante la certidumbre de que las cosas van mal. Pero, al mismo tiempo, su condición académica minoritaria, su falta de madurez científica, provoca que sea casi imposible que un decisor económico o político lo tome en serio, ya que hay otros discursos científicamente legitimados en los que apoyarse que son menos traumáticos.

Romper esta contradicción exigiría cuestionarse una estrategia basada en la construcción de un estado de opinión pública puenteando la democracia plebiscitaria de la institución académica. Solo cuando la crisis energética suscite un consenso similar al de la crisis climática sus tesis podrán tener un efecto parecido. Buscar la proyección de los medios sin pasar por cierto consenso entre expertos es legítimo. Se hace porque pesa más la sensación de urgencia y un sentido público de la responsabilidad. Pero esta precipitación divulgativa tiene riesgos. Las contrapartidas de poner en circulación ideológica toda una serie de diagnósticos avalados por un sello de denominación de origen científico, pero que no responden al conocimiento más exhaustivo del estado de la cuestión, no nos son desconocidas. El marxismo, cuando pretendía ser un socialismo «científico», ya nos enseñó los peligros de esta pendiente de ciencia débil, precipitada por urgencias políticas y compromisos ideológicos, en un mundo bastante menos dominado por las lógicas de la sociedad del espectáculo: un progresivo alejamiento de la realidad. Que siempre deviene en una creciente insensibilización ante su complejidad, y por tanto en una esclerosis

política que aumenta en paralelo al sectarismo subjetivo de sus militantes. Por ello estos planteamientos siempre están cerca de alimentar subjetividades próximas a las de las teorías de la conspiración: una estructura imaginaria muy propia de nuestra época cuyo éxito deriva, entre otras razones, del gozo de sentirse iniciado en una verdad oculta. Y por tanto ser socialmente reconocido como integrante de un club selecto de gente más lista que los demás.

Otro riesgo, igual de importante, es confundirse con el sensacionalismo. Con el fin de ganar cuota de atención mediática en los juegos del hambre de la economía del *clickbait*, es fácil deslizarse hacia ciertas estrategias amarillistas y efectistas: titulares jugosos, simplificaciones abusivas, metáforas pegadizas pero gruesas. Estos trucos retóricos no son malos en sí mismos. Son, de hecho, esenciales en la comunicación política. El problema de fondo es que la construcción de un consenso científico no es exactamente lo mismo que la construcción de una mayoría electoral.

Pero quizás el elemento más problemático de una divulgación que aún es científicamente prematura es instalar en el debate público mensajes tergiversados y poco contrastados. Lo cual desorienta la discusión política y además desprestigia la parte de verdad que ese mensaje puede llevar consigo. Por ejemplo, algunas voces colapsistas han hecho circular en los últimos meses la tesis de que las renovables «hipertecnológicas» son inviables y que, frente a ellas, necesitamos desarrollar lo que denominan «renovables realmente renovables (R^3E)»[23]. Esto es, básicamente, energías renovables que realizan mucho más trabajo directo que producción de electricidad, que se construyen con energía y materiales renovables (o bien biomasa, o bien materiales fáciles de reciclar y que no exigen procesos de purificación, como el hierro o el granito), que se integran con los ecosistemas y que se controlan comunitariamente. En otras palabras, renovables mecánicas cercanas a los modos de apropiación de energía propios de sociedades preindustriales. Pues bien, que este tipo de energías sean las únicas que estén a nuestro alcance no es cierto en un

sentido material. Y es una afirmación muy cuestionable en un sentido normativo. Lo que opera en este meme ideológico es una definición de sostenibilidad extremadamente problemática, tanto por los datos científicos de entrada que supuestamente la evalúan como por la concepción abusivamente holística con la que se define lo sostenible. Una noción absurda de sostenibilidad que lleva aparejado un ideal de sociedad de impacto ecológico cero. Cualquier movimiento ecologista que haga suya una concepción tan innecesariamente limitante de las energías renovables va a intervenir en la coyuntura del presente obturando muchas posibilidades de cambio. Y además, va a exponerse a quedar rápidamente desmentido en sus pronósticos. Cuando el proceso masivo de penetración de las renovables de alta tecnología rebata en hechos las tesis colapsistas de que se trata de infraestructuras físicamente inviables, la parte interesante de su reflexión normativa sobre las implicaciones de las renovables y la necesidad de aplicar cierto principio de precaución en su despliegue, se verá deslegitimada como parte de un todo erróneo. Previamente, el ecologismo puede llegar a desarrollar tics retardistas, obstaculizar la transición energética y contribuir a la pérdida de un tiempo que no tenemos, al desplegar una hostilidad exagerada contra las renovables que se alimente de presupuestos científicos claramente falseables.

El colapsismo tiende a sospechar que los discursos técnicos más optimistas lo son porque dicen lo que el poder quiere oír, y que se adaptan a un mundo en el que prosperar laboralmente implica ponerse a favor de la corriente. Pero estas sospechas microsociológicas se pueden generalizar. El peso de lo reputacional y las presiones de grupo explican también que, para un científico que se ha labrado un nicho profesional, editorial o mediático alrededor de la catástrofe, rectificar un error pueda ser algo enormemente costoso. La antropóloga Myanna Lahsen, que ha hecho trabajo de campo entre modelizadores del clima, afirma que «aunque los desarrolladores y usuarios de modelos tienden a ser conscientes de las simplificaciones y supuestos que impiden que los resultados de los modelos reproduzcan

el mundo real, la inversión personal y emocional en ellos a menudo hace que se pasen por alto estas inadecuaciones»[24].

Bajo las nuevas condiciones del Antropoceno, casi todas las ciencias van a tener que asumir cierto afinamiento apocalíptico porque casi todas ellas van a advertirnos sobre peligros grandes e inminentes. Pero los avances que hemos dado en el campo climático nos enseñan que el mejor compromiso político que cabe imaginar para los expertos es aquel que se esfuerza en romper las condiciones sociales que les impiden hacer buena ciencia. Esto es, reclamar financiación pública generosa para las investigaciones, fomento de la cooperación transdisciplinar y sobre todo una institución global que trabaje en generar concertación académica y síntesis en común. Necesitamos mucho más un IPCC de la energía, de la biodiversidad o de los recursos finitos que lobos académicos solitarios haciendo la guerra mediática por sus propios medios.

4
LAS TRAMPAS TEÓRICAS DEL COLAPSISMO

«Con las ciencias naturales y las ciencias sociales pasa lo mismo que con los tiburones y los submarinos: por fuera se parecen bastante (y es un parecido no azaroso), pero por dentro no tienen nada que ver».

CESAR RENDUELES

LOS TICS EPISTEMOLÓGICOS DEL COLAPSISMO: MECANICISMO, REDUCCIONISMO Y DETERMINISMO

El ecologismo siempre ha operado en una zona anfibia. Su actividad se da en un terreno epistémico movedizo que mezcla ámbitos de conocimiento diversos: las ciencias naturales, las ciencias sociales, los imaginarios culturales y la política. El cruce de fronteras entre campos del saber, que es inevitable al pensar y actuar sobre cuestiones ecosociales, provoca confusiones, incomprensiones, trasposiciones fallidas, errores de traducción... El más habitual de estos deslices es enfrentar la tarea de la transformación social con una mirada educada por la ciencia natural. Un hábito que el ecologismo adquirió y consolidó en sus orígenes por el perfil de sus pioneros: científicos con un sólido conocimiento sobre temas ambientales que, preocupados por los efectos sociales y políticos de sus descubrimientos, se aventuraban en territorios sociológicos. Pero lo hacían sin demasiadas herramientas ni conocimientos para operar en ese campo. El tiempo no ha rectificado demasiado este tipo de interferencias. La especialización académica obsesiva tampoco ha sido el clima institucional más propicio para corregir esta pulsión espontánea del ecologismo.

Paco Fernández Buey reclamaba una nueva organización del saber conformada por humanistas con cultura científica y científicos con formación humanística, involucrados en un diálogo orientado a posibilitar una filosofía pública. Esto es, una filosofía implantada en la reflexión democrática de sociedades interpeladas por controversias muy complejas. Llamó a esta propuesta de integración y de síntesis de ciencias y letras la «tercera cultura»[1]. El colapsismo es uno de tantos productos ideológicos que demuestran lo lejos que está nuestro tiempo de dar a luz algo parecido a una tercera cultura solvente.

La antropología climática ha realizado investigaciones interesantes sobre el tipo de desencuentros que se producen entre científicos ambientales y sociales en espacios de coexistencia transdisciplinar. Las conclusiones de sus estudios apuntan a que existen tres puntos de fricción epistemológica recurrentes entre ambos mundos: la cuestión de la escala, la cuestión de la atribución y la actitud ante la predicción[2].

El problema de la escala tiende a presentar derivas deterministas; el problema de la atribución alimenta posiciones reduccionistas, y la actitud ante la predicción introduce dispositivos de razonamiento mecanicista. Todas ellas son etiquetas con muy mala fama filosófica. Casi nadie se siente cómodo en ellas. Pero de un modo más o menos matizado según los autores y los formatos, estos tics inconscientes marcan profundamente las argumentaciones del ecologismo científico. Y tienen una importancia crucial en la conformación de la ideología colapsista.

La crisis ecológica ha podido ser delimitada como problema existencial a partir de aproximaciones macroscópicas. Esta es la escala de conocimiento óptimo de las ciencias naturales que han certificado cómo nuestras relaciones con la biosfera se han vuelto autodestructivas. La emergencia climática, por ejemplo, ha sido construida a partir de estudios de promedios estadísticos amplios históricamente acumulados. Lo que ha terminado derivando en eso que Francis Moore llama mirada satelital sobre el cambio climático[3].

La ventaja epistémica de esta mirada satelital es que en ella los factores de incertidumbre social, mucho más presentes en las escalas meso y micro, pierden peso explicativo. Por eso resulta más cómodo para las ciencias naturales trabajar en perspectiva de grandes escalas espaciales y temporales. En contraste, las ciencias sociales son mucho más competentes en la escala meso y micro y los estudios de alta resolución. Si esta dialéctica de escalas no se maneja con pericia es muy sencillo borrar el factor de variabilidad que introducen los niveles meso y micro y solo ver tendencias generales que se imponen por todas partes.

El colapsismo es el producto de un telescopio que solo ve las corrientes de fondo del mar de la historia. Estos grandes movimientos, por definición, parecen esencialmente insensibles a las mutaciones en la reproducción social que nacen de eso que Ana Tsing llama *polifonía*s: coordinaciones no intencionales en el encuentro imprevisto entre diferentes actores concretos[4]. Esta primacía de lo macroscópico lleva aparejada, además, desórdenes analíticos graves, que dificultan diferenciar lo importante de lo anecdótico o respetar la complejidad de lo que sucede. Dos errores en los que el colapsismo incurre con frecuencia. De ahí su manía de leer cualquier noticia coyuntural en la prensa sobre un fallo en el sistema energético, por ejemplo un proceso de descapitalización de la red eléctrica provocado por la corrupción de las autoridades de un país, como el síntoma epidérmico de la inviabilidad profunda de la civilización fósil.

En ciencias naturales atribuir a un elemento un peso definidor en unas relaciones causales pasa por aislarlo. Lo que exige hacer de cierto recorte reduccionista un prerrequisito metodológico. La ciencia social tiende a operar en sentido contrario, complejizando y densificando el objeto de estudio (en ocasiones hasta excederse en delirios subjetivistas e introspectivos). El choque de métodos es frecuente. Se refleja bien en la ambigüedad transformadora de la reciente proliferación de neologismos climáticos, como guerra climática, revuelta climática o migración climática. Por una parte, estas

innovaciones terminológicas son imprescindibles: los impactos del cambio climático son un inmenso acelerador de conflictos. Solo teniendo en cuenta cómo el cambio climático atenta contra nuestra vida social de un modo inédito podremos hacernos cargo de la magnitud del desafío. Pero, al mismo tiempo, si estos neologismos se construyen como expresiones de relaciones causales, lo más probable es que se conviertan en bombas de humo ideológico a favor del *statu quo*. Todo conflicto climático se levanta sobre una estratigrafía de violencias, coacciones, expolios e injusticias históricamente acumuladas. Atribuir al cambio climático un conflicto, de la misma manera que se atribuye en física la evolución de un sistema al aumento de la entropía, es despolitizarlo. El calentamiento global estimula las guerras. Y una vez que comienzan, puede excitarlas. Pero no las causa jamás. Por todo ello, una actitud proclive a la predicción es casi un tabú en las ciencias sociales, que suelen explicar los hechos de modo retrospectivo. Mientras que la anticipación predictiva es casi una condición de legitimidad del saber científico-natural.

Los discursos colapsistas están saturados de estos tres tics epistemológicos, en ocasiones inconscientes y en otras ocasiones asumidos como bandera «¿Somos deterministas? Sí, porque hay unas limitaciones absolutas que son las leyes físicas que rigen el universo y los decrecentistas las reconocemos»[5]. Los ejemplos podrían formar una antología de decenas de páginas. Esta cita de Yves Cochet, exministro francés convertido al colapsismo, resulta ilustrativa:

> Bien que la prudencia política invite a permanecer en lo borroso, y que la moda intelectual sea la de la incertidumbre en cuanto al porvenir, estimo al contrario que los treinta y tres próximos años en la Tierra están ya escritos, *grosso modo*, y que la honestidad consiste en arriesgar un calendario aproximativo. El periodo 2020-2050 será el más trastornado que nunca haya vivido la humanidad en tan poco tiempo. Año arriba, año abajo, se compondrá de tres etapas sucesivas: el fin del mundo tal y como lo conocemos (2020-2030), intervalo de supervivencia (2030-2040) y el inicio de un renacimiento (2040-2050)[6].

Cochet es capaz de extraer de las tendencias macroscópicas de la crisis ecológica algo tan preciso, detallado y determinado como una periodización del hundimiento de la civilización industrial para los próximos treinta años. La tendencia a conjeturar eventos en el medio (y corto) plazo y en los ámbitos geográficos meso o micro (como lo nacional o lo regional) a partir de extrapolaciones gruesas de tendencias globales a largo plazo, confundiendo escalas, es una de las señas de identidad política del colapsismo. Richard Duncan le ha dado a la civilización industrial de alta tecnología una esperanza de vida de un siglo desde su nacimiento, iniciando su decadencia irreversible a partir del año 2030. La revista ibérica *15/15\15* toma su nombre de una predicción que considera que en 2030 solo nos quedará disponible un 15 % de la energía neta que teníamos en el año base del cálculo; en el informe *Caminando sobre el abismo de los límites*, de Ecologistas en Acción, se barajan también umbrales temporales muy precisos en los más diversos ámbitos, como el pico de todos los combustibles líquidos entre 2015 y 2024 (esta última cifra según presupuestos muy optimistas, explicitan)[7]. Cualquier lector o lectora familiarizada con la literatura del ecologismo colapsista barajará umbrales temporales tan precisos y cercanos como estos sobre el pico de todos los combustibles líquidos, la quiebra de los sistemas agroalimentarios o el declive del fosfato. Lo habitual es que, en un típico ejercicio de reduccionismo, estas previsiones se formulen a partir de la atención especial a un factor: la tasa de retorno energético, el diésel como sangre del sistema o la escasez de tierras raras.

La mejor ciencia disponible no puede concretar acontecimientos tan precisos como los que las narrativas colapsistas manejan. El colapsismo más inteligente es medianamente consciente de estas limitaciones epistemológicas. En ocasiones intenta contrapesarlas. Pero muchas veces termina reafirmándose en ellas. Y es que son la esencia misma de su visión del mundo. Stevens y Servigne lo denominan el peligro de la futurología: es imposible saber, con rigor científico, si se va a producir un colapso. Pero se pueden recolectar

indicios y «abrir la razón a la intuición», «porque lo que en tiempos de incertidumbre vale es la intuición»[8]. Servigne y Stevens al menos son honestos al reconocer que, desde su macizo de intuiciones e indicios, ellos van a ser un poco menos prudentes de lo que aconseja el rigor científico.

LA TRAMPA DEL HOLISMO Y EL ABUSO DEL CONCEPTO DE SISTEMA

Mecanicismo, determinismo y reduccionismo son vicios en parte inconscientes de la estructura epistemológica colapsista. Pulsiones incontrolables que rebrotan cuando se baja la guardia. Pero estos tics se magnifican por un compromiso teórico previo que ha sido muy poco problematizado en los debates ecologistas: el modo en que este participa de una visión del mundo exageradamente integrada, que hace de la interconexión profunda de todas las cosas su apuesta fundamental.

Barry Commoner defendió que «todo está relacionado con todo lo demás» era la primera ley del pensamiento ecológico[9]. Se trata de un postulado teórico muy antiguo, que puede retrotraerse hasta el núcleo mismo de muchos sistemas religiosos y filosóficos tradicionales. Y que tuvo importancia en el nacimiento mismo de la ciencia ecológica. Ernst Haeckel, creador del término ecología, fue impulsor de una doctrina filosófica que denominó monismo, que postulaba que todos los fenómenos son la manifestación de una sustancia única y fundamental. Jan C. Smuts, reconocido por Andrew Dobson como uno de los padres fundadores de la filosofía ecologista moderna, refinó esta idea de la unidad integrada del universo y la nombró de un modo que ha pasado a la historia del ecologismo: «holismo»[10]. Para algunos de los grandes nombres intelectuales del ecologismo como Fritjof Capra, si algo define el pensamiento ecologista es su carácter holístico[11]. Una pulsión de síntesis de todas las cosas cuyo fruto más claro es el predominio de la idea de sistema en el pensamiento ecologista.

La postura ontológica fuerte compartida por la mayoría de las diferentes corrientes que hacen uso de la categoría «sistema» en el ecologismo es que esta no es una construcción analítica o un recurso de investigación. Aunque los modelos con los que opera la dinámica de sistemas son siempre simplificaciones extremas de la realidad (como un mapa de metro lo es de la red de metro efectiva de una ciudad) remiten a regiones de la realidad que, con independencia de nuestra percepción o de nuestra voluntad, poseen una *sustancialidad* holística que integra sus partes unitariamente.

El holismo no ha sido un axioma baladí ni poco productivo. Se le debe reconocer un rol fundamental en el correcto desempeño del ecologismo. Las dinámicas de destrucción ecológica a escala sistémica, incluso global, existen: que la acumulación de emisiones de gases de efecto invernadero provocada por la quema de combustibles fósiles está alterando el funcionamiento de la atmósfera no es un recurso retórico producto de una exageración ontológica. Es un fenómeno tan real como peligroso que interpela al conjunto de sociedades del planeta.

Además, cuanto más compacta y orgánica se presuponga la integración de los elementos socionaturales, la dinámica entre estos se volverá más sensible, y por tanto más vulnerable. En definitiva, la realidad se volverá más exigente del tipo de cuidados y atenciones sobre los que el ecologismo ha cimentado su proyecto político. Cuando un proceso concreto de contaminación, o de agotamiento de recursos, se piensa como intrínsecamente conectado con todos los demás, y por tanto como fundamentalmente interior, imposible de externalizar salvo de manera tramposa, la necesidad de hacerse cargo de él y corregirlo gana en intensidad. En otras palabras, el acento holístico ha forjado la praxis preventiva ecologista. Y ha facilitado mucho el maridaje entre una visión ecológica del mundo y la aplicación de un fuerte principio de precaución.

Sin embargo, esta especie de subtexto ontológico también empuja al ecologismo a una serie de espasmos teóricos que suelen derivar en

errores estratégicos y políticos recurrentes. Como veremos, el marxismo, bajo la idea de totalidad, fue un campo de cultivo fecundo para este tipo de aporías. El colapsismo no hace sino inducir estos espasmos con el estilo excesivo que le caracteriza. El más obvio es una teoría de la crisis omniabarcante marcada por la idea de efecto dominó. Si todo está relacionado con todo, cada aspecto de la biosfera conectado con cada aspecto de la sociedad, y cada rasgo social de una sociedad con el conjunto de sociedades del planeta, entonces puede ser verosímil pensar el futuro como algo en lo que cualquier eventualidad o coyuntura puede iniciar toda una serie de fallos en cascada que se propagarán por el conjunto de la civilización. E interpretar cada pequeño bache en la coyuntura de la historia, en palabras de Bardi, como «el guijarro que puede provocar un desprendimiento»[12].

La creencia en el efecto dominó también tiene una faz optimista. La transformación social radical y de alcance global sería posible en un periodo de tiempo históricamente breve, que nos ahorraría los problemas inmensos de coexistencia entre el viejo y el nuevo mundo (en los que se empantanó la transición socialista de un modo que el ecologismo no ha querido estudiar en profundidad). Todo ello atravesado por la fantasía de una expansión viral de una conciencia y una práctica ecológica transformadora. Si realmente creemos que todo está unido con todo y asumimos sus efectos dominó subyacentes, uno puede suponer que el conflicto social, llevado hasta sus últimas consecuencias, llegue a ser tan rápido e instantáneo que consiga saltar hacia la sociedad nueva en una especie de teletransporte civilizatorio. Sin un proceso muy largo de transición y convivencia con una parte de lo que existe, que va a presentar mucha resistencia al cambio y además de modo efectivo.

En general, ideas como holismo o totalidad facilitan mucho estructurar un mapa mental maniqueo en el que, de modo muy simplista, *o bien eres parte de un problema absoluto o bien parte de una solución mágica*. Curiosamente, como la unidad que la teoría define se demuestra empíricamente falsa, el resultado práctico de

mantener esa creencia solo puede ser una suerte de dualismo enloquecido y en extremo beligerante. En otras palabras, el holismo es un lastre que lleva a pensar la política en términos de «todo o nada». Y facilita dejar fuera las hibridaciones, los mestizajes y las ambigüedades inherentes a la experiencia social y sus cambios.

Existen otras implicaciones importantes del pensamiento holístico que son problemáticas. Por ejemplo, sentar las bases de una mística religiosa de la Naturaleza, en mayúscula, como una entidad casi sagrada, saturada de ser. Un camino que teóricamente pocos defienden sin ambages. Pero sí resulta un afecto indefinido con gran ascendiente en el discurso ecologista. Y no carece de importancia, pues condiciona mucho el análisis de los dilemas tecnológicos. O incentiva la búsqueda utópica, y contraproductiva, del impacto ecológico cero.

Además, el holismo lleva a un abuso del concepto de sistema, que se traduce en un desprecio a los hechos concretos y una propensión a la exageración tremendista. Esto es, a esa confusión permanente de las escalas antes mencionada, unida a la enunciación de las generalizaciones groseras. Carlos Fernández Liria nos ha advertido que la ignorancia siempre es «hegeliana»[13]. Quizá sería más justo con Hegel decir que la ignorancia siempre se parece mucho a una mala lectura de Hegel. A lo que se refiere Liria aquí es a la manía tan extendida de huir del conocimiento pormenorizado y exhaustivo de los materiales sociales específicos, en pos de la aplicación de esquemas interpretativos preconcebidos. Es decir, a la degradación de la realidad a la categoría de ejemplo de lo ya sabido.

Quizá sea más conveniente un esquema que rebaje el alcance total de estas reacciones en cascada. Uno en el que los efectos dominó, positivos y negativos, cuando existen y no se trata de un abuso conceptual, los entendamos como son: parciales, fragmentarios, provisionales. Como cambios que afectan a regiones circunscritas de los ensamblajes y las composiciones sociales o naturales, casi nunca a nada que podríamos llamar la «totalidad». Un esquema que nos ayude a abordar las complejas ambivalencias de los fenómenos sociales. Que

nos permita respetar eso que llamamos naturaleza sin necesidad de construir una paraentidad religiosa. Que nos facilite entender mejor un mundo en el que las discontinuidades y las rupturas de las conexiones son tan materiales y tan reales como las continuidades y las conexiones, tanto en los sistemas biofísicos como en los sistemas sociales. Entre la idea de totalidad unitaria que abarca el conjunto de las relaciones socionaturales, y una visión atomístico-fragmentaria en la cual las relaciones son siempre una pura contingencia sin efectos de estructuración a escala más amplia hay un campo inmenso para concepciones más templadas. Entre el Cosmos y el Caos está el espacio del mundo en marcha. De cara a enfrentar la crisis ecológica, el todo es una perspectiva necesaria. Pero se convierte en un mal atajo, una trampa que nos extravía irremediablemente, si el todo holístico deja de ser un instrumento de análisis circunscrito a una metodología y lo elevamos a la sustancia metafísica de lo real.

CÓMO EL FALLO TEÓRICO SE CONVIERTE EN ERROR POLÍTICO

El colapsismo tiene algo de mal hegelianismo, pero dado la vuelta. Donde toda pluralidad y complejidad de lo que sucede en lo social queda contenida como un momento del proceso hacia una unidad superior presupuesta de antemano por la teoría. Pero que esta vez ya no es ascensionista, no progresa hacia lo mejor, sino que es decadente y crepuscular: desciende hacia el colapso, hacia la próxima Edad Media, según el título de un libro de José Sacristán de Lama, una metáfora con cierto éxito en los ambientes colapsistas[14].

No son estas cuestiones puramente especulativas para que se entretengan los departamentos de filosofía o sociología de la ciencia. Tienen consecuencias importantes en los debates sobre estrategias políticas en coyunturas concretas. Independientemente de la calidad de las investigaciones científicas naturales sobre nuestros problemas ecológicos, esta traslación espontánea de los enfoques biofísicos a lo social es una fuente probable de malos análisis sociológicos y pésimas

intervenciones transformadoras. No por casualidad el Estado mayor del colapsismo internacional son ingenieros, físicos o químicos entrando como elefantes en la cacharrería de lo social.

La capacidad del colapsismo para anticiparse al futuro con precisión, y de ahí extraer directrices políticas de intervención, puede evaluarse sin necesidad de esperar al cumplimiento o no de sus vaticinios. Valorando, por ejemplo, lo mal que funciona su marco teórico para explicar el pasado. En el libro *Antes del colapso*, de Ugo Bardi, se afirma que la URSS cayó porque no pudo «escapar al destino de la sobreexplotación de sus vastos recursos minerales».[15] Esta es una afirmación de un rigor historiográfico nulo y de una simpleza sociológica notable. También se explica que la sobreexplotación del bacalao en el Atlántico Norte durante el siglo XX se debió a que «el mecanismo de pensamiento de grupo llevó a los pescadores a una dinámica letal a pesar de que sabían lo que ocurría»[16]. Lo que se le olvida mencionar a Bardi es que en una sociedad capitalista no se produce bacalao. Se produce plusvalor con diversas formas, entre otras en forma de bacalao. Todo ello dentro de dinámicas competitivas que empujan a los actores económicos a procesos de macroirracionalidad, como el agotamiento de un caladero.

Este tipo de lecturas profundamente simplificadoras son la materia misma del discurso colapsista. Es muy común en los ambientes colapsistas reducir la crisis financiera del 2008 a un efecto de los altos precios del petróleo. Un análisis que, si bien esconde una pequeña verdad, que las dificultades geológicas para cubrir la demanda de petróleo convencional generaron inseguridad financiera, esta se exagera hasta volver los acontecimientos irreconocibles. Hoy ocurre lo mismo con la invasión rusa de Ucrania. Uno de los tuiteros colapsistas con mayor repercusión escribía: «En vez del ya muy manido lema "Es la economía, estúpido", humildemente propongo como alternativa "Es la geología, Lacalle"»[17]. Pero las especificidades de esta guerra tienen tanto que ver con el *peak oil* como el virtuosismo futbolístico de Messi con la ley de la gravedad: cuando Messi juega al fútbol tanto

el balón como su cuerpo caen bajo los efectos de la gravitación universal, del mismo modo que las tensiones geopolíticas de nuestro mundo se desenvuelven en un contexto de rendimientos energéticos decrecientes. Pero ni la ley de la gravedad explica el talento de Messi ni el *peak oil* explica la invasión rusa de Ucrania.

Esta ceguera ante la dimensión social, histórica y cultural de los impactos ecológicos no es exclusiva del colapsismo. Es vicio común del pensamiento ecologista. Como ha estudiado Jessica Barnes, los agricultores del Delta del Nilo achacan su creciente escasez de agua mucho más a acaparamientos hídricos vinculados al control político corrupto de las instituciones de regadío de la zona, que de hecho están sucediendo, que a las afecciones macro del calentamiento global[18]. Así pues, la relación causal entre emisiones de CO_2 y pérdidas de productividad agrícola en Egipto dista mucho de ser tan evidente como a veces el cientificismo ingenuo plantea. Cualquier intento ecologista de ilustrar y alfabetizar climáticamente al campesinado egipcio se topará con la justificada resistencia de unos actores cuya experiencia es, ante todo, la de un conflicto distributivo, no la de una escasez sistémica.

Este estudio de caso es paradigmático. Existen cientos de situaciones parecidas. Y tienen mucho que enseñarnos sobre la recepción hostil del discurso ecologista en general, y por tanto sobre su incompetencia política en todo el mundo. Tanto en el sur como en el norte global. Toda esta lasaña de confusión ideológica, que va añadiendo capas de distorsiones que después se sedimentan en coágulos discursivos insolubles marcan profundamente el día a día del debate en la militancia ecologista. Y tienen cierta influencia en algunos de sus errores políticos. Dos ejemplos recientes pueden servir para delimitar los contornos de este problema.

Junio de 2017. Una temprana e insalubre ola de calor golpea Madrid con el curso escolar aún vigente. Se genera un potente conflicto ciudadano alrededor de la demanda de instalación de aires acondicionados en los colegios públicos madrileños. Una parte del

ecologismo la rechaza porque implicaría «apagar el fuego con gasolina». Tras repasar la lista de deberes ecosociales pendientes (arquitectura bioclimática, ahorro de energía) proponen como solución «salir del capitalismo y desarrollar una cultura de simbiosis con la naturaleza en tiempo récord»[19]. En otras palabras, abandonar una lucha en un contexto con mucho potencial de movilización para enumerar una lista de principios generales de una transición ecológica de máximos. Lo revelador de la estructura epistemológica colapsista es que esta posición se basa en una falsa certeza científica. La mejor ciencia disponible no niega que los colegios, hospitales u otros edificios públicos de la Comunidad de Madrid puedan instalar aires acondicionados y que esto sea compatible con una sociedad sostenible. Lo que cuestiona es que haya recursos para que se universalicen algunos niveles de confort privados que son delirantes. A la espera de que un gobierno ecosocialista futuro reconvierta bioclimáticamente nuestros edificios públicos, el calor en las aulas de las niñas y niños de Madrid no depende del *peak oil*. Depende del control de los presupuestos autonómicos.

Primavera-verano de 2022. Se abre en el ecologismo español un debate sobre los planes industriales para desarrollar el hidrógeno verde. El centro de las preocupaciones pasa a ser la posibilidad de que nos convirtamos en una colonia energética de Alemania. Un discurso que, de primeras, se construye sin ninguna reflexión sobre cómo el término colonia energética moviliza resortes ideológicos y afectivos que riman muy bien con una extrema derecha que se refiere a la descarbonización como el suicidio de la soberanía nacional. Pero, sobre todo, el debate se plantea obviando sistemáticamente lo mucho que la política tendrá que decir al respecto. Que España pueda desarrollar un fondo soberano con las renovables y el hidrógeno, y que por tanto su futuro se parezca más a una Noruega del Mediterráneo que a una Argelia europea, no está inscrito en la termodinámica, por mucho que el rendimiento energético del hidrógeno verde sea bajo. Apenas unos meses después de que saltase

este tema al debate, el gobierno de España consiguió una victoria política en Europa que no está al alcance de un país colonial en ningún uso riguroso de la palabra colonia: la excepción ibérica, que en el contexto de la invasión rusa de Ucrania ha fijado un tope al precio del gas en el mercado energético de España y Portugal. Un mecanismo de intervención que después se ha generalizado al conjunto de la Unión Europea y que sienta un importante precedente de cara a una hipotética superación futura del sistema marginalista de fijación de precios de la energía. La excepción ibérica es un ejemplo claro del tipo de acción política que necesitamos, que es posible, que se puede replicar y escalar, pero que la mirada colapsista vuelve inconcebible.

ENSEÑANZAS DEL PASADO: EL PRECEDENTE DEL COLAPSISMO MARXISTA

Podemos ir más atrás: Occidente ya ha conocido intentos de anticiparse ante supuestos derrumbes civilizatorios en gestación pero todavía no visibles para la mirada convencional, habituada al vicio de la normalidad. De todos ellos, la experiencia de la que el ecologismo tiene más que aprender fue el catastrofismo socialista, que atravesó los debates de la II Internacional y marcó el movimiento obrero durante el primer tercio del siglo XX. Los paralelismos son impresionantes y merecerían una investigación más detallada. Estos parecidos se explican, en parte, porque existen préstamos conceptuales directos e indirectos. Pero además, como constató no sin cierta sorpresa Ernest García, la historia de las ideas sociológicas es la de un número muy pequeño de polémicas que se repiten con terminologías distintas y que van perfilando el perímetro de problemas intelectuales y políticos reincidentes. Por eso volver la vista atrás, a los debates de hace un siglo, nos puede servir para orientarnos en las estructuras conceptuales y argumentales de los debates de hoy[20].

Algunos marxistas bibliográficamente quisquillosos han puesto en entredicho la existencia de una teoría del colapso en el marxismo tradicional. Robert Kurz la denomina más bien una «tentación». Una

pulsión ideológica basada en un análisis grosero, suma de empirismo y mitología política, que nunca cristalizó en un cuerpo teórico sólido[21]. Pero es indudable que la discusión estratégica del marxismo durante el primer tercio del siglo XX estuvo presidida por el pronóstico de que el capitalismo estaba destinado a derrumbarse, más tarde o más temprano, bajo el peso de sus propias contradicciones. Que el desencadenante sería una de esas crisis económicas desgarradoras a las que el capitalismo había demostrado ser tan propenso. Y que esto era parte del conocimiento pretendidamente científico que las élites marxistas debían transmitir a las masas obreras para que su vivencia de la explotación se tornara en una conciencia política coherente, capaz de cumplir su papel histórico.

Este telón de fondo imaginario era relativamente unánime. Eduard Bernstein desarrolló su propuesta revisionista rebelándose contra él. Es cierto que el grueso del movimiento obrero fue mucho más activamente paciente que mecánicamente milenarista. Y prefirió gastar sus energías en la organización de las condiciones subjetivas de la revolución (la lucha de clases, la organización de partidos y sindicatos obreros) que esperar a que las condiciones objetivas hicieran el trabajo sucio. También es verdad que los intentos de una teoría compacta del colapso capitalista, con Rosa Luxemburg pensándola primero en el plano de la circulación mercantil, y después con Henryk Grossman en el plano de la producción, no tuvieron una acogida muy calurosa. En ambos casos se entendió que partían de interpretaciones erróneas de la obra de Marx. Pero el movimiento obrero de inspiración marxista es inexplicable sin una creencia en la inviabilidad objetiva del capitalismo, al menos como tendencia, así como en su caducidad histórica provocada por su futura decadencia económica, que estaría inscrita como una maldición en su ADN social. La clase obrera organizada debía dar el golpe de gracia y cavar su tumba. Ese trámite político no se podía saltar. Pero la premisa básica era que el cuerpo civilizatorio capitalista sufría una enfermedad congénita. En el que cada avance en la acumulación de capital era, al mismo tiempo, un

paso más hacia su ruina. Aunque el marxismo más inteligente se ha vuelto bastante agnóstico ante sus propias inclinaciones colapsistas, este esquema imaginario sigue siendo un supuesto con cierta influencia. Lo que explica una de las grandes contradicciones del marxismo, que continúa vigente en el siglo XXI: combinar instrumentos de análisis del presente muy penetrantes, sencillamente imprescindibles para la crítica social, con un rendimiento profético más bien pobre. Es conocido el chiste de que los marxistas más osados han predicho con éxito diez de las últimas tres crisis capitalistas (una broma que, por cierto, rima a la perfección con el ecologismo colapsista).

Lo que late detrás de la filosofía de la historia marxista es exactamente lo mismo que impulsa la filosofía de la historia del ecologismo colapsista. Una creencia en que el desarrollo de los acontecimientos sociales, y por agregación el curso de la historia de la humanidad, responden al desenvolvimiento de realidades «duras», que conducen la dirección caprichosa e inconsistente de lo social como un lecho de roca conduce un río. Nuestra vida colectiva es un torrente de voces diversas, de mitos y creencias arbitrarias, de intenciones cambiantes, de polisemias y malentendidos que nos enredan en todo tipo de confusiones. Pero por debajo de todo ese oleaje caótico existiría un plano de realidad más firme, cuya investigación nos permitiría aproximarnos al comportamiento humano de un modo parecido a cómo la cristalografía se aproxima al comportamiento de los cristales: relaciones causales directas, mecánicas, previsibles, cuyo estudio nos dotaría de cierta capacidad estandarizada de anticipación, predicción y manipulación. Un plano que permitiera que la economía, la política o la historia dejaran de ser disciplinas llenas de poesía, intuición y de umbrales cualitativos insoportablemente vagos y pasaran a ser ciencias como la física y la química. Nótese que a estas ciencias naturales se les suele apellidar «duras», en un juego metafórico muy similar a como estas corrientes de pensamiento les gusta autodenominarse «materialistas». La conexión entre la noción

de verdad y la experiencia táctil de la materia en estado sólido está arraigada en nuestro bagaje cultural desde tiempos inmemoriales.

Aunque este es un campo filosófico minado que exigiría afirmaciones mucho más precisas, conviene partir de un punto básico: la divisoria entre lo material y lo cultural es falsa. Como defiende Marshall Sahlins, cualquier proceso material humano solo puede darse a través de símbolos y por tanto de códigos culturalmente situados[22]. La cultura no es una superestructura. No es un reflejo de una base «más material». Las sociedades no son edificios: eso que llamaba el marxismo infraestructura y superestructura coevolucionan juntos, uno a través del otro y viceversa. Defender que lo material tiene mayor intensidad de realidad que lo simbólico implica manejar una idea de materia extremadamente vulgar, aquello que se puede tocar, reduciendo la materia a los cuerpos, a los bultos que ocupan espacio. Un reduccionismo que no se puede defender ya ni en el ámbito de la física desde el siglo XIX, pues un campo electromagnético es tan material como una piedra. Mucho menos en los asuntos humanos. Las realidades humanas se dan siempre en tres dimensiones. Los intercambios físicos y termodinámicos se estructuran en redes de relaciones sociales que además están implantadas en mundos simbólicos. Esta triple dimensión lo atraviesa todo. Y cada dimensión es tan material como cualquiera de las otras porque no es espiritual. Como afirma César Rendueles, en la tradición filosófica el materialismo no se enfrenta tanto al «idealismo» como al espiritualismo, a la creencia en entidades paranaturales, o vivientes sin cuerpo, que actúan e interfieren en esta realidad desde un plano trascendente. Toda la tradición filosófica moderna, clasificada como idealista en los manuales de filosofía, es estrictamente materialista[23].

«Los seres humanos de un sistema socioeconómico no son lo mismo que los átomos de un sólido cristalino, pero parece existir cierto grado de unidad en el funcionamiento del universo, siempre regido por las férreas leyes de la termodinámica»[24]. Por debajo de la sociedad, de la política y sus extravagancias nos gobernaría la

dictadura de la termodinámica. Si cambiamos termodinámica por relaciones económicas, esta argumentación de Bardi presenta un esquema calcado al que el economicismo marxista extrajo de una lectura exagerada del famoso prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política* de 1859, en el que Marx afirmaba que el ser social determinaba la conciencia y no a la inversa.

El colapsismo ecologista también piensa la sociedad como si estuviera conformada por una base estructural, esta vez dominada por relaciones socionaturales como la apropiación humana de los flujos energéticos, y una superestructura político-jurídico-ideológica. Cuando las tensiones socionaturales de la base entran en contradicción, por ejemplo enfrentándose a un descenso de la energía neta socialmente disponible, el edificio social se derrumbaría. Pero esta vez no para dar lugar al tiempo de la revolución social sino más bien al tiempo del colapso civilizatorio.

En ambos casos, tanto en el economicismo marxista como en el colapsismo energético, el axioma es la creencia en una totalidad exterior a la política que fundamentaría los procesos políticos (social en el caso del marxismo, presocial o natural en el ecologismo colapsista). Y además los dotaría de una dirección preestablecida, de un sentido histórico y un significado. Ambos son formas de teleología. Un argumento cósmico ya escrito del que somos juguetes. Solo que en el caso del colapsismo este argumento ya no progresa hacia lo mejor, hacia la sociedad sin clases o el Reino de la Libertad, sino que desciende hacia la ruina y el retorno a sociedades arcaicas.

El materialismo no es, en ningún caso, el problema. Las metodologías materialistas en ciencias sociales son una aproximación que ha demostrado una potencia explicativa notable. Por eso, durante el siglo XX, desde la arqueología a la geografía pasando por la demografía o la historia del arte, el conjunto de las ciencias sociales y las humanidades han ido adquiriendo un cierto parecido de familia con el materialismo histórico aunque sin compartir, necesariamente, su compromiso revolucionario. Hemos aprendido que la vida social está

profundamente condicionada por estructuras que nos empujan al margen de nuestras intenciones y que hacen más probables algunos comportamientos y otros menos. Marcada por inercias sedimentadas en procesos de largo aliento que demuestran mucha resistencia al cambio. Atravesada por regularidades correosas que son invisibles. Son las metodologías materialistas las que nos permiten dar inteligibilidad a esta maraña de nudos difíciles de deshacer, en la que nuestros planes colectivos y nuestros programas políticos tienen tanta facilidad para enredarse.

Pero esta capacidad de leer la frondosidad de lo social, y los chantajes y frustraciones que esta impone a nuestra voluntad, es casi siempre retrospectiva. Funciona mejor sobre lo ya sucedido que sobre lo que va a suceder. Y ahí está el problema de ciertos enfoques materialistas abusivos, como el del colapsismo: su impulso oracular. Su manía con los vaticinios, alimentada por sus tics reduccionistas, deterministas y mecanicistas, que siempre van de la mano de un exceso de ambición en las expectativas de conocimiento. De la pretensión de aplicar eso que Pascal llamaba espíritu geométrico (capacidad de anticipar con precisión y exactitud un acontecimiento) a un campo como el de lo social, donde reina y siempre reinará lo contrario: el espíritu de finura.

Como nosotros, los bisabuelos marxistas también encontraron inercias estructurales desgarradoras en los procesos de acumulación de principios del siglo XX. Muchos pensaron o intuyeron que iban a llevar el capitalismo al colapso. Y que este colapso era una oportunidad: caídas en la tasa de ganancias, necesidad de recurrir a la expansión imperialista en las colonias chocando con un mundo plenamente colonizado, agotamiento de los modos de producción no capitalistas de los que el capitalismo se nutría como un vampiro, cambios en la composición orgánica del capital que desestimulaban la inversión… Esas inercias eran reales. Pero no llevaron al colapso, sino a la Primera Guerra Mundial (un colapso moral, donde millones de personas perdieron la vida, pero ese es otro tema distinto). Y luego al

crack de 1929. De esta cadena de desórdenes surgió un mundo con experiencias políticas muy diferentes: desde el Tercer Reich a la URSS pasando por el New Deal. Ninguna de estas experiencias estaba inscrita en la materia de la historia. La reacción blanca pudo ganar la guerra civil rusa y el partido nazi haberse convertido en hegemónico en los Estados Unidos de la década de los años treinta.

Hay, no obstante, una diferencia fundamental entre nosotros y los bisabuelos marxistas: para el socialismo, el desastre del capitalismo, y el sufrimiento consiguiente, eran la antesala de una culminación feliz de la historia del género humano. Todo se iba a hundir para renacer como un Fénix rojo en un orden social superior, más pleno y más justo. La certeza de la catástrofe iba unida a la promesa de la salvación. Las ruinas daban igual porque, como afirmaba Durruti, tenían un mundo nuevo en sus corazones. Todo esto es muy problemático e inconsistente, pero sus efectos como mito de movilización política fueron potentes y permitieron al socialismo influir, para bien, en el curso de los acontecimientos. El colapsismo, por el contrario, solo ofrece una certeza de ir a peor. Una certeza más o menos dulcificada por planteamientos naíf sobre el buen colapso que ocultan perspectivas de sufrimiento social muy inquietantes.

POR UNA ECOLOGÍA POLÍTICA QUE QUIERA PROTAGONIZAR LA HISTORIA Y NO SUFRIRLA

Aquí podemos enunciar ya el centro de nuestro argumento: aunque el consenso científico sobre la crisis energética fuera igual de sólido que el que existe respecto a la crisis climática (que no lo es), y este presentara los resultados más apremiantes y comprometedores que el colapsismo más extremo baraja (una caída drástica de la disponibilidad energética global en un plazo brevísimo, de menos de un lustro), casi ningún dato de la ciencia natural tiene asegurada una traducción social e histórica concreta tan específica como un colapso definido como Estado fallido (como hemos visto, otras definiciones de

colapso son mucho más vagas y no permiten pensar políticamente la transición como el colapsismo la concibe).

El *peak oil* o el *peak gas*, pero también la emergencia climática o la sexta gran extinción, no son acontecimientos que funcionen activando el botón rojo de la demolición de nuestro sistema social, como lo haría el impacto de un meteorito. Por eso la película de *Don't Look Up* es, en el fondo, una muy mala metáfora de la crisis ecológica. Son procesos largos atravesados, y en última instancia constituidos, por factores culturales y políticos que introducen un enorme campo de variabilidad e indeterminación. Por más que las imágenes que nos han llegado en otoño de 2021 de las peleas en las gasolineras inglesas nos recuerden al segundo capítulo de la serie *Colapso*, en las próximas décadas puede pasar de todo: los Estados fallidos pueden proliferar, sin duda, o proliferar regímenes autoritarios políticamente viables que mantengan un control draconiano sobre la población. Pueden construirse mayorías sociales ecologistas que impongan un giro democrático esperanzador a los acontecimientos o lo contrario. Puede que unas regiones del mundo prosperen a costa de hacer colapsar a otras reforzando las dinámicas coloniales que ya existen. Ni la termodinámica ni las curvas de Hubbert pueden decir mucho sobre esto.

Las leyes naturales como la termodinámica ponen límites. No es baladí señalarlos en la medida en que hemos vivido en una cultura prometeica que los ha negado sistemáticamente y lo sigue haciendo en su propaganda cotidiana. Es importante, por ejemplo, que ninguna sociedad se haga ilusión alguna sobre la viabilidad técnica de una mudanza interplanetaria que nos permita reiniciar en Marte la aventura que hemos arruinado en la Tierra: todo lo que sabemos sobre cómo funciona el universo nos lleva a concluir que esa opción está fuera de nuestro alcance material. Al menos si queremos pensarla para el conjunto de la humanidad y no para un puñado de individuos arrojados como esporas genéticas del *Homo sapiens* dentro de una botella al mar del espacio. De un modo menos caricaturizado, es

fundamental que nuestras sociedades planifiquen su futuro energético asumiendo que la era en la que hacías un agujero poco profundo en un campo de Texas y emanaba petróleo de buena calidad a borbotones se ha acabado para siempre.

Pero los límites biofísicos nunca nos permiten adelantarnos a lo que pasará. No nos permiten asegurar que el orden estatal quebrará o que se impondrá un retorno masivo al mundo rural. Las presiones de lo que confusamente se sigue llamando lo material (la economía en el marxismo mecanicista, la energía en el ecologismo colapsista) tienen impactos muy distintos en función tanto de la interpretación como de las instituciones sociales que lo moldeen. El mismo huracán puede matar a cientos de personas y apenas causar víctimas mortales en países contiguos, como ocurre casi siempre en Haití y en Cuba. Pero, además, el huracán y sus consecuencias pueden ser un fenómeno meteorológico, un error en la planificación del territorio o un castigo de los dioses. Una cosa u otra influirá decisivamente en su impacto. Y una cosa u otra no están materialmente inscritas en sus vientos. Depende de la constitución cultural de los significados que hacen inteligible la experiencia social y del control de los procesos de poder, ambos profundamente relacionados. Es importante aquí señalar que el significado siempre es radicalmente polisémico y en disputa: viene marcado por batallas culturales, ideológicas, morales entre muchas posibilidades distintas. «Es la literatura, y no las estadísticas, la que da consistencia ontológica a las cosas»[25]. La cita de Santiago Alba Rico es un aforismo perfecto para encontrar ese punto que permite superar la trampa de la dicotomía normalidad-colapso. Lo que pase dependerá de cómo dicha significación social venga ya históricamente articulada en dispositivos de poder. Y, a la vez, de cómo ese significado articule nuevos dispositivos de poder que se impongan y se sedimenten en nuestras prácticas cotidianas.

La cuestión esencial que aquí quiero plantear es la siguiente: la crisis ecológica puede ser la consecuencia de seguir manteniendo un sistema expansivo y depredador como el capitalismo. Todos los

ecosocialistas compartimos esta interpretación y luchamos por ella. Pero esta interpretación no está inscrita en la termodinámica. La termodinámica también permite entender que la crisis ecológica es consecuencia de que nuestros reparos éticos igualitaristas, nuestro buenismo naíf, nos impide apostar en serio por exterminar o al menos someter aún más a una parte de la humanidad sobrante. Que la crisis ecológica acabe entendiéndose de un modo o de otro depende íntegramente del arte de lo político.

En el fondo, este tipo de interferencias son un síntoma, otro más, de que ese gran debate filosófico que podríamos simplificar bajo el rótulo «naturaleza-cultura» no está resuelto. Actualmente es casi un lugar común considerar que la enunciación tradicional de esta dicotomía, que opone ambas categorías como dos planos ontológicos separados, preconstituidos y compactos, es un planteamiento superado. Lo que se impone son enfoques que priman distintos arreglos de disolución o de concatenación de ambos mundos en un continuo natural-social. «No somos defensores de la naturaleza, somos la naturaleza defendiéndose», decía una bonita pancarta en las movilizaciones juveniles de 2019. Incluso cobra cada vez más fuerza el cuestionamiento mismo de la pertinencia de esas dos categorías, una división que la antropología nos enseña que dista mucho de ser universal. Estas posiciones son sin duda un avance respecto a las viejas trampas del dualismo. Pero la completa equiparación de ambos planos, anulando la distinción entre elementos humanos y regularidades prehumanas tampoco parece ser una idea libre de contraindicaciones. Especialmente si suprimir esa distancia entre naturaleza y cultura lleva a una naturalización de procesos sociales que están políticamente por definir. Como decretar que producir hidrógeno verde, dado su bajo retorno energético, es por defecto una tecnología para colonias. O que los niños pobres de Madrid están geológicamente condenados a pasar calor en las primaveras hostilmente calurosas que vienen.

Para salir de este callejón sin salida, el ecologismo necesita conocer hitos teóricos y políticos análogos a los que el marxismo vivió con Lenin, con Gramsci, con Benjamin, con Poulantzas, con Mouffe, con Laclau o con Olin Wright. Momentos que, gracias al acento puesto en la importancia de la dimensión activa e interpretativa de los procesos, al peso central de la voluntad política organizada, sirvan para esquivar la degeneración teórica hacia cosmovisiones deterministas, reduccionistas o mecanicistas, que en el marxismo tomaron cuerpo en una vulgata economicista dogmática. Y mucho más importante, momentos que sirvan para dar a luz intervenciones políticas con capacidad de incidencia real. Esto es, un ecologismo que no se conforme con sufrir la historia y que esté dispuesto a hacerla, a protagonizarla. Una labor intelectual inmensa y fundamentalmente colectiva que está por hacer. Baste aquí comprobar que este diálogo con el marxismo político ofrece un soplo de aire fresco que ventila el búnker en el que el ecologismo está encerrándose con sus derivas colapsistas.

Como muestra, en el siguiente texto de Gramsci se ha sustituido un par de términos por conceptos propios del debate ecologista contemporáneo. El resultado es iluminador y aporta herramientas útiles para abordar cuestiones como la de la inevitabilidad del colapso:

> «Las incógnitas son más numerosas que los hechos conocidos y controlables, y cualquiera de esas incógnitas es capaz de derribar una inducción aventurada. La historia no es un cálculo matemático: no existe en ella un sistema métrico decimal, una enumeración progresiva de cantidades iguales que permita las cuatro operaciones, las ecuaciones y la extracción de raíces. La cantidad (~~estructura económica~~ *energía neta*) se convierte en ella en cualidad porque se hace instrumento de acción en manos de los hombres, de los hombres que no valen solo por su peso, la estatura y la energía mecánica desarrollada por los músculos y los nervios, sino que valen especialmente en cuanto son espíritu, en cuanto sufren, comprenden, gozan, quieren o niegan. En ~~una revolución proletaria~~ *la transición ecológica* la incógnita humanidad es más oscura que en cualquier otro acontecimiento»[26].

Cuando los datos preocupantes y peligrosos de la crisis ecológica pasan por las manos de la acción de las mujeres y los hombres

políticamente organizados, el fatalismo queda suprimido. La ruina del mito del progreso hace que ya no tengamos garantía de éxito, cierto. Quizá fracasemos. Pero el colapso es ese mismo mito invertido, y tampoco se sostiene. Los malos finales están tan poco asegurados como los finales felices. Afortunadamente, la incógnita humanidad sigue siendo oscura porque no existe ninguna fórmula matemática que pueda despejar de antemano las posibilidades de nuestras decisiones.

5
LOS ORÍGENES ANARQUISTAS DEL COLAPSISMO

> «Quien tenga suerte, consiga hacerse con una parcela cultivable, practique en ella la agricultura ecológica, y se emplee a fondo en mantener a raya a los asaltantes, tendrá algunos días ratas para cenar».
>
> ERNEST GARCÍA

EL COLAPSO COMO UNA OPORTUNIDAD PARA LA DESCENTRALIZACIÓN POLÍTICA

El proyecto político del ecologismo siempre ha defendido una sociedad altamente descentralizada. Sin llegar al punto anarquista de buscar activamente la abolición del Estado, la tradición ecologista ha corrido en paralelo al sueño de una sociedad que conociera una profunda descongestión e importante desescalada democrática del poder. La máxima expresión de este sueño es la sociedad biorregional de Kirkpatrick Sale, en la que las unidades administrativas se superpondrían con las fronteras de sus ecosistemas locales y regionales, para así optimizar la simbiosis entre naturaleza y sociedad[1].

Las motivaciones que han llevado al ecologismo a defender la descentralización del poder son fundamentalmente tres. La primera, razones de sostenibilidad. Una economía sostenible es una economía de proximidad, que ha minimizado el transporte y que ha alcanzado cierto grado de autosuficiencia relativa. Por tanto, una economía organizada prioritariamente en la pequeña escala. La segunda razón es de optimización política transformadora. Como las comunidades pequeñas son más compatibles con instituciones de democracia densa

será más fácil construir ciudadanía políticamente comprometida en estructuras de poder más pequeñas. El tercer motivo es que se sobreentiende que las comunidades pequeñas y cohesionadas son una fuente de goce y felicidad que pueden dotar de sentido a las vidas comprometidas con la transición ecológica.

Estos objetivos siguen vigentes. Y nos ayudan a tensar utópicamente la transición ecológica hacia su mejor versión. Si logramos no solo descarbonizar, sino relocalizar partes sustanciales de nuestra producción con toques de autosuficiencia, en comunidades democráticas que facilitan un fuerte compromiso cívico con nuestros iguales y con el territorio, y que además nos ofrezcan en cantidades generosas el tipo de placer que las comunidades humanas densas facilitan (cuidados, amor, amistad, festividad, recreación compartida) habremos recorrido el siglo XXI por el mejor camino posible.

Sin embargo, son muchos los obstáculos, los intereses y las inercias que operan en dirección contraria. La historia política de algunos movimientos sociales, como el anarquismo o el ecologismo, es la de una constante frustración por intentar cambiar el mundo a una escala que se queda sistemáticamente pequeña para ser eficiente. Y que obliga de modo creciente, en una incómoda paradoja, a participar de las lógicas de gran escala que se aspira a desmontar.

De algún modo, el colapsismo tiene mucho de ecologismo que, ante esta frustración, ha encontrado un argumento que permite lo contrario de lo que afirma el refrán: hacer de la virtud necesidad. El ideal regulativo al que se tiende (una sociedad descentralizada y relocalizada, con el poder socializado) se convierte, gracias a la categoría de colapso, en una imposición metabólica, un hecho de la naturaleza, una consecuencia inevitable del descenso energético.

Curiosamente, pese a que la gravedad de los diagnósticos colapsistas podrían promover respuestas estatalistas de corte extremadamente autoritario, para así garantizar la supervivencia social, esta línea política apenas está explorada. Un síntoma que expresa bien cuáles son los dispositivos teóricos y los compromisos

valorativos que estructuran la ideología colapsista. Y que además en cada país se modulan atendiendo a sus propios sedimentos libertarios. En Estados Unidos el anarquismo individualista de derechas tuvo una influencia decisiva en el ecologismo colapsista nacido alrededor de la divulgación del pico del petróleo. En un país como España el colapsismo hace ósmosis con esas condiciones tan especiales de nuestra historia que llevaron a Ortega a hablar de la España invertebrada, y que explican algunas de nuestras más extrañas y fascinantes anomalías, como el carlismo en el bando conservador, y el anarquismo en el bando revolucionario. De hecho, en nuestro país el colapsismo ha revivido tenuemente la hoguera de las viejas cenizas ácratas.

UNA RENOVACIÓN DE LAS IDEAS ANARQUISTAS EN CLAVE ENERGÉTICA

El pensamiento anarquista moderno ha conocido cuatro grandes oleadas históricas. La primera puede identificarse con 1871 y la Comuna de París, experiencia que alimentó los debates y los cismas de la I Internacional. La segunda puede fecharse en el terremoto revolucionario de entreguerras, esencialmente en las dos décadas que separan 1917 y 1937. Esta oleada da forma a las corrientes consejistas de izquierda del movimiento comunista, al plataformismo inspirado en Makhno y las grandes experiencias anarcosindicalistas, especialmente la española, absolutamente central en el imaginario libertario. El año 1968 puede servir como tercer hito de una nueva ofensiva política libertaria, que en el clima de aquel momento adoptó sobre todo la forma de crítica antinstitucional y una impugnación desde la izquierda al *Welfare State*. Finalmente, se puede fijar en 1994, con el alzamiento zapatista como acontecimiento seminal, el inicio de una cuarta ola libertaria que, haciendo suyo el eslogan «cambiar el mundo sin tomar el poder», influiría notablemente en los movimientos sociales del siglo XXI. Y conformaría el magma ideológico que dio

forma a la impugnación popular tras el crack neoliberal de 2008 (ocupación de las plazas, indignados).

Probablemente, el colapsismo ecologista está siendo la fuerza impulsora de una nueva ola llamada a rejuvenecer las propuestas libertarias. En el viejo debate que rompió la I Internacional entre la toma del Estado o la dispersión del poder, los argumentos libertarios parecen resurgir bajo una impronta ecológica y energética. Aquí está su novedad fundamental: no se critica al Estado solo por sus implicaciones reprobables como estructura de dominación o como matriz de alienación. También, y con mayor énfasis, por su hipotética ineficacia en un contexto de colapso. Lo que hace que la toma del Estado sea problemática es que este se va a volver energéticamente disfuncional. Por lo que resultaría mucho más razonable volcar los esfuerzos en la construcción de contrapoder desde los márgenes y en las grietas.

Un ejemplo interesante lo encontramos en la primera edición de *La espiral de la energía*, de Luis González Reyes y Ramón Fernández Durán, donde se decía que la «dictadura de la energía neta» presionaría hacia la disolución las grandes estructuras del Estado-nación fosilista[2]. En la segunda edición ya no se afirma algo tan tajante, aunque se sigue hablando de la crisis terminal del Estado-nación y la aparición de procesos como nuevos feudalismos, descentralización en entidades territoriales menores… En sus propias palabras:

> La principal debilidad del Estado fosilista es que es demasiado complejo para sostenerse en un entorno de energía disponible declinante. Como hemos visto, las organizaciones sociopolíticas dominadoras complejas (que son grandes consumidoras de energía y recursos) terminan encontrando crecientes problemas simplemente para conservar el *statu quo*, y mayores inversiones en mantener la complejidad derivan en costes crecientes e inmanejables. Es la ley de rendimientos decrecientes aplicada a las estructuras institucionales[3].

En ambas ediciones los autores defienden también que la estrategia militar de las élites no será efectiva, más que a corto plazo, por

limitaciones termodinámicas a la guerra moderna. Finalmente, el relato de *En la espiral de la energía* plantea que tras unas décadas oscuras de ecofascismo, será posible la emergencia de movimientos ecocomunitarios. Que por supuesto no están asegurados y dependen de la trayectoria política previa de una sociedad y sus conflictos. Pero de algún modo parece sugerirse en todo el argumento que el desmoronamiento termodinámico de las grandes estructuras de poder de la modernidad soplaría como un viento de cola a favor para su surgimiento. Muchas otras voces importantes del colapsismo ibérico o internacional, como Carlos Taibo, Manuel Casal Lodeiro o Ted Trainer han popularizado esquemas parecidos.

EL PERIODO ESPECIAL CUBANO: UNA REFUTACIÓN PRÁCTICA DEL COLAPSISMO

Esta letra pequeña anarquista es el hilo maestro de la trama teórica e ideológica que el colapsismo está tejiendo. Y es uno de los puntos en los que su influencia puede comprometer a peor las tareas políticas inmediatas del ecologismo, al instalarlo en planteamientos de transformación social fantasiosos e infundados. El caso de Cuba durante el Periodo especial resulta especialmente interesante como refutación práctica de las tesis políticas del colapsismo. Especialmente porque es el ejemplo histórico estrella al que siempre se ha recurrido para sostener el conjunto del argumento. Para el ecologismo en general, y el colapsismo en particular, Cuba es un laboratorio en el que se ha demostrado que a través de la autoorganización social es posible sobrevivir al descenso energético y dar lugar a una sociedad más sostenible.

Se trata de un caso que conozco muy bien porque, influido por lecturas colapsistas, estuve seis años estudiándolo para mi tesis doctoral, incluyendo un trabajo de campo en la isla de casi nueve meses[4]. El relato que el ecologismo internacional, no solo el colapsismo, ha construido sobre la Cuba verde es básicamente el siguiente: a principios de los noventa la caída de la URSS, de la que

dependía todo el comercio exterior cubano, unida a un recrudecimiento del bloqueo norteamericano, llevó a Cuba a una situación límite, a un par de malas decisiones de un verdadero colapso. En este marco de reducción de importaciones drástico, lo más devastador fue la escasez de petróleo. En apenas seis meses, el metabolismo cubano se vio obligado a funcionar con menos de la mitad del petróleo que consumía en la época soviética. Por ello para muchos ecologistas el Periodo especial, que es como las autoridades cubanas llamaron a esta situación crítica, es un laboratorio de los impactos del *peak oil*.

Sin embargo, el colapso no llegó. No solo el régimen revolucionario se mantuvo en el poder, sino que sus funciones básicas, tanto las que corresponden al monopolio de la violencia (seguridad ciudadana, defensa, soberanía nacional) como a la cohesión social (la sanidad y la educación pública, que en Cuba habían conocido desarrollos históricos extraordinarios) siguieron funcionando. No fue sencillo. Las turbulencias materiales y los desarreglos en la vida cotidiana tomaron tintes dramáticos. Durante algunos meses el país bordeó la hambruna. Por primera vez en la historia de la Revolución, el descontento dejó de manifestarse en fenómenos indirectos como la migración o el humor para producir disturbios populares. Pero en Cuba el efecto dominó del colapso soviético se encontró con una pieza resistente. El Estado socialista no cayó.

Esta resiliencia, sin duda extraordinaria, fue explicada por el ecologismo, y abrazada con fervor por las vertientes colapsistas, como una acertada confluencia de dos procesos de transformación profunda: una revolución ecológica, especialmente agroecológica, y una potente descentralización sociopolítica, que dio paso del Estado centralizado soviético «al poder de la comunidad» (este es el título del documental que convirtió a Cuba en una musa para el ecologismo mundial)[5]. Cuba habría demostrado que se puede sobrevivir al colapso mediante la simplificación y la ecologización, tanto de las estructuras de producción alimentaria como de las escalas de la gestión económica y

social. El hecho de que Cuba a principios de la primera década de este siglo siguiera demostrando un índice de desarrollo humano elevado, pero con una huella ecológica que se había reducido hasta ser compatible con la capacidad de carga del planeta, encumbraron al país como uno de los pocos ejemplos reales de desarrollo sostenible.

Sin embargo, este relato tiene mucho de mito. Como todos los mitos, puede ser estimulante y movilizador, especialmente fuera de Cuba (lo que debería introducir sospechas sobre su naturaleza colonial por otros medios). Pero está construido sobre verdades parciales, exageraciones y visiones románticas. En primer lugar, el Periodo especial fue un éxito desde el punto de vista del ecologismo internacional, pero para la mayoría de los cubanos se vivió como un inmenso fracaso histórico, así como un pozo de amargura y sufrimiento sin parangón, que hoy se recuerda con vergüenza. En segundo lugar, la supervivencia del régimen en ningún caso puede explicarse por su ecologización, aunque de modo indirecto Cuba sí se volvió una sociedad más sostenible. De hecho, Cuba respondió a su *peak oil* no transitando hacia una matriz posfosilista, sino convirtiéndose en un país productor de petróleo (aunque de muy mala calidad, por su alto contenido en azufre). Lo que sí hizo fue aprender a funcionar con mucho menos petróleo que antes.

Del mismo modo, si algo salvó la economía cubana no fue la agroecología. Fueron toda una serie de reformas económicas que dieron paso a un socialismo de mercado que se reinsertó en la economía global como buenamente pudo: divisas del exilio cubano, legalización del dólar, exportación de níquel, inversión extranjera, industria turística. Reformas económicas que además tuvieron un impacto enorme sobre una sociedad que dejó de ser un paraíso igualitario para conocer fenómenos impresionantes de nueva desigualdad y de precariedad cotidiana (aunque mantuvo las conquistas sociales básicas de la Revolución).

Lo que sí hizo la agroecología, y esto fue un logro que merece toda la fama que ha generado, es mantener e incluso superar el récord

histórico de producción alimentaria de la isla con un nivel de insumos energéticos y químicos desplomado. Cuba demostró que se puede producir alimentos con mucho menos y de modo más sostenible. En sus formatos de proximidad, como la explosión de agricultura urbana, logró cubrir la demanda de vegetales frescos de la dieta cubana. La agroecología también facilitó una rearticulación de los vínculos entre la ciencia y el campesinado que dio lugar a formas de investigación participativa ejemplares. Pero la agroecología no alimentó al país. De hecho, en ningún momento Cuba dejó de importar más de la mitad de los alimentos que necesitaba su población. Y tampoco es exacto entender que la reconversión agroecológica fuera una política de Estado que promoviera un cambio de paradigma. Un tercio de los campesinos siguió desarrollando prácticas agroecológicas cuando el petróleo de Venezuela dio por finalizado el Periodo especial. Es un logro importante. Pero para los otros dos tercios del campesinado, así como para el Estado, sus granjas y sus cooperativas, la agroecología fue una sustitución de insumos para tiempos de emergencia, que se abandonó, o al menos se dejó de lado, cuando la agricultura industrial volvió a ser accesible.

Y si el reverdecimiento ecologista de la revolución cubana es una interpretación que exige muchos matices, pero que contiene una parte de verdad y ofrece un legado de aprendizajes valioso, que todo este proceso estuviera presidido por el «poder de la comunidad» en un sentido anarquista, que es lo que hace el caso cubano más atractivo para la ideología colapsista, es sencillamente falso. Bajo lo que la narrativa de la Cuba ecologista ha llamado descentralización ocurrieron muchas cosas. El campo cubano conoció un proceso de cooperativización y fragmentación de las inmensas e hiperindustrializadas granjas estatales, que fracasó. Y mucho más tarde, a partir de los gobiernos de Raúl Castro en el año 2008, un proceso de recampesinización, que no ha rendido los frutos esperados. Al mismo tiempo, a partir de 1994, una parte importante de la producción alimentaria se liberaliza. Sin esta posibilidad de vender su

producción a precios libres, en un país que ejercía una protección efectiva respecto a la competencia externa, lo que supuso una importante oportunidad de enriquecimiento para los sectores campesinos, no se explica la explosión de producción alimentaria de la segunda mitad de los años noventa. Este dato es importante para colocar en su justo lugar el milagro agroecológico cubano.

En general, todo lo que ha sido entendido como autogestión popular durante el Periodo especial fue, esencialmente, una penetración masiva de la sociedad socialista cubana en las dinámicas de mercado, tanto en las recién legalizadas (trabajo por cuenta propia, mercado libre agropecuario) como sobre todo en la erupción del mercado negro que tuvo lugar a partir de aquellos años y que ya nunca se fue. Es verdad que en esta autogestión hubo de todo. Fueron comunes las prácticas encaminadas a la subsistencia comunitaria, de familias, amistades, vecinos, con fuertes dosis de solidaridad, reciprocidad y de redistribución de recursos. Pero también se dieron muchas situaciones de piratería social, con apropiación privada de recursos comunes, microacumulaciones originarias y dinámicas de explotación laboral más propias del capitalismo primitivo que de un régimen socialista. De hecho, durante el Periodo especial las instituciones comunitarias que pervivían desde el origen de la revolución, como los CDR, sufrieron su degradación final como espacios de agregación vecinal. Y el modelo de ciudadanía socialista con un alto compromiso patriótico y fuerte vocación universal, que la revolución había producido, conoció una importante regresión hacia los espacios de la vida privada. De hecho, el temor al prójimo se generalizó. Esta nueva estructura moral replegada sobre sí misma, que daba la espalda al espacio público, quedó inscrita en la propia arquitectura de La Habana: las rejas empezaron a proteger las casas de quienes se lo podían permitir.

Finalmente, nada en absoluto del Periodo especial y su resiliencia ante el shock energético del derrumbe de la URSS puede entenderse sin tener en cuenta que en esa encrucijada histórica operó un Estado

fuerte y un gobierno socialmente comprometido, marcado por cierta memoria institucional socialista. Estado fuerte en el sentido de red pública que cubría todo el territorio con efectos administrativos eficaces. A diferencia de América Latina, donde formas de autoritarismo político como el que innegablemente gobierna Cuba pueden coexistir con estados institucionalmente raquíticos, que ni siquiera tienen control soberano sobre el conjunto del territorio, en Cuba el Estado existe, es denso, y es burocráticamente funcional. Los niños están completamente escolarizados. La sanidad es un derecho universal efectivo para el conjunto de la población. El *Granma* llega hasta el bohío más remoto de Sierra Maestra. Esta frondosidad de lo público fue absolutamente esencial para sobrevivir a la crisis.

Indudablemente, en el Periodo especial la sociedad civil cubana tuvo que dar un paso hacia delante, que contrastó mucho con treinta años de tutelaje paternalista irradiado desde una concepción del socialismo muy vertical. Pero este impulso solo fue posible porque se sirvió de las condiciones y el soporte estructural que el Estado fuerte había generado. Por ejemplo, el Estado fuerte permitió aplicar un sistema nacional de vigilancia alimentaria que actuó preventivamente sobre las situaciones de alarma nutricional. Lo que unido al mantenimiento del sistema nacional de salud contuvo la hambruna. Las técnicas agroecológicas que aseguraron la producción de alimentos sin apenas insumos no surgieron de la nada: una parte llegó a la isla a través de ONG de cooperación, pero otra ya había sido ensayada por el ejército y estudiada por el sistema científico cubano. Los procesos ejemplares de ciencia participativa que conoció el mundo rural cubano se desarrollaron muchas veces por iniciativas individuales de científicos que contradecían los viejos paradigmas del extensionismo agrario centralizado y sus burocracias técnico-académicas. Pero el éxito de estas pequeñas herejías es inseparable del éxito previo de haber construido un sistema nacional de ciencia sin parangón en América Latina. La competencia policial, militar y en última instancia política de este Estado fuerte logró impedir también

que tuvieran éxito diferentes operaciones de injerencia que aspiraban a derrocar al régimen. En aquellos años, el Estado cubano tuvo que lidiar con más de veinte intentos de infiltración contrainsurgente con embarcaciones y más de medio centenar de actos de sabotaje y terrorismo, algunos apuntando al corazón mismo de la nueva inserción económica internacional, como el atentado con bomba que asesinó al turista italiano Fabio Di Celmo en el hotel Copacabana. Del mismo modo, los planes preventivos del ejército ante una posible invasión de Estados Unidos habían generado silos con comida y combustible escondidos por todo el archipiélago, que supusieron un alivio en los momentos más críticos. Un tipo de anticipación a gran escala que no está al alcance de la coordinación espontánea de las iniciativas comunitarias.

Sobre esta robustez institucional del Estado operó un gobierno socialmente comprometido. La revolución cubana puede ser acusada merecidamente de muchos déficits, en especial en su desempeño democrático, que es muy bajo. Pero su compromiso activo con la igualdad y la justicia social fue indudable, al menos durante esa fase de su historia que incluyó el shock energético-comercial de los años noventa (en estos momentos, la normalización de la desigualdad ya ha dado lugar a un clima político diferente). Es verdad que Cuba entró en el Periodo especial siendo una de las sociedades más igualitarias del planeta y salió de él con unos niveles de desigualdad similares a otras regiones de América Latina y el Caribe. Pero aunque aceptar el retorno de la desigualdad fue el precio que se tuvo que pagar por reenganchar a Cuba al mercado mundial en términos tan desfavorables, la obsesión de la dirigencia cubana fue mantener, al menos, las tres conquistas básicas que daban a la revolución su carácter igualitarista: la soberanía nacional, la sanidad y la educación pública. A diferencia de los ajustes estructurales promovidos por instituciones neoliberales, aunque el de Cuba no fue menos duro, tuvo en la defensa de estos pilares sociales su línea roja. Sin duda, tanto la medicina como la educación se degradaron y sufrieron el efecto

arrastre de la crisis que asoló el país. Pero no hubo recortes ni privatizaciones. Además, el hecho de que la dirigencia cubana sufriera también las carestías del momento, que la población percibiera que los malos tiempos se repartían de un modo razonablemente equitativo, ayudó mucho a concertar esfuerzos. Quizá fue una medida más propagandística que estadísticamente real, pero los coches de los dirigentes del partido estaban obligados a parar y recoger autoestopistas hasta que estuvieran llenos, y así compartir entre toda la ciudadanía los problemas del transporte. Este tipo de sensibilidad igualitaria favoreció sustancialmente la supervivencia cubana en la súbita escasez petrolífera de los años noventa.

Finalmente, si el régimen socialista resistió fue porque el grueso de su pirámide demográfica había experimentado la salida masiva de la exclusión social que supuso el proceso revolucionario y tenía memoria de ello. Lo que dotaba al régimen de legitimidad y una amplia red de lealtades basadas en la experiencia: alfabetización, salud, mejoras de las condiciones laborales, dignificación como sujeto de derecho en igualdad republicana de condiciones (aunque políticamente coartados por la dictadura del partido único).

En conclusión, el relato colapsista sobre Cuba no cuadra. A Cuba no la salvó la autogestión popular ni la pequeña escala. Y aunque la autogestión popular y la pequeña escala contribuyeron a lo mejor de aquellos años, eso solo fue posible porque esos fenómenos operaron sobre la fortaleza de presupuestos políticos e institucionales cuya supuesta quiebra el colapsismo más libertario celebra. Si Cuba es una máquina del tiempo que nos trae noticias del futuro, lo que nos enseña es que ni el Estado desaparece con la escasez energética (aunque pueda resentirse) ni su control político es baladí. Al contrario. Si el ecologismo quiere aprender cómo Cuba sobrevivió al *peak oil*, se entrenaría para asegurar la fortaleza de la estructura institucional del Estado, y para ejercer labores de gobierno socialmente comprometido. Esto se ajustaría mucho más a la experiencia cubana que invertir su capital político en ensayar formas de agricultura pospetróleo en

iniciativas impulsadas por comunidades ideológicas intencionales, que se parecen mucho a los experimentos como Biosfera 1 y 2, que trataron de reproducir ecosistemas en burbujas aisladas en medio del desierto de Arizona, pero en el plano de la historia. Estos experimentos sociales pueden tener su interés. Pero que lo que ahí se explora puede ser masivamente viable, y no solo un ejercicio de solipsismo narcisista, se juega en otra escala: la escala del Estado. Que es precisamente la escala de la que el colapsismo nos invita a desertar.

LA TENSIÓN AUTOORGANIZACIÓN-ESTADO SIN EL MITO DEL COLAPSO

El anarquismo termodinámico es el corolario político natural del estado de ánimo que propicia la ideología colapsista. También un buen ejemplo de las hipotecas estratégicas que impone. Influido por este tipo de enfoques, al ecologismo le es mucho más fácil proyectarse organizando una supuesta resiliencia comunitaria ante el colapso que imaginarse desarrollando acciones de gobierno mientras se consolida en los aparatos de Estado. En el ecologismo transformador los militantes ecologistas que dedican energía y tiempo a pensar lo primero superan, en una proporción muy considerable, a los que dedican energía y tiempo a lo segundo. Probablemente sea una asignación de esfuerzos algo insensata. Y no tanto por lo que podamos extraer de nuestras cavilaciones teóricas, sino por lo que la experiencia nos dicta: en ningún caso resulta creíble que la autogestión popular, ante un vacío de poder como el que el colapsismo presupone, puede hacerse cargo de la escala de las tareas de la transición ecológica. En primer lugar, porque dada la inercia histórica que pesa sobre nosotros, la autogestión popular será mucho más excepción que regla.

En segundo lugar, porque desde la gestión de las centrales nucleares hasta el sistema alimentario global, pasando por la propia concentración de CO_2 atmosférico, nuestra supervivencia futura está hipotecada por toda una serie de infraestructuras que tienen una talla

institucional que no se deja adelgazar. De hecho, una parte sustancial del drama de nuestro tiempo no es que nuestra soberanía política sea demasiado grande. Es que es demasiado pequeña.

Pero lo más importante es que la hipótesis de que el sistema estatal va a fallar en su conjunto, o se va a demostrar un actor menor en los sucesos que vienen, es como mínimo ingenua. Cualquier duda al respecto quedó refutada de un modo que admite poca discusión con el retorno tan impresionante como explícito del Estado durante la gestión de la crisis sanitaria del Covid-19. Guste más o menos, en un mundo salpicado por crisis antropocénicas que afectan a la seguridad nacional, no vamos a menos Estado. Vamos a más. Lo que no es incompatible con la posibilidad de que algunos Estados fracasen en su función, por circunstancias específicas, y deriven en Estados fallidos. Pero ni la termodinámica, ni la globalización, ni el poder de las empresas socavan el hecho de que el Estado es y seguirá siendo una institución absolutamente central en la definición de nuestro paisaje social.

Aunque el colapsismo tuviera razón en su diagnóstico material y científico, que no la tiene, esto es parcialmente irrelevante. Su quimera más inconsistente es política. Que esa sociedad rural de finales del siglo XXI que pronostican esté organizada en comunas ecosocialistas o en haciendas esclavistas para la plantación de biocombustibles, depende por completo del *mientras tanto*. Y en ese mientras tanto, si alguna institución va a influir en el desarrollo de los acontecimientos es el Estado. Independientemente de que afrontemos un descenso energético-material que se asemeje a eso que llaman colapso, o un proceso de adaptación turbulento pero mucho menos disruptivo, no será irrelevante que lo gobierne un partido ecologista como Die Grüngen, por muchas contradicciones que presente su acción de gobierno, a que lo lideren personajes como Zemmour, Trump o Bolsonaro.

Sin embargo, vistas desde otro ángulo, las mismas razones que sirven para defender que la transición ecológica es inconcebible sin

Estado nos sirven para argumentar que su protagonismo no puede ser exclusivamente estatal. El Estado no es una entidad autosuficiente. Se nutre de movilización, de fuerzas, de innovaciones, de conflictos, que tienen lugar en ese otro espacio que llamamos sociedad. El Estado tampoco es competente en todo: su regulación no incide de modo directo en el conjunto de las relaciones sociales sino siempre a través de prácticas políticas dispersas. A su vez, hay aspectos y tareas del cambio social a los que el Estado llega mal, no llegará nunca o convendría moralmente que no llegase jamás.

Por eso es importante entender que los movimientos sociales autoorganizados, participen más o menos de la mitología libertaria, son los laboratorios de la innovación sociocultural emancipadora. Donde se forjan nuevos significados, nuevas ideas, nuevas prácticas, nuevos hábitos. En las casas okupas, en los ateneos, en los sindicatos, en las cooperativas o en cualquier otro lugar donde comunidades ecologistas convencidas se ponen manos a la obra a huir del capitalismo o resistir sus peores efectos se desarrolla una misión tan bella como imprescindible.

Pero un laboratorio no es un huevo cósmico. La idea de que el universo activista es la punta de lanza de un proceso viral que va a ir generando una contrasociedad alternativa que terminará royendo por dentro el viejo mundo hasta extinguirlo, sin pasar por disputar el control del poder político, son el tipo de ensueños que hicieron a Marx calificar de utópicos, con tono despectivo, a muchos grandes pensadores socialistas que le precedieron. Y si ya era una alucinación pensar esto en la era de Fourier, Owen o Proudhon, mucho más lo es en nuestro mundo.

Sin embargo, aunque los movimientos sociales no son ríos que van a desbordar su cauce para anegarlo todo definitivamente, las crecidas populares son un elemento esencial de cualquier cambio. La evidencia empírica nos demuestra que la posibilidad de que existan gobiernos transformadores en el Estado depende de un momento de desborde, de irrupción plebeya, que tiene que venir de la sociedad civil. La

posibilidad de que una vez en el poder se puedan desarrollar políticas transformadoras, también depende de este empuje. Sin la presión de los sindicatos, Roosevelt no hubiera podido desarrollar la parte más progresista del New Deal. Sin el 15M no habría habido la posibilidad de un Podemos ganador, aunque finalmente no ganara. Sin el estallido social chileno, Boric no estaría hoy en el gobierno. Sin guerra del agua y guerra del gas Evo no hubiera llegado al poder en Bolivia. El problema es que estas crecidas del pueblo no se activan frotando la lámpara mágica de la movilización social. Algunas movilizaciones sociales lo consiguen, pero la mayoría fracasan.

Estos viejos debates que rompieron la I Internacional siempre vuelven. Pero no flotan en el vacío. Hay que afrontarlos asumiendo lo mucho que nuestros cuerpos sociales van cambiando con el paso de la historia. Lo que diferencia nuestra época de todas las precedentes es que en nuestro tiempo la hegemonía neoliberal ha tenido una victoria tan aplastante que se ha encarnado en una antropología muy correosa. Nuestra realidad laboral, urbanística o comunicativa ha fragmentado la vida social, ha pulverizado las comunidades y ha precarizado la vida cotidiana de un modo nuevo. La acumulación de todos estos efectos da lugar a una desventaja política abismal. Habitamos un mundo social que supone un sabotaje permanente y extremadamente eficaz a las lógicas de organización autónomas por parte de las fuerzas transformadoras. En este mar social los proyectos de «contrapoder», por usar una expresión tradicional en la que resuenan muchos ecos, son necesariamente como peces solubles, por emplear una metáfora surrealista. Proyectos obligados a disolverse en el mismo medio en el que se desenvuelven. Iniciativas que casi siempre cursan el esquema *hype*-desmovilización: explosiones efímeras que después llevan a buena parte de sus componentes a la vuelta al orden. A un retorno disciplinado en su vida privada convencional. Y en los bonitos casos que esto no es así casi siempre se explica por unos niveles de heroicidad y abnegación militante disparatadas, que nadie sensato esperaría generalizar. Esto no es por falta de audacia, ni por falta de

radicalidad o porque la gente esté ideológicamente confusa. Esto es porque hay un techo de cristal que tiene que ver con las condiciones neoliberales de reproducción social que nos atraviesan y nos constituyen. Y que en nuestro país probablemente se padecen con el añadido de ser una nación forjada por el genocidio franquista.

Ilustrémoslo con algunas estadísticas. En comparación con su entorno, España es un país muy movilizado. Las manifestaciones puntuales que recorren nuestras calles por diversas causas son de las más numerosas de Europa. Pero, paradójicamente, nuestros movimientos sociales son también comparativamente muy débiles. Es una tendencia sociológica robusta en la España democrática que las grandes movilizaciones puntuales no dejan un poso análogo en formas de organización estables y duraderas. Según la información que nos aporta la Encuesta FOESSA, en el 2013, un año todavía marcado por el clima de beligerancia social del 15M, solo 29,2 % de la población participó de algún tipo de asociacionismo formal (14 % por debajo de la media europea). Pero de esta población asociativamente activa, el grueso son clubs deportivos u organizaciones religiosas. La participación en sindicatos, partidos o movimientos sociales cae sistemáticamente por debajo del 10 % (9 % en colectivos cívicos, un 8 % en sindicatos y un 4 % en partidos políticos). Pero en este porcentaje pequeño hay una parte que computa como militantes no activos[6].

El célebre lema de somos el 99 %, en algunos momentos de alta intensidad en el conflicto social, aunque exagerado, puede ser cualitativamente verosímil y por tanto útil. Pero en términos demográficos, conviene no hacernos trampas: suele ser exactamente al revés. Las personas que hacen girar su vida alrededor de organizarse para transformar el mundo son, como mucho, el 1 %. La historia nos demuestra que ese 1 % es una cantidad más que suficiente para provocar terremotos históricos. Para volcar, por ejemplo, el sentido común de una época. Pero esperar que ese tipo de actividad que agrega a una parte tan pequeña de la población pueda echarse a la

espalda la organización de un doble poder no solo político, sino económico, social y cultural, es un espejismo.

Es probable que siempre haya sido así. Pero en el siglo XXI los resultados de los movimientos sociales más fuertes están condenados a ser pobres si no logran escalar a transformaciones en el marco legislativo. El caso de la PAH en España es paradigmático. Es seguramente lo más parecido, junto con el feminismo y el independentismo catalán, a un verdadero movimiento social que ha conocido el Estado español en la última década. Una organización que ha tenido un impacto sustancial en la configuración del sentido común nacional. Pero que, con un esfuerzo heroico y titánico, solo ha conseguido frenar una parte minúscula de los desahucios que ha sufrido nuestro país. En 2020 el contador de desahucios paralizados era de un poco más de cuatro mil. Pero es que desde 2012 (la crisis comenzó en 2007, pero no hay datos de los años previos a 2012) ha habido 745.000 ejecuciones hipotecarias en España, que han derivado en unos 510.000 desahucios, de los cuales 236.000 afectaron a la primera residencia de los desalojados.

El problema real de la vivienda en España no puede ser resuelto exclusivamente con la fuerza de los militantes. Es sencillamente imposible. Ni siquiera la organización más potente que hemos conseguido dar a luz puede librar el combate en todo su alcance. Necesita dar un salto de escala. Necesita convertirse en ley. En política de Estado. Y que la policía que desahuciaba a la gente de sus casas trabaje para perseguir a los especuladores. Rechazar que estas son las matemáticas con las que nos ha tocado operar termina siempre en un camino, más o menos bienintencionado, que desemboca en el onanismo ideológico. Y lo que sirve para las luchas por la vivienda sirve mucho más para las luchas por el clima, cuyas organizaciones son sustancialmente más débiles.

Tanta autonomía como sea posible y tanto Estado como sea necesario. Este puede ser un buen eslogan para aunar el utopismo y el pragmatismo que necesitamos. Pero no estaríamos a la altura de

nuestros dilemas si a esta fórmula resultona no le añadiéramos dos flancos de tensión. El primero es más evidente y conocido, es casi un lugar común, pero conviene recordarlo: la política institucional está atravesada por límites, contradicciones y complejidades que casi aseguran que la acción de cualquier gobierno transformador será decepcionante. Conviene ser capaces de hacer política electoral desengañada. El segundo es que en este contexto histórico nuestra necesidad objetiva de Estado seguramente esté varios órdenes de magnitud por encima de lo que a los movimientos sociales les gusta contarse a sí mismos. Lo que cualquier forma de resistencia o de huida del capitalismo da de sí, si no se combinan con estrategias más amplias que incluyan el Estado, es de sobra conocido. La acción política que no aspira a ser general, asumiendo todas las hipotecas y las fealdades que lo general impone, es casi seguro que resbale de lo particular a lo privado. Además de estratégicas, las implicaciones de esta reflexión son también morales. Como recuerda Naomi Klein, el arca de Noé no fue construida para meter en ella a todo el mundo, sino solamente a unos pocos afortunados[7]. Algo que apenas despierta reflexión entre quienes piensan que ante el colapso ecológico estamos en el tiempo de construir balsas de emergencia. Los riesgos de la deriva colapsista no terminan de calibrarse sin entender la contribución que sus imaginarios pueden hacer a la autocastración del ecologismo transformador en los paraísos artificiales de la micropolítica.

6
EL PAPEL DE LA ESPERANZA EN LA ECOLOGÍA POLÍTICA

«Me muevo con esperanza en cuanto lucho, y si lucho con esperanza, espero».

PAULO FREIRE

EL COLAPSO FELIZ NO EXISTE

En los últimos años, algunos sectores del colapsismo han intentado resignificar la categoría de colapso. En primer lugar, desdramatizándola. En segundo lugar, resaltando sus rasgos transformativos. «No hay nada incompatible entre vivir un apocalipsis y un colapso feliz», escriben Servigne, Stevens y Chapelle al final de *Otro fin del mundo es posible*[1]. El argumento básico es que el colapso, más que un enorme fracaso histórico, se podría pensar más bien como una forma dura de cambio sistémico cuya ventaja es volver factible las alternativas decrecentistas.

Todo el debate sobre el colapso está atravesado por la confusión de partida, analizada en el capítulo 2 de este libro, entre su uso en un sentido estricto (un proceso de descomposición rápida de la capacidad regulatoria del Estado, y por tanto una quiebra en la cobertura de necesidades básicas) o en uno difuso (un largo periodo de decadencia gradual de la sociedad industrial con procesos sucesivos de crisis y adaptación). El segundo escenario, mucho menos drástico, se ajusta mejor a una situación que, con bastante esfuerzo, podría ser reivindicada. Al fin y al cabo, llevándolo al límite de la vacuidad semántica, este colapso débil se podría confundir con el éxito de una

revolución decrecentista. Pero un colapso en sentido estricto solo puede despertar ilusión en una mente alucinada.

Tres datos bastan para proyectar procesos sociológicos mínimamente realistas de las implicaciones de un colapso en sentido fuerte. El primero es el porcentaje de población dependiente del sistema sanitario. En España, veintiún millones de personas, el 54 % de los mayores de quince años, se clasifican como enfermos crónicos[2]. Su calidad de vida, o su vida misma, necesita del suministro regular de medicamentos por parte de la industria médica, así como una infraestructura de seguimiento sanitario permanente, que son íntegramente dependientes de nuestra disparada complejidad social. Por eso muchos autores colapsistas, como Kunstler[3], así como los propios escenarios de colapso del World 3 del informe *Los límites del crecimiento*, incluyen entre sus proyecciones un retorno de la enfermedad y la insalubridad que se asemeja a una regresión a las pautas demográficas preindustriales, con un altísimo nivel de mortandad.

Segundo dato: según estimaciones del Estudio sobre Armas Pequeñas y Ligeras de Amnistía Internacional, hay más de mil millones de armas de fuego en el mundo, que están en su inmensa mayoría en manos de civiles, de las cuales solo el 12 % se clasifica bajo algún tipo de licencia legal[4]. Si a esta inmensa cantidad de herramientas coactivas en circulación le sumas las inercias culturales de nuestro mundo, y un contexto de extrema escasez, el resultado solo puede ser la proliferación de la mafia. Algo que ya se comprueba allí donde el Estado pierde el monopolio de la violencia. Partiendo de donde partimos, tras un hipotético colapso, si hay una persona viviendo en un caracol zapatista o en una ZAD por cada cien personas viviendo en un contexto brutal gobernado por un señor de la guerra, creo que sería un éxito milagroso.

El tercer dato es de uso frecuente en la literatura colapsista. Es muy citado para hacer reflexionar sobre la vulnerabilidad de nuestro mundo. En las ciudades, y especialmente en las grandes áreas

metropolitanas, la confluencia entre cadenas de suministro globales y logística gobernada bajo el principio de *just in time* ha provocado que las reservas de alimentos comestibles sean mínimas. En caso de una interrupción drástica del sistema internacional y nacional de transporte, en apenas cuarenta y ocho horas no habrá comida que repartir o saquear en los supermercados. Los grandes almacenes situados en las afueras de estas ciudades podrían ofrecer una prórroga de cinco días. A partir de una semana sin metabolismo industrial funcional, el abismo de la hambruna. El conocido dicho «lo que separa la civilización de la barbarie son dos comidas calientes» es bastante literal. Lo curioso es que esta estrechísima conexión entre complejidad social viable y seguridad alimentaria es usada por el colapsismo para defender la necesidad de proyectos de respuesta anticipada ante el colapso basados en la agricultura y situados en el mundo rural. La gran pregunta que estas iniciativas deberían responder es, en el caso de que las ciudades se volviesen una trampa alimentaria, de qué manera estos proyectos de autosubsistencia agrícola iban a impedir ser arrasados y saqueados por millones de urbanitas hambrientos.

Por muy bien que se colapse, si realmente llegamos a vivir algo que se pueda nombrar con el concepto de colapso, es casi seguro que algunos de estos tres fenómenos (emergencia sanitaria, violencia armada, inseguridad alimentaria) alcanzarían una dimensión completamente inédita. Al menos para los estándares occidentales. Este tipo de experiencias son sencillamente agujeros negros de la historia: no admiten ninguna redención dialéctica. Nada de lo que vendrá después, ni el ecosocialismo más sostenible, podría paliar ese fracaso previo.

Hay quien considerará que estos escenarios son malintencionadamente lóbregos. Que la experiencia histórica nos enseña que, en situaciones de catástrofe, lo que suele emerger es la solidaridad. Eso que Kropotkin llamó en *La conquista del pan* «el admirable espíritu de organización inherente al pueblo» y Colin Ward

«el orden espontáneo»[5]. Rebeca Solnit ha popularizado esta idea en su libro *Un paraíso en el infierno*[6]. Lo cierto es que muchos episodios históricos duros, como guerras o desastres naturales, son después recordados con cariño por el fuerte sentido de comunidad que producían. El problema de esta lectura es el mismo que lleva a muchos izquierdistas a soñar con distintas formas de la revolución permanente: olvidar que los momentos de euforia colectiva y remoralización popular, sean en una revuelta o como reacción a un problema sobrevenido, como una inundación, son efímeros. Por definición, transitorios. Si la catástrofe está circunscrita a un territorio y además sus expectativas de duración son limitadas, es posible que logre sacar de nosotros lo mejor que llevamos dentro. Pero el colapso es por definición la catástrofe general con muy pocos visos de reconstrucción. Un caldo de cultivo propicio para lo contrario: estimular los impulsos más competitivos que produce la supervivencia amenazada. Jacques Ellul, un pensador anarquista de los más inteligentes lo expuso con claridad meridiana:

> La reaparición del hambre generalizada, de la violencia individual directa, de las epidemias, de los grupos salvajes en constantes guerras endémicas, de un absolutismo total de los potentados locales, de la ley de Lynch y de la supresión de todas las libertades. Esto es lo que representa la eliminación efectiva del sistema estatal moderno[7].

El colapso no puede resignificarse. A su uso común no se le puede adherir ni un gramo de esperanza. Si aun así el colapsismo sigue convencido de que «colapso» es el mejor término para explicar el curso potencial de los acontecimientos, en sus estrategias políticas debería hacerse cargo de la incapacidad consustancial de este imaginario para generar cualquier gramo de entusiasmo o colaboración. El colapso puede atraer de un modo oscuro y morboso. Puede ser consumido mediáticamente por millones. Parte del éxito superficial de los ecologismos apocalípticos se explican por esta cualidad de fascinación. Pero para hacer política, el colapsismo vive atado a una idea que lo condenará siempre a una extrema

marginalidad. El sentido común popular intuye que cualquier cosa que suene a colapso es un acontecimiento que solo puede despertar un profundo y justificado terror. La mayoría de las personas conservan el olfato histórico suficiente para saber que, si el orden moderno se hunde, su vida cotidiana y la de aquellos a los que ama, en el caso de sobrevivir, se volverá dolorosa, penosa y espeluznantemente peor. Algo ante lo que cualquier alternativa política, estrictamente cualquiera, se tornará preferible. Aunque tenga una letra pequeña monstruosa, en forma de cláusulas autoritarias, militaristas o genocidas.

«Este mundo del bienestar está mucho menos preparado para rechazar la oferta básica de la fórmula hitleriana de lo que lo estaba la confundida sociedad de 1933», nos recuerda Carl Amery[8]. Una advertencia que no podemos obviar, especialmente si pensamos en los progresos políticos de fuerzas como el negacionismo climático de Trump y sus diversas sucursales en la última década. Unas fuerzas que, en el momento decisivo, no consiguieron perpetuarse en el poder gracias a que los ejércitos de Estados Unidos y Brasil, no precisamente compuestos por izquierdistas, se mantuvieron fieles al orden constitucional. Unas fuerzas que pese a tener menos poder institucional hoy que hace cuatro años siguen teniendo posibilidades de gobernar. Y que han provocado mutaciones espantosas en el sentido común. Como por ejemplo un auge inédito del pensamiento conspiranoico, de la irracionalidad política, de la desconfianza hacia la ciencia, del rechazo a la democracia o de la fobia a lo público. Disputar a estas fuerzas la batalla por el control del Estado, en las décadas decisivas para estabilizar el clima del mundo, y hacerlo con promesas de un colapso feliz, no parece un planteamiento especialmente perspicaz.

EL DISCURSO DEL COLAPSO SOLO ES ÚTIL EN DOSIS MUY PEQUEÑAS

En el creciente debate ecologista sobre la cuestión del colapso gana peso un intento de acuerdo que Alberto Garzón verbalizó

distinguiendo entre «el colapso-como-diagnóstico y el colapso-como-discurso»[9]. Este arreglo defiende que la categoría de colapso resulta pertinente en el plano del diagnóstico, pues la ciencia nos indica que esta es la trayectoria actual de nuestras sociedades. Pero el colapso como discurso podría ser desacertado. En palabras del propio Garzón, «para la movilización social y política que evite ese colapso hacen falta claves, consignas y, en definitiva, discursos que eviten horizontes derrotistas o faltos de esperanzas»[10]. El grueso de este libro ha intentado negar la mayor. Tampoco en el plano del diagnóstico la categoría de colapso resulta especialmente útil. Más si intentamos definirlo con rigor. O si aceptamos el paquete de rasgos sociales futuros que son la materia favorita de la especulación colapsista.

De hecho, a la tesis de Garzón convendría darle la vuelta. En su justa dosis, y como se suele decir, es la dosis la que separa el veneno del medicamento, el colapsismo puede impulsar acciones políticas necesarias. Las de las minorías activistas más radicalizadas, más impacientes, más consecuentes. La historia nunca nos obliga, de manera desnuda, a pelear. El conflicto siempre implica un gesto moral de ruptura, de rechazo. Para quebrar la rutina y los hábitos de la obediencia hay que ir un poco sobrecargado de pasión. Aunque sea de una pasión tan triste como la angustia. Con todos sus errores, cuando el colapsismo no ha caído en el fatalismo, destila un sentimiento que no nos sobra: la prisa, la urgencia, y con ella un punto de intransigencia sin el cual es fácil dejarse avasallar por las inercias en curso y la fuerza de los intereses creados.

Hemos perdido ya demasiadas décadas. Sencillamente, no hay más tiempo que perder. Pero conocemos de sobra el talento de las sociedades humanas para la procrastinación. Y más cuando retrasar la acción es una agenda consciente y diseñada para proteger privilegios que están respaldados por un inmenso poder. Además, muchos elementos del sentido común imperante, como la superstición de conceder a la tecnología el poder de solucionar cualquier problema, no facilitan tomarnos en serio la amenaza en ciernes. En este pulso tan

desigual, quizá haga falta agitar el debate con un poco de pánico para así no consentirnos ninguna forma de indolencia.

Y es que aunque el colapso no es un hecho consumado, tampoco se debe olvidar que las civilizaciones fracasan y las especies se extinguen. No somos inmunes. El valor intelectual del colapsismo es recordar algo para lo que tenemos un inmenso talento amnésico: la historia no es solo evolución gradual, sino también discontinuidades y rupturas. Y las discontinuidades y las rupturas no están solo marcadas por la huella del progreso, sino también por la marca del error. El colapsismo, como pensamiento de los límites, podría cumplir en nuestra esfera pública un papel parecido al de aquel siervo que, en los desfiles militares romanos y para que los generales victoriosos no incurriesen en la soberbia, se encargaba de recordarles que solo eran hombres mortales. En un momento histórico como el del Antropoceno, en el que apenas hay victorias de nuestras fuerzas productivas que no sean al mismo tiempo victorias de las fuerzas de la autodestrucción, es normal y hasta sano que esta conciencia de los límites adquiera una gradación tremendista. Necesitamos un contrapeso realista contra las fantasías delirantes de afrontar la crisis climática con geoingeniería o el agotamiento de recursos colonizando el sistema solar. El colapsismo, en su justa dosis, puede tener un papel discursivo valioso.

«Somos la alarma del incendio». Este era uno de los versos cantados por Rebelión Científica en su acción de protesta frente al Congreso de los Diputados de España en el mes de abril del 2022. Por supuesto, la alarma que necesitamos puede y debe sonar también desde enfoques no colapsistas. Que no carguen con los muchos compromisos desfavorables que el colapsismo implica. Como situarse voluntariamente a solo un par de pasos de la rendición política, la resignación vital y el acomodamiento estoico en la derrota. Pero lo prioritario es que esa alarma suene.

Sin embargo, es importante distinguir cuándo y dónde el sonido de esta alarma puede ser útil. Y también comprender que el cambio social

es un laberinto complejísimo y frustrante, no una concatenación inmediata entre emisión de un mensaje-recepción-respuesta. Incluso abanderando un mañana liberador, y no un mañana traumático como hace el colapsismo, la mayoría de los movimientos sociales sufren importantes dosis de incomprensión. Y el traslado de sus categorías a la política de mayorías suele acabar, al menos inicialmente, en desastre. El tipo de preocupaciones, símbolos y objetivos que ponen los pelos de punta a las minorías activistas casi nunca interpela a grandes mayorías sociales que sean además políticamente competitivas. Este paso del gueto radical a la hegemonía es una operación cuyo manual de instrucciones, si es que algo así existiese, estaría escrito en una lengua que a los movimientos sociales les provocaría aversión.

Con todo, sociedad y movimientos sociales no son dos mundos herméticamente separados. Casi todos los avances en derechos que hoy forman parte de nuestro paisaje social responden a programas que nacieron de la organización, a contracorriente, de rebeldes que eran estadísticamente microscópicos. Y los logros son evidentes. El hombre promedio del siglo XXI es probablemente menos machista que un anarquista revolucionario de la FAI de los años treinta. Lo que hubiera sido imposible sin el activismo de mujeres feministas, organizadas en colectivos muy minoritarios pero muy beligerantes, que desmontaron la perversa familiaridad del patriarcado. Por ello hace mucha falta que los movimientos sociales hagan eso tan bello que se les da mejor: ser, como afirma Gorka Laurnaga, los rompehielos ideológicos del sentido común[11]. Roturar molecularmente las fronteras de los imaginarios sociales. Abrirlos a nuevas posibilidades. Pero los vasos comunicantes entre las minorías activistas y el sentido común popular son retorcidos. Los procesos de contagio, mucho más lentos de lo que al activismo le gusta imaginar. Y en el caso del colapsismo, su proximidad con la desesperanza y el modo tan angosto con el que se concibe la historia es posible que el contagio opere en sentido contrario: como un foco de desmovilización.

Cualquier engaño al respecto solo puede llevar al ecologismo a la derrota. Si queremos tener éxito en la receta de la transición ecológica, en términos de cantidades, el colapsismo es mucho más condimento que ingrediente base. Especialmente en un marco de alta volatilidad de los afectos políticos, donde las respuestas de corte fascista pueden hacer su agosto con una demanda creciente de seguridad vital ante el incremento de las incertidumbres.

TERROR ECOLÓGICO Y PARÁLISIS POLÍTICA

Ninguna sociedad puede cohesionarse y hacerse cargo con confianza de su proyección en el tiempo sin enunciar un futuro deseable y a la vez factible. Nuestro déficit a la hora de combinar este imperativo con la sostenibilidad ecológica es estremecedor. Por norma general, no son los «sueños diurnos», que diría Ernest Bloch, sino las «pesadillas diurnas», donde suele colocarse el ecologismo mejor informado cuando trabaja problemas como la emergencia climática, el pico del petróleo o la sexta extinción masiva[12]. Si algo define al colapsismo es haber renunciado a la esperanza como afecto político. De hecho, en algunos autores, como los colapsólogos Servigne y Stevens, la renuncia a la esperanza es explícita. Y aunque luego han matizado sus tesis, en sus primeras obras se reclaman de cierta ascendencia budista para considerar la esperanza un sentimiento «tóxico». Esta antiesperanza de la que cierto colapsismo se siente orgulloso es una vuelta de tuerca de una tradición bastante deprimente: no olvidemos que, en términos de propuestas ilusionantes, no es que el ecologismo haya sido un movimiento fuerte. ¿Cuál es el equivalente ecologista de la reivindicación de las ocho horas que vertebró el movimiento obrero? ¿Tiene el ecologismo una idea angular con tal capacidad de interpelación como fue la idea de la sociedad sin clases del comunismo? ¿Una de esas ideas gigantescas por las que mucha gente ha estado dispuesta a matar o morir, o al menos a organizar el sentido de sus vidas alrededor de un comprimo militante sostenido durante

décadas? Es fácil concluir que no, que el ecologismo ha sido más bien un movimiento organizado reactivamente contra los afectos del miedo. Y que sobre este vacío el fatalismo colapsista ha echado raíces sólidas.

Yayo Herrero suele citar a Naomi Klein cuando afirma que el miedo paraliza únicamente si estás solo y no sabes adónde correr. Cabría añadir dos matices: el primero, que esa frase es válida solo para un esprint. Para un desastre inmediato y evidente. Pero en una carrera de fondo, confusa y con efectos diferenciales, el miedo contribuye mucho más al sálvese quien pueda. Aquí, de nuevo, que el colapso se use en un sentido riguroso o en un sentido laxo es importante para que el argumento se sostenga. El segundo matiz es que el colapso está más allá del miedo. Miedo nos lo genera cualquier informe científico. Miedo nos lo genera el parte meteorológico de cada noche. El miedo ya es nuestro mundo. La ecoansiedad está en todas partes. En este contexto, donde si algo resulta realmente inverosímil es un futuro mejor, el colapsismo es el miedo pasado de rosca: es la promesa del terror asegurado.

Si el colapso no se presenta como un acontecimiento súbito y total, sino como un proceso más largo e irregular, el estado de ánimo colapsista facilitará mucho un clima social semejante a eso que en el campo de la psicología se denomina síndrome de la indefensión adquirida. Que pone nombre a una condición patológica en la que un sujeto, humano o animal, aprende a no responder ante las amenazas del contexto porque sobreentiende que su capacidad de reacción es inútil. En otras palabras, una interiorización de la impotencia como respuesta adaptativa ante una realidad que parece monolítica y clausurada. Que solo permite desarrollar cierto *fatalismo acomodaticio*. Y es que promover la desesperanza tiende a dar lugar a climas sociales desesperados.

Esta crítica política al factor derrotista de la desesperanza propia del colapsismo no es solo ni principalmente electoralista. El colapsismo es contraproducente, para *cualquier tipo de acción*

transformadora constructiva. Como solo se puede construir con los materiales sociales dados, y asumir el colapso es asumir su inminente caducidad (especialmente en las versiones fuertes del mismo), el desincentivo es enorme. ¿Alguien cree que se puede levantar, por ejemplo, una cooperativa funcional y potente, o una comunidad energética, o un medio de comunicación climático, con lo que todo ello implica de inversión económica y de tiempo, bajo el signo del colapso?

Que el terror ecológico conduce a la parálisis no es una opinión. Es un hecho comprobado por numerosos estudios sobre comunicación política ecologista. Así lo dictaminan las investigaciones más serias al respecto, como las de Mike Hulme[13], Kari Marie Norgaard[14] o Susanne Moser y Lisa Dilling[15]. Francisco Heras, que ha publicado una tesis doctoral muy completa sobre este asunto, resume bien las conclusiones de estos estudios: «provocar miedo es un juego peligroso. Ciertamente, el miedo puede dar lugar a respuestas que disminuyan los riesgos; pero también puede generar respuestas de parálisis o inhibición cuando se transforma en resignación ante una amenaza»[16].

También lo corroboran los escasos pero valiosos estudios empíricos sobre las dinámicas prácticas del ecologismo organizado. Mathew Schneider-Mayerson ha constatado este efecto desmovilizador del colapsismo en su etnografía sobre el movimiento que floreció en Estados Unidos alrededor de las tesis del *peak oil*. Lo que demuestra su investigación es que, aunque este espacio se tomó en serio la crisis ecológica e inició a mucha gente en el problema de los límites planetarios, terminó funcionando como una fábrica de salidas individuales a la crisis y un caldo de cultivo de antipolítica. Lo que no dejó de ser un resultado paradójico porque el discurso inicial del movimiento puso siempre el acento en las salidas comunitarias[17].

Según la investigación de Schneider-Mayerson, tres de cada cuatro miembros del movimiento empezó a hacer acopio de supervivencia, uno de cada cuatro decidió cambiarse de casa, pero solo uno de cada cuatro participó en algún tipo de conato de organización colectiva. Y

la gran mayoría de esta minoría activa nunca pasó de la primera reunión. Este desplazamiento despolitizador también pudo verificarlo Schneider-Mayerson en cómo posiciones liberales o de izquierda, mayoritarias en los momentos iniciales del movimiento, fueron evolucionando, con el paso de los años, a posiciones escépticas y antipolíticas. También en críticas muy parecidas a las de la extrema derecha sobre el problema del Gran Gobierno. Es probable que rasgos idiosincráticos de la cultura estadounidense expliquen parte de este corrimiento ideológico: por ejemplo el peso del libertarianismo de derechas. O su tradición fuertemente individualista ligada a la expansión pionera en la frontera. Que el colapsismo estadounidense fuera un movimiento esencialmente virtual tampoco contribuyó a ser organizativamente fértil. Pero esta renuncia a la política también exige atender a los propios compromisos conceptuales del colapsismo: cuando tu axioma es negar o reducir el margen de maniobra de la política en los acontecimientos que vienen (que es la esencia de colapsismo) no debería sorprender que la política de masas termine desechándose como una minucia inservible.

Movilizar a los movilizados, desmovilizar a los desmovilizados. Ese es, en el mejor de los casos, el efecto mayoritario del colapsismo. Un resultado que reproduce, de un modo fiel, algunos apotegmas neoliberales esenciales. Al final, todos somos más hijos de nuestra época que de nuestros padres, decía Debord. Sin duda, descalificar al ecologismo colapsista como cómplice de la despolitización neoliberal es injusto. La parte más interesante del colapsismo se siente políticamente comprometida. Y a su manera, intenta organizarse colectivamente para responder al colapso. Los experimentos sociales de comunidades voluntarias que, en diferentes formatos, buscan ganar resiliencia ante el colapso no son inexistentes. Cada geografía tiene su muestra: ciudades en transición, ecoaldeas, redes de apoyo mutuo en grandes ciudades…

Pero con todo su valor, que es importante, se trata de experimentos sociales sobrerrepresentados. Magnificados por la enorme economía

de atención que generan entre una izquierda desconsolada en busca de iconos. A la Chiapas zapatista le pasa como al París del siglo XIX, que estudió Benjamin: se han escrito decenas de miles de páginas de ese lugar minúsculo del globo. En otro orden, en la década de los años diez, no se podía pensar sobre ecologismo transformador sin hablar del movimiento de ciudades en transición. Era una parada obligatoria cuyo poder simbólico estaba varios órdenes de magnitud por encima de sus efectos prácticos reales, francamente modestos (un movimiento que conocí de primera mano, como explicaré en la parte final del libro).

Si se impone, en los próximos años, ese «colapso-como-discurso» que distinguía Garzón quizá logre producir unas pocas miles de personas dispuestas a romper con las inercias del capitalismo fósil y lanzarse a la aventura comunitaria de fundar una selva Lacandona en sus comarcas, en sus barrios, en un pueblo abandonado de la cornisa cantábrica. Pero habrá dejado atrás a toda una sociedad de millones de personas ecológicamente desesperadas, entregadas al nihilismo de mercado como forma de eutanasia climática.

En la guerrilla cubana se decía que el paso lo marcaba el guerrillero más lento. Hoy nuestro guerrillero más lento son amplios sectores sociales que el ecologismo a veces, consciente o inconscientemente, desprecia. Necesitamos gente como nosotros que adopte medidas que veamos factibles; si las llevan al límite, nos desconectamos, señala con razón Andreu Escrivà[18]. *We don't need another hero* cantaba Tina Turner precisamente en la banda sonora de *Mad Max*. Para «vivir más allá de la cúpula del trueno» no necesitamos santos ecologistas, excepciones, superhombres y supermujeres capaces de fundar proyectos muy rupturistas pero estadísticamente insignificantes. Necesitamos promedios, masa, pueblo en definitiva, que, con todas sus imperfecciones, impulsen una descarbonización efectiva.

EL ECOLOGISMO NECESITA DISPUTAR EL DESEO Y NO REVELAR LA VERDAD

La primera de las exigencias del manifiesto de Extinction Rebellion es que los gobiernos digan la verdad sobre la crisis climática. Probablemente, la obsesión con la causa de la verdad es la quintaesencia de todos los errores teóricos que se han discutido en las páginas precedentes. Un tipo de confusión muy común en el ecologismo, que sus corrientes colapsistas han llevado a su máximo exponente: a la ilusión de que la realidad material viene cargada de una orientación política fija se le suma el gesto extremadamente ingenuo de que enunciar esta verdad tendrá un efecto transformador impresionante. Como si los datos de los diagnósticos científicos sobre la crisis ecológica tuvieran una sola lectura ideológica que además fuera a suponer un despertar explosivo. Del mismo modo que el marxismo esperaba que la toma de conciencia del proletariado sobre su situación de dominación condujese a este a descubrir que su posición política «natural» era el comunismo, el ecologismo espera que la toma de conciencia sobre la insostenibilidad del capitalismo fósil nos otorgue «conciencia de especie en peligro de extinción» y nos anime a la lucha política ecologista.

Esta creencia de que el conocimiento de nuestra insostenibilidad tendrá efectos políticos por sí sola se contradice con la constatación empírica de que nuestras sociedades siguen siendo insostenibles, pero no son tan analfabetas ecológicamente como el ecologismo supone. Por ejemplo, encuestas de todo signo apuntan a que el cambio climático es una preocupación mayoritaria en un número importante de países. En España, una investigación de 2019 del Real Instituto Elcano apuntaba que los encuestados identificaban el cambio climático como la mayor amenaza global (37 % como primera respuesta), el 97 % confirmaban su existencia y el 92 % le atribuía un origen antropocénico[19]. Quizá la historia de la sensibilización y la divulgación ecologista ha sido más un éxito que un fracaso. Nuestra incompetencia para revertir el desastre climático en curso tiene poco que ver con errores conceptuales o falta de información, y mucho más

con no saber enfrentar políticamente enormes inercias estructurales o el poder de grupos privilegiados.

La primera falacia de esta estrategia ecologista obsesionada con la revelación de la verdad es la creencia de que a cada información le sigue necesariamente una sola interpretación con un efecto social concreto. La certeza objetiva de que la humanidad ha sobrepasado la capacidad de carga del planeta Tierra, ¿por qué debe conducir necesariamente a una toma de conciencia decrecentista y a un proceso igualitario de autocontención? Resulta igualmente plausible que esa verdad objetiva estimule la aplicación de la ética del bote salvavidas, que considera legítimo impedir que un náufrago suba a una balsa, aunque haya sitio para él, si ese precedente puede animar a otros náufragos a intentarlo poniendo en peligro la estabilidad de la embarcación. Esto es, la verdad objetiva de la extralimitación ecológica está materialmente tan preñada de ecosocialismo como de ecofascismo. Que una u otra interpretación se imponga es algo que, como pensó Gramsci, se dirime en una disputa política y moral que no tiene un solo campo de batalla privilegiado, sino que se extiende por los muy diversos espacios y relaciones que componen la frondosidad de lo social.

El segundo gran error de las Casandras ecologistas es bastante común en el pensamiento de izquierdas: la hipérbole racionalista. Que no deja de ser una extrapolación al plano de lo colectivo de la teoría del actor racional que el liberalismo sitúa en la mente de los individuos, y que contradice todo lo que sabemos sobre el comportamiento real de los seres humanos. Si eliminamos de nuestras decisiones las emociones, las pasiones, los deseos, si prescindimos de las pulsiones del inconsciente individual pero también del inconsciente social (desde el fetichismo de la mercancía a cualquiera de los otros automatismos que vuelven a nuestras sociedades sonámbulas), y sobre todo si eliminamos los marcos sociales y materiales que delimitan los efectos de la verdad y los márgenes de elección, sencillamente no entendemos nada sobre cómo «tomamos» decisiones.

«Dato mata relato». Esta frase se ha convertido en un meme del debate político actual, en un tiempo en el que la ofensiva global de la extrema derecha ha llevado la vieja herramienta de la desinformación propagandística a una escala y una capacidad de incidencia completamente nuevas. En este contexto de debate público tan embarrado como democráticamente peligroso, existe un intento de contrapesar sus tendencias más capciosas mediante sistemas de *fact-checking*. Sin embargo, el votante de extrema derecha no se cree una noticia porque esta sea verdadera o falsa, se la cree porque quiere creérsela. Porque dicha noticia reafirma una visión del mundo y un proyecto de sociedad con el que se siente afectivamente identificado. La analogía es pertinente. Mientras millones de personas deseen creer en bulos racistas y misóginos, los verificadores de datos se mostrarán impotentes para contrarrestar el crecimiento electoral de las fuerzas políticas que promueven estos bulos y se alimentan de ellos. Mientras millones de personas deseen creer en la continuidad de sus modos de vida en la era de la crisis ecológica, la alfabetización ecosocial que el ecologismo promueve servirá de poco para transformar las bases socioeconómicas y culturales que han provocado esta crisis. De hecho, como sugieren Jessica Barnes y Michael Dove, no es casual que estemos asistiendo a un proceso histórico sin precedentes de desconfianza epistémica en la ciencia (auge de teorías de la conspiración y negacionismos varios, algunos tan excéntricos como el terraplanismo) justo en el momento en que la ciencia produce una visión de futuro que obliga a hacer cambios[20]. En definitiva, dato mata relato es, efectivamente, un relato.

El arte de la política no consiste en decir la verdad. Lo que no significa que consista en decir mentiras. Nos hace falta la mejor ciencia y el máximo respeto a la verdad. Pero esto solo permite conocer el mundo, no transformarlo. Transformarlo es un juego de afectos, pasiones, identidades compartidas, mitos comunes, de alianzas, de intereses, de pericia en el ejercicio del poder. La política no se arma alrededor de la dicotomía verdad-mentira. Se arma en la

tensión verdad-deseo-expectativas frustradas/cumplidas. Sin menoscabo de que siga siendo necesario difundir los hechos científicos que permitan clarificar las relaciones ecosociales nefastas en las que hoy estamos enredados, con sus peligros futuros y sus daños presentes, la tarea del ecologismo apunta mucho más a contagiar los principios de un sistema de valores diferente, construir una nueva codificación cultural de los afectos y los deseos mayoritarios y proponer una certeza vital mejor que la del adversario.

En los años sesenta del siglo XX los situacionistas querían inundar el mercado de toda una serie de deseos que si bien eran técnicamente factibles con las fuerzas productivas del momento resultaban incompatibles con la organización socioeconómica capitalista, tensándola en un sentido emancipador. En el siglo XXI el ecologismo tiene que inundar los imaginarios de deseos que si bien son compatibles con nuestras circunstancias materiales críticas, comprometan el orden socioeconómico del presente.

Un buen ejemplo de ello es la demanda de una reducción de la jornada laboral. Una medida profundamente transversal en sus beneficios potenciales, y perfectamente posible en lo material, entre cuyos méritos destaca lo que tendría de victoria ideológica sobre una sociedad que es ecocida porque está enferma de productivismo. De hecho, parte de la fuerza política de la reducción de jornada es que es una medida con efectos ecologistas impulsada por afectos que no lo son, o lo son de modo muy vago. Mucha gente puede hacerla suya por razones que distan mucho de la reducción de emisiones: por conciliación, por salud, por soberanía vital, por justicia social, ¡hasta por productividad económica capitalista! Sin duda la mejor propaganda política será siempre aquella que genera alianzas espontáneas ya que es capaz de ofrecer, en un mismo objetivo, promesas distintas para oídos diferentes.

Si la emancipación social nunca ha consistido en convencer, mucho menos ha consistido en asustar. De lo que se trata es de lograr apasionar a la gente con la idea de reconquistar sus posibilidades

perdidas y apuntarlas hacia un futuro apetecible. «Cómo vivimos y cómo podríamos vivir». William Morris titulaba así uno de los escritos más fascinantes del socialismo del siglo XIX[21]. Casi ciento cuarenta años después, la pregunta de Morris, tan sencilla como penetrante, continúa vigente. Quizá con más fuerza. El contraste entre la pobreza del presente hoy y las riquezas de lo posible mañana es la reacción química esencial de cualquier subversión. La rebeldía es un estado de ánimo que no se alimenta de ideología ni de conceptos. Arde en la certeza de sentir que la vida es un don que no se puede desperdiciar y que lo mejor está aún por venir.

ECOLOGÍA POLÍTICA TRANSFORMADORA Y UTOPÍA

Ernst Bloch escribió una de las reivindicaciones mejor fundamentadas del papel de la utopía en los procesos de emancipación social. Para Bloch el mundo es siempre proceso de producción, nunca resultado. Algo abierto y emergente. Y en su despliegue el protagonismo de la acción humana es fundamental. El impulso humano va más allá de ordenar de manera distinta las cosas que ya existen: lo que hace el ser humano es trascender lo conocido. Y en esa trascendencia creativa las cosas mismas se van forjando.

En su obra, especialmente en *El principio esperanza*, Bloch trató de sistematizar la influencia de la utopía en el cambio social teorizando que Marx había abierto un universo categorial nuevo, que exploró sin ser demasiado consciente del corte que había supuesto su planteamiento, y que Bloch llamó *novum*: el fin del *ordo sempiternus rerum*, del orden eterno de las cosas[22]. Para Bloch, la filosofía previa a Marx solo fue capaz de pensar el cambio en términos de proceso no culminado en un universo ya concluso. Marx fue el primero que supo aprehender y traducir en lo teórico lo que su tiempo parecía demostrar por doquier mediante la práctica: el ser humano descubriéndose a sí mismo como *productor* de una realidad inacabada.

El *novum* es eso que aún no existe pero puede llegar a existir. Lo nuevo no emergido todavía hacia lo que apunta las latencias del proceso del mundo. La posibilidad real que está madurando, pero que depende de que la acción subjetiva no solo lo coseche, sino que también lo cultive. El *novum* es un territorio incógnito que de alguna manera despunta o se presiente en ciertas prefiguraciones que funcionan como el mascarón de proa del barco humano en el océano del tiempo. Este ariete de la humanidad son las utopías, sobre las que Bloch arrojó una arqueología exuberante. Pero las utopías no solo exploran el *novum*. Simultáneamente lo producen. No solo reflejan los rasgos del mundo que está naciendo, también ayudan a crearlo. Las utopías no son solo un ideal regulativo al que aproximarnos, un horizonte lejano que permite caminar, como decía Galeano. Son también el impulso que da su forma concreta a la materia misma de la que el camino está hecho, son la anticipación práctica de lo que está por venir. En la medida en que todo hecho social tiene algo (da igual que sea mucho o poco) de construido, y que esta construcción es producto de una intervención humana que nunca tiene el éxito asegurado, el ser humano se convierte en un habitante permanente de los afectos de la espera. En el que los movimientos de ánimo sobre lo que puede llegar a ser y todavía no es resultan decisivos para cualquier concreción de las posibilidades en juego.

Confiar, dentro de lo materialmente posible, para que lo todavía no llegado a ser emerja en su mejor promesa: esta es la clave que descifran obras como las de Ernst Bloch, pero también Paulo Freire o Rymond Williams. Propuestas que nos animan a asumir que, para poder cumplir con su tarea de prefiguración y anticipación activa del porvenir, nuestra práctica política siempre debe combinar una mirada fría que no se deje engañar (análisis crítico) y una mirada cálida que no se deje desilusionar (talante utópico). Es este cruce bien ajustado entre mirada fría y mirada cálida el único ejercicio que nos puede llevar a empujar lo real más allá de lo que existe con posibilidades de éxito. Para ello la utopía debe dejar de ser solo un relato y encarnarse

en optimismo militante organizado. Un activismo profundamente comprometido con el trabajo de hacer emerger ese futuro deseable.

Combatir la absolutización del pesimismo. Introducir caudales cálidos en una tradición como la del ecologismo, profundamente marcada por la lectura fría de la realidad de las ciencias naturales. Hemos de mirar a los ojos al cortísimo siglo XXI sin ninguna ingenuidad, cierto. Pero también sin darle ni un solo milímetro de nuestro ánimo colectivo al derrotismo. Inengañables e indesilusionables. Esta es la aleación afectiva de la que está siempre hecho el impulso emancipador y que el ecologismo debe hacer suya.

La misión no es sencilla. De cara a una conferencia sobre imaginarios ecologistas, hace unos meses preparaba una presentación de diapositivas en la que me fue extremadamente fácil encontrar ocho carátulas de películas o series que plantearan un futuro ecológicamente distópico. Hacer lo mismo con carátulas que narrasen historias ecológicamente utópicas fue una tarea casi imposible. Enumerar títulos de relatos que proyecten un futuro terrible está al alcance de cualquiera, porque esta es una fibra esencial de nuestro *mainstream* cultural: *El día de mañana*, *Waterworld*, *The Rain*, *The last of us*, *Snowpiercer*, *El cuento de la criada*, *Geostorm*, *Interstellar*, *Mad Max*, *La carretera* y, por supuesto, *Colapso*, la serie de televisión que mejor ha sintetizado las tesis colapsistas que van ganando el corazón del ecologismo político. Hacer lo contrario, especialmente desde una óptica ecológica sólida, resulta un ejercicio que solo podrían hacer personas con un conocimiento enciclopédico de nuestro *underground* cultural. Por cada Ursula K. Le Guin o Kim Stanley Robinson hay cien guionistas de series como *The Walking Dead*. En este contexto no es disparatado asociar el éxito global del documental *Mañana*, un repaso estimulante a experiencias prácticas de transición ecosocial, con una auténtica *orfandad pulsional de nuestra época*: vivimos en sociedades sedientas de esperanza ambiental.

La necesidad de la esperanza es también parte de nuestra sabiduría política, de aquello que sabemos por experiencia acumulada: en sus

conversaciones con Álvaro García Linera, Íñigo Errejón constata que la historia de las irrupciones plebeyas, de los levantamientos populares transformadores, necesita combinar la erosión en los mecanismos de producción de confianza y certeza por parte de los de arriba y una «sobreacumulación de esperanza» por parte de los de abajo[23]. El mismo Ernst Bloch señalaba, en su libro *Herencias de la época*, que en la espiral viciosa que llevó al fracaso de la República de Weimar, los comunistas se empeñaron en contar la verdad sobre las cosas, mientras que los nazis contaban mentiras a las personas[24]. No cometamos el mismo error otra vez. Permitámonos, al menos, contarles el lado más esperanzador de la verdad a las personas, que poco tiene que ver con hacer apología del derrumbe de la sociedad industrial.

Echemos un poco de imaginación utópica al asunto para estimular la próxima temporada de la serie que nos ha tocado protagonizar en el mundo real: imaginemos que durante los próximos años los jóvenes por el clima, que ya demostraron hacerlo mucho mejor de lo que nosotros lo hicimos y de los que solo cabe aprender con humildad, llegan al punto de plantarse en serio y convertir alguno de los cursos académicos que vienen en cursos perdidos. Porque ante el crimen en marcha, lo desproporcionado o lo violento nunca será bloquear el tráfico de una calle, o faltar a clase, o levantar una barricada. Lo desproporcionado será la violencia sorda que se llama normalidad, a la que simplemente estamos acostumbrados. En los escenarios más bellos imaginables, este furor se podría derramar por ósmosis al sentido común general empujando al resto de la sociedad a una actitud de ultimátum climático. Esta revuelta probablemente pasaría, como pasan todas, pero trastocaría para siempre los imaginarios sociales. Y se reflejaría, al cabo de un tiempo, en victorias importantes de partidos con programas ecosociales fuertes en muchos países del mundo, que cambiaría la correlación de fuerzas con la que hoy estamos acostumbrados a lidiar. De ahí los grandes centros productores de emisiones (Estados Unidos, Unión Europea, China)

podrían plantear imponerse a sí mismos un Leviatán climático global como especulan Geoff Mann y Joel Wainwright, regulado quizá, como imagina Kim Stanley Robinson, a través de los bancos centrales. Simultáneamente, la economía se desfinanciaría y se recuperarían las coordenadas fiscales propias de los años centrales del siglo XX, lo que reforzaría las herramientas económicas del Estado, financiaría ambiciosas políticas de descarbonización y, mediante la redistribución justa de la riqueza por distintas vías, de la salud pública universal a la reducción de la jornada laboral, tan palpables y tan inmediatas como lo fueron para la clase obrera europea eso que Ken Loach llamó el espíritu de 1945, pondría la vida más fácil a las capas populares.

Llegados a este punto, la tarea más urgente del cortísimo siglo XXI estaría situada en vías de solución. Pero esto solo sería una meta volante, la del clima. Incluso con un cambio de esta magnitud, la gran transformación que nos exige haber entrado en el Antropoceno no habría hecho más que comenzar. La batalla política continuaría. Y el resto de frentes de la crisis ecológica seguirían desafiándonos e interpelándonos ante la necesidad histórica de dar a luz a una forma de producir, consumir, habitar e imaginar que deje atrás la depredación de la biosfera y pase a regularse por principios basados en la cooperación y la simbiosis.

Perder un curso escolar puede parecer una cosa de fanáticos. Pero si esta u otra forma de movilización llega a imponer un giro sustancial de nuestras políticas climáticas ¿qué sería perder un curso frente a ganar un mundo? Es difícil imaginar que, en el año 2100, mi hijo octogenario les cuente a sus nietos cómo pudimos mantenernos debajo de los 1,5 grados sin que la historia esté salpicada de algún recuerdo vibrante sobre cursos perdidos, huelgas salvajes, jornadas electorales trepidantes y manifestaciones millonarias. Pero antes que eso, cualquiera de estos hechos será imposible si el ecologismo no recupera el tipo de insolencia rebelde y de pujanza sobre el mañana con la que el movimiento obrero y el feminista consiguieron sus mejores logros. Dice Margaret Atwood que en un contexto crítico la supervivencia

depende de conocimiento adecuado, equipo, suerte y fuerza de voluntad[25]. Información y equipo nos sobran. La suerte nunca está bajo control. El factor donde merece la pena incidir políticamente es en armar, afectiva pero también intelectualmente, nuestra fuerza de voluntad colectiva. La esperanza no es lo último que se pierde. La esperanza, y si es creíble mejor, es siempre lo primero que se gana.

7
LOS ECOLOGISTAS PODEMOS GANAR

«He estado en el futuro, ganamos».
LEMA DE *Black Lives Matter.*

EL FUTURO: UN NUEVO DERECHO Y UN NUEVO DEBER

En este cortísimo siglo XXI en el que nos ha tocado vivir la estrategia y la táctica, lo importante y lo urgente, la esperanza y la rabia, la solidaridad y la necesidad, la supervivencia y la vida buena, van a ir condensándose en un solo significante cada vez más sencillo, transparente y explosivo: *futuro*. El futuro se ha vuelto un derecho que engloba todos los demás. Lo dijo Lewis Mumford de modo magnífico: si al ser humano le quitas el futuro, cae en un desamparo semejante al que sufriría si le quitas el aire y el agua que necesita para vivir[1]. Hoy todos nuestros esfuerzos confluyen en un reto prioritario: airear el confinamiento mental que sufren nuestras expectativas de futuro, mucho más peligroso que el confinamiento físico y las restricciones económicas que nos impuso la pandemia. Romper con este sentimiento de claustrofobia histórica que nos anega y al que, a falta de una salida creíble, nos estamos adaptando a través del sentido del humor. Por ejemplo, con esos memes donde bromeamos con la inminente llegada de extraterrestres como el colofón a esta desesperante y angustiosa posposición de la rutina que estamos conociendo.

Para ventilar esta clausura epocal, toca abrir horizontes combinando dos principios de acción aparentemente contradictorios.

El primero es el núcleo definidor del proyecto ecologista desde que este nació: atajar las causas que nos han conducido a esta trampa evolutiva extremadamente peligrosa que es la extralimitación. Hemos de revertir la saturación ecológica del mundo, que se traslada de formas muy diversas a la vida social, comprimiéndola, tensándola y convirtiendo las más diversas formas de competencia en un juego de suma negativa donde, como decía Prez en la serie *The Wire*, todos los bandos pierden pero uno lo hace más lentamente. Lo que significa descongestionar nuestra relación con la biosfera, dejar de violentar los límites planetarios, frenar los ritmos, reducir los consumos ajustándolos a un nuevo esquema de necesidades y desescalar las estructuras. En definitiva, decrecer. Esta es nuestra estrella polar, aunque el decrecimiento, tal y como buena parte del ecologismo lo concibe, sea un proyecto cuya creciente madurez intelectual no se corresponde con su madurez política, todavía insuficiente, y necesite de aproximaciones prácticas más tangenciales para influir en políticas públicas factibles[2].

La idea de autocontención fuerte que el ecologismo propone es habitualmente caricaturizada como un ensueño imposible porque el ser humano estaría constituido, en lo más profundo de su ser, por un ansia de conquista y de novedad que no admitiría recluirse ni limitarse. Buena parte de esta crítica no es más que propaganda ideológica del frenesí bulímico del capitalismo haciéndose pasar por naturaleza humana. Pero para la parte de verdad que esta idea pueda contener, existe un segundo principio de acción que nos muestra un camino: reconducir estos impulsos humanos de trascendencia, en el sentido de ir más lejos de uno mismo, hacia esa zona inmensa y muy prometedora que, a pesar del cierre geográfico del mundo, se nos abre casi vacía en nuestros mapas: *la terra incognita* de lo común. Lo que no está reñido con redescubrir nuevos continentes de desarrollo y plenitud personal, al contrario: cuando las riquezas de lo común se institucionalizan, y extiende bajo nuestros pasos su red de protección y cuidado, el resultado son biografías más seguras. Por tanto, vidas

más capacitadas para explorar con audacia ese potencial personal (relacional, creativo, afectivo, sexual, deportivo o intelectual) actualmente deprimido por la precariedad de la vida cotidiana capitalista. Como supo ver Marx, el reino de la libertad, también la verdadera libertad individual, solo florece a costa de empequeñecer colectivamente el reino de la necesidad.

Pero el futuro no solo ha pasado a ser el primero de los derechos por el que luchar. Asumiendo la tesis de César Rendueles de que lo verdaderamente transformador no es pensar en clave de derechos sino en clave de deberes[3], el futuro se ha tornado también nuestro deber más inaplazable, nuestro imperativo categórico colectivo, la tarea generacional por la que seremos juzgados. Esto es, asegurar la continuidad de la vida humana civilizada, ampliando y democratizando las conquistas materiales y políticas que hemos logrado durante la modernidad, pero en un mundo reintegrado dentro de los límites planetarios es exactamente el tipo de gran conquista que nos toca protagonizar. El tipo de hazaña por la que los nietos y las nietas escribirán sobre nosotros con el mismo orgullo y la misma pasión con la que hoy escribimos al pensar en los movimientos sufragistas, la huelga de La Canadiense, la resistencia antifascista en los países ocupados durante la Segunda Guerra Mundial o las luchas por la abolición de la esclavitud.

Pero cumplir con esta obligación exige reparar una profunda anomalía en el sentido común de nuestra época. En el Antropoceno hemos perdido algo que hasta finales del siglo XX era una premisa evidente: no confundir lo que efectivamente existe con lo que puede llegar a ser real. Susan Buck-Morss analiza con acierto cómo la caída del muro de Berlín no solo arruinó el horizonte utópico socialista, sino que hizo lo propio también en el oeste. El ecologismo colapsista es hijo de esta desorientación, de esta gran orfandad mitológica. Es preciso reconectarlo con el espíritu de los movimientos transformadores de largo aliento que han sacudido la humanidad y han dado forma a sus mejores posibilidades los últimos doscientos

años. La creencia en que el futuro no solo podía ser diferente a lo que el presente proyectaba, sino radicalmente «mejorado» mediante una acción política de envergadura, ha sido uno de los axiomas constitutivos de la modernidad. Lo compartieron por igual ideologías antagónicas, que después han peleado a muerte por los objetivos y los medios concretos para avanzar hacia su propia versión de la empresa colectiva moderna. Con la victoria avasalladora del neoliberalismo este axioma cero recibió un duro golpe. La tarea del ecologismo debe ser revisar y mejorar este axioma cero. Actualizarlo en función de las nuevas realidades materiales que se nos imponen. No darle la estocada fatal.

Curiosamente, el colapsismo navega contra la corriente cultural de la época solo en la medida en que esta sigue mostrando trazas de un tecnooptimismo muy ingenuo. Pero, a su vez, en sus velas sopla el viento de cola de la cancelación del futuro, del pesimismo como registro afectivo oficioso y el predominio apabullante de la distopía en los imaginarios culturales. Lejos de escandalizar, el mensaje colapsista tiene ante sí una sociedad enormemente receptiva a sus mensajes. Una sociedad obligada a volverse convencionalmente punk. El *no future* es ya una obviedad resignada. Por tanto, lejos de portar un sentido transgresor, cualquier antropólogo que estudiara las sociedades del siglo XXI con suficiente distancia concluiría que el colapsismo tiene mucho de reproducción, por medios extravagantes, del alma hegemónica de nuestras sociedades. ¿No tiene el colapsismo algo de madmaxístico remake del *no hay alternativa* de Thatcher?

A los grandes objetivos emancipadores del siglo XXI se les podrá aplicar lo mismo que decía Marx respecto a los grandes objetivos emancipadores del siglo XIX: nuestra revolución social también deberá sacar su poesía no del pasado, sino del futuro. Cuando un proyecto transformador se encarna en un pueblo capaz de hacerlo avanzar, es porque libra sus batallas en unas coordenadas que disputan un mañana mejor. «Será mejor la vida que vendrá» cantaban un millón de personas en la renombrada plaza de la Dignidad, en Santiago de

Chile, en el momento cumbre del estallido social del año 2019. El cambio social lo mueve siempre el horizonte de una vida mejor, y no la reparación de una vieja injusticia. Frente a lo que afirmaba Benjamin en sus *Tesis de filosofía de la historia*, la supremacía de las expectativas frente a los agravios ha sido un rasgo bastante predominante en todas las luchas populares. En la era de la crisis ecológica lo será aún más. Siguiendo con Benjamin, para iluminar los momentos de peligro que trae consigo el cortísimo siglo XXI y decantarlos hacia la emancipación, aunque los recuerdos relampagueantes tendrán un papel que cumplir, de lo que necesitamos apropiarnos es de premoniciones excitantes de un mañana mejor.

El temor de Benjamin de que con ello el movimiento popular corte los nervios de su mejor fuerza se demostrará infundado. El odio y la voluntad de sacrificio, que la clase obrera habría perdido bajo el efecto pacificador de la socialdemocracia y su fe en el progreso automático ya no son incompatibles con el ideal de los descendientes liberados. Al contrario: cuando el mito del progreso ha muerto, y lo que se impone es un presente precario, crecientemente inseguro, y un futuro bloqueado, no hay mayor yacimiento de esfuerzo colectivo, y no hay mayor fuente de odio político bien dirigido, que la responsabilidad que tenemos para con nuestros descendientes inmediatos. Para con nuestros hijos. Para con nuestras nietas. Porque ellos, exponiéndonos cada día a su vulnerabilidad consustancial y a su inocencia histórica, encarnan material y corporalmente, de un modo que ninguna deuda ideológica con el pasado podría hacer, la obligatoriedad de la victoria.

PEQUEÑA ANTOLOGÍA DE COLAPSOS QUE NO FUERON (NOTA AUTOBIOGRÁFICA)

En este punto de la argumentación quizás algunas notas autobiográficas ayuden a perfilar el sentido de este libro, pues mi trayectoria es la de una persona que creció y se crio políticamente en el ecologismo colapsista y con el tiempo cambió sus posiciones.

En 2004, el colectivo anarquista en el que militaba conoció, gracias a una charla de Pedro Prieto en la facultad de Ciencias Políticas que después reprodujimos en el Centro Social Okupado La Casika, la tesis del *peak oil* y los planteamientos de Hubbert. Quedamos fascinados por cómo aquel relato nos permitía reenfocar el mundo. «Cuando sepa toda la verdad sobre el petróleo y el gas, su vida cambiará para siempre». La frase de Jay Hanson, que abría la presentación, pronto dejó de parecernos un recurso retórico para pasar a remover todas y cada una de las creencias más sólidas de la treintena de personas que conformábamos el público. Una tras otra, las transparencias que allí se mostraban iban configurando, de modo difícilmente rebatible, un futuro absolutamente *contraintuitivo*, un futuro de colapso, que contrastaba con la ciudad y las costumbres que nos rodeaban. Y es que en pleno corazón de la euforia urbanística, en los años dorados de esa efímera *Belle Époque* que fue la burbuja inmobiliaria, hasta un barrio antaño humilde como Móstoles irradiaba despilfarro y optimismo prepotente, en cada rincón y en cada comportamiento. La abundancia cantaba a mil voces un monólogo triunfalista. Y aunque el 11S, la invasión de Irak y sobre todo el atentado en Atocha nos habían puesto tras la pista de que la historia no estaba detenida, sin duda en aquellos años, salvo para un puñado de jóvenes libertarios que nos empeñábamos en provocarla, la historia era algo que ocurría siempre en alguna otra parte.

Pero la historia pronto empezó a llamar también a nuestra puerta. La subida imparable de los precios del petróleo, espoleada por el techo de producción de petróleo convencional al que se llegó en el año 2006, fue un primer síntoma de que aquel extraño oráculo geológico nos ofrecía una nueva comprensión del presente. El crack financiero del 2008 lo entendimos como la confirmación definitiva. Durante el proceso no hicimos sino abrir una pequeña franquicia local de un debate internacional que era realmente vibrante. Y que estaba impulsado además por científicos poco sospechosos de veleidades anticapitalistas como los que formaban ASPO. Un desafío intelectual

colectivo que, más allá de cualquier otra consideración, tenía mucho de aventura que otorgaba un nuevo sentido vital a nuestro activismo. Cuando descubrimos además que no estábamos solos en nuestros intentos de traducir aquel diagnóstico a una nueva práctica política, que éramos sin saberlo una muestra pionera del movimiento mundial de ciudades en transición, la ideología se volvió proyecto de vida.

Fueron muchos años, los años más bellos de nuestra juventud, entregados a una actividad militante en nuestro barrio alrededor de un ateneo popular y de un colectivo, Rompe el Círculo. Entre otras tareas, queríamos aprender para anticiparnos a un colapso que considerábamos inminente y sacar de esa situación el partido más emancipador posible. Fueron tiempos escalofriantemente hermosos por lo que tuvieron de redescubrimiento de la potencia y la alegría de nuestros talentos comunitarios. También tuvieron un poco de loca juventud *prepper*, a la que entregamos un buen puñado de tardes de domingo. Como colapsistas entendíamos que la tarea prioritaria era organizar las semillas bajo la nieve, como las llamaba el anarquista Colin Ward, que debían florecer después del hundimiento. Esto incluía algunos ritos de paso obligatorios: un banco de tiempo, y también la recuperación de autonomía material comunitaria en el huerto. Los diferentes huertos que impulsamos quizá fueron nuestra única medida adaptativa que no fracasó estrepitosamente, aunque nos quedamos a años luz de nada parecido a la soberanía alimentaria. También tuvimos debates lisérgicos, inspirados en la experiencia de Grecia, sobre cómo autogestionar ambulatorios públicos tras el desmoronamiento del Estado. Cálculos sobre despensas viables ante según qué catástrofes. Fantasías aventuristas de autodefensa comunal. Y discusiones un poco esotéricas y un poco ridículas, ante la inminente debacle bancaria, sobre cuál podría ser el metal refugio, oro o plata, para poner a buen recaudo nuestros miserables ahorros de chavales de barrio obrero (digo ridículas porque con suerte alguno tendría mil euros en el banco).

Por fortuna, aquellos años de actividad anticipatoria no fueron solo estrictamente colapsistas. Nos podía el barrio y sus llamadas. Nos alimentaba también la sabia de nuestras raíces y el gozo de ser jóvenes precarios con mucho tiempo libre. Y nos implicábamos a la vez en conflictos laborales, en la lucha por la sanidad pública, en la defensa del centro social okupado del barrio, en coqueteos con el surrealismo, en bailar swing, en fundar una biblioteca o un estudio de música, en descolonizar nuestras relaciones eróticas o en intentar levantar un movimiento de hip hop politizado.

Pero, como solemos bromear, con la crisis de 2008 no llegó el colapso. Llegó el 15M. Que es una forma simpática de resumir que, aunque la producción de petróleo convencional tocó techo, y eso provocó desgarros geopolíticos y convulsiones económicas, la gran disfuncionalidad de nuestra sociedad no tuvo lugar. Todo resultó muchísimo más complejo y más rico en posibilidades: la crisis económica se gestionó de modos muy diferentes porque además no solo era provocada por la energía. Se recurrió al *fracking*, que ofreció un balón de oxígeno energético al problema de escasez de combustibles líquidos. A algunas regiones del mundo, y a algunos sectores sociales, les fue mucho peor, pero otros prosperaron. También hubo revueltas, que tras diez años han dado lugar a desenlaces dispares como el Egipto de Al Sisi y el gobierno de Petro en Colombia.

A nosotros nos tocó la acampada en las plazas, las mareas, la marcha de la dignidad y después el fenómeno Podemos. Y tuvimos la inteligencia política de dejar de lado la preparación para el colapso e involucrarnos en el estallido social de nuestro país y sus diferentes experimentos, también el institucional, con todas nuestras fuerzas. Queríamos contribuir a ello con un discurso ecologista preocupado por la posibilidad de la quiebra civilizatoria en curso. Pero no como una vanguardia ecosocial que debía ilustrar a las masas energéticamente ignorantes, sino con el objetivo, que la educación popular nos había enseñado, de aprender y contaminarnos de los deseos, las frustraciones, la rabia y las intuiciones políticas del pueblo

del que formábamos parte. No pocas veces más equilibradas que las nuestras.

Este es un relato escrito en primera persona del plural porque fue una aventura esencialmente colectiva. En paralelo, al mismo tiempo, yo desarrollé mi investigación doctoral sobre Cuba, cuyos resultados han sido expuestos en las páginas precedentes, y que me ayudaron mucho a revisar mis posiciones colapsistas. También mis posiciones revolucionarias, pues en Cuba aprendí mucho sobre cuánto puede dar de sí una revolución social y sobre lo limitada que es cualquier noción de soberanía política en la enredadera de interdependencias del mercado mundial.

A los pocos meses de defender mi tesis, la efervescencia política de aquellos años me llevó a un puesto de responsabilidad institucional: dirigir las políticas medioambientales de Móstoles. Previamente habíamos logrado que la transición ecológica tuviera un papel central, y en cierta medida pionero, dentro del programa de la candidatura municipalista que ahora cogobernaba la ciudad. Esa prueba de fuego fue definitiva. A los pocos meses de tomar posesión del cargo uno ya podía darse cuenta de que el discurso colapsista era un obstáculo absoluto a la hora de poder hacer algo transformador en las instituciones. Además, y a pesar de lo mucho y vertiginoso que estaba pasando, en el año 2016 la vida moderna presentaba unos rasgos de continuidad esenciales en sus fundamentos básicos (orden público, seguridad alimentaria y energética, cultura material cotidiana) que ocho años antes nos parecían imposibles, y era necesario admitirlo. La herida social de la implosión neoliberal seguía en carne viva. Éramos una sociedad rota en desigualdad, abusos, corrupción, precariedad y expectativas truncadas. Pero, por debajo de aquel amasijo chirriante de dolor social, la economía había vuelto a crecer. La producción de *fracking* no pinchaba. Aunque la cuestión ecológica seguía siendo absolutamente central, y haber sabido preverla fue nuestro mérito, el mito del colapso ya no cuadraba. Era necesario reposicionarse.

Nuestro caso es un ejemplo ilustrativo de los aportes y las contraindicaciones de los discursos colapsistas. El colapsismo nos permitió localizar y tomarnos en serio toda una serie de tendencias de fondo que comprometían y siguen comprometiendo el desarrollo de la historia en términos de previsibilidad. Nos permitió familiarizarnos con el pensamiento ecologista. Pero lo hicimos desde un diagnóstico muy sesgado del estado de la cuestión científica. Y, sobre todo, lo hicimos instalados en análisis muy unilaterales sobre el papel de la energía en la evolución social. Los mismos análisis que nos impedían dar su verdadera importancia a todo eso que estábamos prefigurando a escala minúscula y con cierto talento inconsciente: la práctica de la esperanza, del optimismo militante, la prefiguración de la transición ecológica en hechos concretos que tienen impactos en la vida cotidiana. En materia de vicios, lo bueno siempre es tener varios. Así se contrapesan. Nuestro vicio colapsista era constantemente corregido por uno al que estábamos mucho más enganchados desde la más tierna adolescencia: la ludopatía de reconquistar nuestras vidas para construir eso que Erick Olin Wright llamaba utopías reales. Esta historia puede ser destilada de sus rasgos anecdóticos y subjetivos y extraer de ella la tesis fundamental de este libro: el ecologismo sabrá leer mejor nuestro tiempo e intervenir en él si se preparara para cosas que se parecerán más al 15M que si vuelca sus esfuerzos en aprender a sobrevivir a un hipotético derrumbe de la civilización.

CATÁLOGO DE EXPERIENCIAS INSPIRADORAS PARA UN CAMBIO FACTIBLE

Constatar que el pico del petróleo convencional no devino en un colapso generalizado de la civilización industrial sino en el 15M es una buena manera de remarcar que el mejor remedio contra la ecoansiedad se llama memoria. El antídoto más eficaz para combatir la sensación abrumadora de catástrofe inminente es recordar que la impotencia política no es nuestra condición natural de existencia.

Vamos a ganar porque lo hemos hecho antes. Lo hemos hecho muchas veces.

Aunque las razones para considerar que el ecologismo ha fracasado en su tarea histórica no son pocas, se trata también de una retrospectiva muy fatalista. No siempre nuestras sociedades se han mostrado tan incapaces de enfrentar los desafíos de la crisis ecológica. Como constata el historiador del movimiento ecologista Mike Dowie, los años setenta en Estados Unidos fueron una auténtica década de oro de la legislación ambiental: diez años en los que administraciones de diferente color político promulgaron más de una veintena de leyes medioambientales federales con un impacto notable en la racionalización ecológica del país: Ley de Limpieza del Aire, de Calidad del Agua, de Control de Sustancias Tóxicas, de Parques Naturales… Fueron los tiempos en que también se crearon instituciones tan importantes como la Agencia de Protección Ambiental. Y toda esta actividad legislativa, impulsada por una sensibilidad ecologista creciente, distó de ser papel mojado. Los logros se pueden cuantificar más allá de las opiniones: millones de hectáreas de ecosistemas pasaron a contar con una fuerte protección; los informes de impacto ambiental se volvieron un procedimiento obligatorio; los lagos muertos de Estados Unidos se regeneraron y el mercurio depositado en sus lechos desapareció; el plomo en la atmósfera se redujo sustancialmente; el DDT dejó de estar presente en la grasa corporal de los estadounidenses[4].

La historia del ecologismo no se puede entender sin dar cuenta de cómo las obsesiones que alimentaron su rebeldía primigenia, que eran fundamentalmente los problemas de la toxicidad de la civilización industrial y la contaminación química, fueron parcialmente resueltos. Es cierto que esta resolución fue incompleta e injusta. La crisis mundial de plásticos es el ejemplo más visible de que nuestro modo de producción sigue arrojando a los sumideros ambientales una ingente cantidad de materiales incompatibles con la bioquímica de la vida, y nuestros desechos continúan saturando la capacidad de reciclaje

natural de la biosfera. La deslocalización industrial contribuyó a que muchas actividades tóxicas se ubicaran en geografías en las que el maltrato era políticamente más viable y económicamente más barato. Pero solo una mirada exagerada podría decretar un fracaso absoluto del ecologismo en sus objetivos iniciales: la lucha contra la lluvia ácida y la destrucción de la capa de ozono, dos de las banderas más reconocibles del primer ecologismo, hoy parecen piezas de un museo de la Guerra Fría. Lo que indica que las cosas no se hicieron completamente mal.

Naomi Klein afirma que esta era dorada de la legislación ecologista tuvo un prerrequisito: desarrollarse en tiempos en los que intervenir en el mercado se consideraba una opción legítima y hasta imprescindible. El eclipse del ecologismo históricamente competente, eso que tuvo más efectos materiales contrastados que marketing y *greenwashing*, se superpone con el auge del astro neoliberal. Si los notables avances de los años setenta se frenaron en seco en los ochenta, hasta llegar a ese cuarto de siglo perdido entre 1990 y 2015, fue porque Reagan y Thatcher lograron imponer su contrarrevolución desreguladora, violentamente favorable a los intereses del mundo empresarial. El capitalismo es un régimen socioeconómico que en cualquiera de sus muchos arreglos institucionales favorecerá relaciones socionaturales insostenibles. Pero en su formato neoliberal, los impulsos depredatorios de la acumulación de capital se exacerban al mismo tiempo que los instrumentos para su contención social y ecológica se minimizan.

Vista desde la perspectiva de Europa, y aunque el neoliberalismo ha sido un nervio central del proyecto europeo, la memoria histórica reciente del ecologismo resulta incluso un poco más reconfortante. Como señala Mario Gaviria, uno de los fenómenos políticos más interesantes del último medio siglo en Europa es cómo Los Verdes, que hasta hace pocos años solo tenían presencia significativa en el norte y en el centro del continente, pero casi nunca pasando del 10 % del voto (Alemania, Austria, Bélgica, Holanda o Suecia), han

condicionado el proyecto de construcción europea en asuntos estratégicos al más alto nivel[5]. El freno a la energía nuclear, camino de ser residual en toda Europa salvo la excepción francesa, es su mayor conquista. El adelanto del apagón nuclear alemán decidido por un icono de la democracia cristiana como Angela Merkel es un símbolo que habla por sí solo. Por supuesto, la relación causa-efecto con el accidente de Fukushima es incontestable. Pero solo allí donde había un sustrato cultural y político nutrido por décadas de disputa ideológica ecologista se pudo dar una reacción de ese calibre. Construir hegemonía no significa gobernar siempre, significa que tus enemigos tengan que asumir tu proyecto para ganar. La historia de Los Verdes en Centroeuropa es un ejemplo paradigmático de cómo una minoría activa puede disputar la guerra cultural y modificar el sentido común con efectos políticos notables, que incluso se dejan sentir a escala global.

De hecho, si el caos climático en curso logra ser reconducido a un terreno de estabilidad y seguridad climática, será imposible negar al ecologismo transformador europeo un papel tan pionero como afortunado para el conjunto de la humanidad. A principios de los noventa, la naciente diplomacia climática estaba atrapada en las mismas contradicciones que hoy: una suerte de dilema de teoría de juegos, penalizante para el actor colaborativo que debe asumir costes importantes por el bien común, e incentivador para el *free rider* que protege sus intereses privados. Este baile de racionalidad autodestructiva, protagonizado esencialmente entre China y Estados Unidos, ha llevado a cometer, por omisión, un auténtico crimen generacional: entre 1990 y 2019, cuando ya se contaba con información científica solvente e instrumentos institucionales globales que debían evitarlo, como la Convención Marco de las Naciones Unidas para el Cambio Climático, fueron emitidas más del 40 % de las emisiones de CO_2 de la historia. En este contexto ha sido la Unión Europea el primer actor de peso que se ha atrevido a dar pasos serios, y por tanto a asumir costes, para romper esta espiral de

competitividad catastrófica. Una decisión en la que también influyeron cálculos de poder. Por ejemplo, buscar en la transición ecológica una fuente de *softpower*, o también una apuesta por hallar en la industria una nueva especialización de mercado. Pero este giro hubiera sido inconcebible sin el tipo de sensibilidad que la sociedad civil europea demuestra hacia temas medioambientales, cultivada por cincuenta años de movimientos sociales y políticos ecologistas.

Con todas sus limitaciones ambientales, con su importante deuda ecológica acumulada con las regiones periféricas, con todas las tensiones sociales irresueltas que alberga y que justifican críticas y resistencias, la Unión Europea es hoy el espacio geopolítico a la vanguardia en la lucha contra el cambio climático. El que ha asumido el rol de abrir el camino que otras sociedades van a seguir. El que se ha impuesto la responsabilidad de experimentar con nuevos instrumentos de gestión climática, como serán los ajustes de carbono en frontera a partir de 2026. Todo ello es un efecto directo de cómo las fuerzas verdes han sabido ser políticamente influyentes por encima de su peso demoscópico.

Pero la transición ecológica justa no consiste solo en ecologizar nuestra esfera tecnológica. Más importante es promover tanto una dirección social y económica al servicio del interés general como una justa distribución de la riqueza, y con ella un reparto equitativo de la carga y los esfuerzos. Para estas tareas tampoco somos pobres en recuerdos.

A pesar de su lado oscuro, rechazable en materia de discriminación racial y de género, el *New Deal* rooseveltiano resulta un ejemplo histórico altamente estimulante para la imaginación política ecologista: grandes obras públicas, programas sociales robustos, paquetes de empleo impresionantes, apoyo político al sindicalismo, notable reducción de la desigualdad social. Todo ello financiado con unas tasas impositivas sobre los ricos que hoy nos parecen sencillamente inimaginables. Como describe Pizzigati, en 1950, el director general de General Motors, a la sazón una de las empresas

más importantes de Estados Unidos, ganaba 586.000 dólares anuales y pagaba 430.000 en impuestos[6]. Los tipos impositivos máximos estuvieron en el 91 % para los tramos de renta más altos durante muchos años. Lo que, de facto, significó casi haber instaurado el salario máximo. En el Estados Unidos de los años cincuenta los millonarios estaban abandonando sus mansiones porque no podían permitirse mantenerlas. Estas se convertían en sedes de bibliotecas o universidades. Sus colecciones de arte ampliaban los fondos de los museos públicos. En paralelo, en estados como California o Nueva York se multiplicaban los programas de vivienda social. ¿Qué pasaría si hoy un director general de Google pagase impuestos en una proporción parecida, y esa recaudación se destinara al desarrollo de comunidades energéticas, de infraestructuras ferroviarias, de grandes parques de vivienda pública de casas pasivas o de escuelas de permacultura para la repoblación agroecológica del mundo rural? Que la salida de la crisis climática se antojaría verosímil. El éxito del *Green New Deal* como paraguas político demuestra la fecundidad de estas rememoraciones.

El argumento favorito de quienes rechazan las posibilidades de que el ecologismo pueda impulsar algo parecido hoy es que aquellos tiempos fueron un paréntesis único. Una flor de un día que duró tres décadas, que solo echó raíces en una parte minoritaria y privilegiada del mundo, que ya se marchitó y cuya repetición es imposible. Cabría replicar que ningún partidario del *Green New Deal* aspira a repetir el *New Deal*. Más bien se busca inspirarse en él para drenar los coágulos de nuestra imaginación política. Al fin y al cabo el *New Deal* es un ejemplo de que una crisis de régimen puede conocer una salida progresista mediante la disputa del Estado. Del mismo modo, casi todos sus defensores somos conscientes de las diferencias importantes de aquella época respecto a la nuestra: el precedente de una bancarrota económica, la reconstrucción de guerra, una fuerte movilización sindical, la presión geopolítica competitiva de un modelo socialista alternativo o el torrente energético del petróleo barato.

Pero no es cierto que nuestra situación sea radicalmente diferente a aquella. La ruptura de la rutina neoliberal ya se ha producido. Primero con el crack del 2008. Después con la pandemia. La emergencia climática ensombrece cualquier ilusión de restauración de la normalidad. Tampoco hay unidad de acción entre las oligarquías económicas. De hecho, en este momento está comenzando a librarse una guerra de élites sobre los restos de un viejo consenso roto. Las tensiones competitivas entre bloques geopolíticos han saltado a un nivel de intensidad inédito con la invasión rusa de Ucrania. Y la década de los diez ha dejado tras de sí una oleada impresionante de movilizaciones populares, que si bien no han adoptado las formas clásicas de la política de masas, sí han tenido alguno de sus efectos, como imponer a los centros de poder algún tipo de agenda socialmente sensible.

Lo que algunos discursos radicales desprecian como formas de racionalización capitalista tienen mucho de conquista popular. La sanidad pública, los seguros de desempleo o las pensiones no son válvulas de escape que nos concede la ingeniería social burguesa para optimizar los ciclos de acumulación: son la huella de la pujanza política de los de abajo en la vida cotidiana. Rescatar la memoria de aquellas políticas económicas y ponerlas en valor se ha convertido en una parada obligatoria si queremos romper los muros de la cárcel depresiva en la que estamos instalados. Los multimillonarios pueden pagar inversiones masivas que sustenten una transición ecológica efectiva y justa. Solo hay que obligarles. Lo hemos hecho antes, con mucha lucha mediante, pero sin derramar demasiada sangre. La guerra fiscal se puede ganar sin necesidad de imponerse en una cruenta guerra civil.

Y además, como ha quedado meridianamente claro en los dos últimos terremotos sistémicos que hemos sufrido, el del crack financiero del 2008 y el de la pandemia, si lo que hace falta es dinero urgente, el dinero aparece sin necesidad de recaudarlo previamente. Polémicas al margen sobre las contraindicaciones y los beneficios de la

Teoría Monetaria Moderna en la práctica macroeconómica real, en las que no podemos entrar aquí, las recientes políticas de expansión cuantitativa de los Bancos Centrales parecen confirmar históricamente lo básico de sus tesis: la insolvencia es una categoría que no aplica el Estado porque el dinero no deja de ser un instrumento de naturaleza profundamente política. Si se puede crear dinero para rescatar bancos, también se puede crear dinero para rescatar el planeta.

De hecho, no solo en cuanto a las posibilidades de crear dinero *ex nihilo*, sino en otros muchos aspectos, la pandemia y su gestión han sido un experimento antropocénico que marcará pautas para todo lo que está por venir en el siglo XXI. Y sus resultados no son solo aciagos, aunque sin duda se ha tratado de una experiencia traumática y terrible: casi siete millones de muertos, muchos de ellos seres queridos. Demasiado dolor y miedo. Demasiado duelo no digerido. Demasiada autocontención forzada. Todo ello con secuelas muy notorias en el plano de la salud mental colectiva… Sin embargo, entre sus expresiones esperanzadoras, la pandemia demostró que cuando no hubo otra alternativa, como decía la canción, el presidente puede «llegar y mandar a parar». Desde cualquier punto de vista, detener la economía global supeditándola al imperativo del bien común ha sido un precedente impresionante. Algo que hasta marzo de 2020 podía parecer utópico. Casi cualquiera con una formación teórica marxista hubiera negado que fuera posible. El sujeto automático capital es un autómata al que solo lo puede detener una revolución, habría dicho yo en 2019. Pero cuando nos hemos visto realmente forzados a elegir entre la bolsa o la vida, a pesar del enorme poder de los dueños de la bolsa, a pesar de que toda nuestra existencia sufre una suerte de síndrome de Estocolmo económico, el año 2020 nos demostró que podemos elegir vida. Que el capital no tiene la última palabra.

Pero la megamáquina no se detuvo sola. Hubo que dar la orden y apretar el botón de *pause*. Lo que en 2023 nos parece evidente, porque lo vemos desde ese perfil completo que siempre tienen los hechos consumados, no estuvo en marzo de 2020 del todo asegurado.

Hoy se recuerda poco que los líderes del neoliberalismo más fanático (las primeras declaraciones de Boris Johnson, Bolsonaro o Trump al respecto son tan ilustrativas como estremecedoras) tantearon inicialmente la aplicación de una suerte de necropolítica pandémica. Un darwinismo social extremo por el que la supervivencia de los sistemas inmunitarios más fuertes era una opción mejor que la intervención pública masiva destinada a paralizar el dinamismo del mercado.

Otra lección extraordinaria de la pandemia ha sido comprobar que en un momento en el que la vida y la muerte se perciben masivamente en juego, nuestras sociedades poseen una capacidad de reacción y transformación tan colosal como veloz. La historia nos había dado pruebas de ello en las grandes movilizaciones de guerra. El Covid-19 nos ha permitido comprobarlo en tiempos de paz.

Menos sorprendente, pero una gran noticia, fue confirmar con certezas empíricas nuestras sospechas de que el *homo* neoliberal no había ganado por completo la batalla de nuestras almas. Durante los meses más duros del confinamiento no solo demostramos una importante capacidad de esfuerzo y sacrificio por el bien común. Conocimos también una hermosa explosión de solidaridad popular en forma de cuidados mutuos, apoyo vecinal o creatividad desinteresada. Como suele ocurrir con las grandes conmociones colectivas, constatamos que nuestras sociedades viven reprimiendo un deseo profundo y políticamente muy importante: el deseo de comunidad. Los momentos duros demuestran que no basta ser un individuo consumidor. Que eso no llega. Que los átomos queremos ser pueblo. Y hacer apología en actos de lo mejor de un nosotros.

EL ECOLOGISMO HA EMPEZADO A GANAR Y NO SE HA DADO CUENTA

Necesitamos reencontrarnos con cierto estilo maximalista para volver a escribir nuevos grandes relatos. Sencillamente porque las hazañas que nuestra generación está obligada a protagonizar son inmensas. La

tarea de nuestra generación es doble. Dos macroobjetivos que se relacionan profundamente, aunque no se superponen con una exactitud 1:1. El primero en la jerarquía de prioridades es evitar el mal mayor. Lo que en el examen evolutivo del cortísimo siglo XXI significa descarbonizar y, casi simultáneamente, regenerar la salud de una biosfera que a base de violentarla, hemos convertido en un hábitat hostil. La prioridad debe ser superar las turbulencias del Antropoceno; y reintroducir el sistema planetario Tierra en un valle de estabilidad climática y seguridad ecosistémica que nos permita volver a pensar en el futuro a siglos vista y no a décadas vista.

El segundo objetivo es retomar la lucha por el bien mayor: coger el testigo del proyecto de emancipación humana allí donde lo ha dejado la empresa socialista, la acción feminista, descolonizadora, las luchas por la ampliación de derechos de las diversidades sexuales. Y volver a despejar el horizonte de una gran promesa social hacia la que avanzar. Un horizonte que cambie la extinción involuntaria de especies, incluida la nuestra, por la extinción voluntaria de las grandes estructuras de dominio que empequeñecen y trituran las posibilidades biográficas de millones de personas: la acumulación de capital, el patriarcado, la desigualdad económica, la tiranía política. Un horizonte de compromiso y goce común, de deber y placer, que asegure a cualquier vida, humana y no humana, el derecho no solo a sobrevivir, sino el derecho a florecer. El pan y las rosas. La dignidad y la plenitud.

Evitar superar los 1,5º y seguir construyendo, poco a poco, eso que Marx llamaba el Reino de la Libertad. Es poco probable que la primera meta se consiga si no hacemos avances sustanciales en la segunda. Pero conviene también distinguirlas. Hay márgenes de adaptación importantes de las lógicas económicas, políticas y culturales modernas al acuse de recibo que supone la crisis ecológica. No podemos desaprovecharlas en pos de una enmienda abstracta a la totalidad. Tenemos por delante una tarea sin igual, que va a exigir lo mejor de nuestra inteligencia, de nuestra rebeldía y de nuestra

capacidad de cooperación. Lo inaplazable es asegurar que exista un siglo XXII. Si no fracasamos en esto, si conseguimos que haya nietas y nietos, estos podrán corregir nuestros fallos y nuestras debilidades a la hora de dar a luz un mundo definitivamente mejor.

El núcleo de verdad que sustenta la ideología colapsista es lo mal encaminados que vamos en esta tarea existencial en la que todo está en juego. A un lado del pulso, la acumulación de capital, los beneficios empresariales, los derechos de propiedad y el poder de sus inercias y su fuerza coactiva. Al otro lado, absolutamente todo: la vida, el planeta, el futuro, para nosotros y para las generaciones que vendrán. Lo cierto es que en concentración de dióxido de carbono atmosférico o en destrucción de biodiversidad estamos mucho peor que hace cincuenta, treinta o veinte años. El punto ciego de la ideología colapsista es que, al mismo tiempo, 2023 también significa que atesoramos conquistas ecologistas que hace cincuenta o veinte años, pero también hace cinco años, hubieran parecido ciencia ficción.

Vivimos en una época en la que una profunda convicción de que el futuro será peor debe convivir con un ritual social desesperante marcado por una práctica publicitaria de la felicidad y una conversión del pensamiento positivo en ideología oficial. Por eso, ante la política rebajada a coaching de masas y la mitología neoliberal de la independencia personal y la meritocracia, cuyo correlato necesario es la proliferación de patéticos libros de autoayuda, un cierto cinismo descreído parece un síntoma de sabiduría y hasta de elegancia. Si hay un elogio que una persona inteligente consideraría ofensivo es ser comparado con un escritor tipo Paulo Coelho. No obstante, de lo que se trata, como afirma Stuart Hall, es de fundar una nueva voluntad política cuyo análisis del presente nos evite las oscilaciones entre pesimismo absoluto y triunfalismo ingenuo a las que es tan proclive la izquierda[7]. Y en este punto de la historia, el ecologismo debe compensar su creciente inclinación hacia lo nefasto con un poco de optimismo, no solo de la voluntad, sino también de la inteligencia. ¿Qué opciones tenemos nosotros para hacerlo mejor que la generación

que se enfrentó, a principios de los años setenta, al informe *Los límites del crecimiento*, a la primera crisis del petróleo, a las certezas iniciales del calentamiento global? ¿Qué hay de nuevo en nuestro tiempo que anticipe una resolución diferente de nuestras tensiones ecosociales?

Contamos con una percepción de la emergencia ecológica realmente masiva. En un futuro se estudiará el lustro 2015-2020 como el momento en que la conciencia climática global explotó. El discurso sobre el peligro de un inminente caos climático provocado por la quema de combustibles fósiles ha dado un salto de escala. Las luchas climáticas no empezaron en 2015. Pero a partir de esa fecha, y sobre todo en el 2019, los motivos que antes lograban sacar a la calle a algunos miles de personas empezaron a movilizar a millones, en una curva de ascenso como se recuerdan pocas en la historia de los movimientos sociales. Y que nunca sabremos a dónde podría haber llegado si la pandemia no hubiera cortado su espectacular trayectoria exponencial. Lo que antes era una preocupación de minorías activistas y científicos pasó a ser un tema cada vez más central en el debate público. Autoridades políticas y religiosas de enorme influencia lanzaron posicionamientos muy claros, como la encíclica papal *Laudato Si*. Surgieron nuevos liderazgos globales como Greta Thunberg o Alexandria Ocasio-Cortez, con una enorme capacidad de interpelación generacional. También toda una nueva hornada de movimientos sociales, con un perfil de edad muy joven y enorme capacidad de incidir en los imaginarios colectivos. Sobre esta ola de cambio, que dista de haber terminado, los partidos ecologistas en Europa han alcanzado sus mejores resultados históricos. Pero se puede palpar en el ambiente que el techo de su poder todavía está lejos.

Otra diferencia es que la emergencia climática y la transición ecológica por fin se han colocado en el centro de las preocupaciones estratégicas y la planificación política de algunas de las regiones más influyentes del mundo. En 2015, el Acuerdo de París supuso un cambio de dirección sustancial en la diplomacia climática tras dos décadas perdidas. Aunque París tiene muy mala fama entre el

ecologismo organizado, y por razones justificadas (su tibieza, el carácter no vinculante de sus compromisos) no es del todo exacto considerar que París esté siendo un completo fracaso. Después del Acuerdo de París y las políticas que está impulsando, los modelos climáticos han pasado de augurar una subida de temperatura a finales de siglo XXI de entre 4,5 y 5º, que casi aseguraban la extinción humana, a una subida de temperatura de 3º. Seis años después, tras los compromisos presentados en la Cumbre de Glasgow, las modelizaciones tanto de la Agencia Internacional de la Energía como de *Climate Action Traker* han determinado que si esos compromisos realmente se llevan a cabo nos quedaremos en un aumento de temperatura de 1,8º. Sigue siendo insuficiente. Queda todo por hacer. Especialmente porque estos acuerdos son promesas no vinculantes que se deben materializar en hechos. Y es legítimo desconfiar visto el camino que nos ha traído hasta aquí. Pero el Acuerdo de París ha impulsado un cambio de rumbo bajo cuya determinación los emisores de CO_2 más importantes están adquiriendo compromisos legislativos que son históricos. Y que tienen ya el respaldo económico de las cosas que se toman en serio. En Europa, en China, en Estados Unidos, la preocupación por el clima ya no solo son palabras vacías. Son palabras acompañadas de millones de dólares de inversión pública en unas cantidades de magnitud muy seria. Lo que toca ahora es tomar el Acuerdo de París como una trinchera de mínimos desde la que las sociedades civiles del mundo deben presionar a sus gobiernos para cumplir sus compromisos e ir mucho más lejos.

Las victorias políticas del negacionismo climático en países fundamentales para el futuro del planeta, como Estados Unidos y Brasil, ensombrecieron el despegue de esa nueva era que debía inaugurar París. Trump y Bolsonaro nos recordaron que ni siquiera el capitalismo verde es un proyecto asegurado. Pero aunque la transición ecológica seguirá siendo muchos años un proyecto frágil, que puede estar a una sola elección perdida de fracasar, las recientes derrotas de Trump y Bolsonaro nos demuestran que el enemigo no es imbatible.

Al contrario. El auge global de la extrema derecha es sintomático de un escenario que las clases populares podemos aprovechar. La historia nos enseña que los intereses del 99 % tienen posibilidades de imponerse cuando los consensos del 1 % se rompen. Entonces las cartas se reparten y la partida por definir las prioridades y los objetivos de una sociedad vuelve a estar abierta. Hoy las élites económicas mundiales están especialmente divididas, también a escala interna de cada país. Y no solo se enfrentan en esta guerra los intereses del capitalismo fósil con los intereses de los nuevos negocios verdes. Especialmente a partir de la pandemia, una parte significativa de la oligarquía ha comprendido que solo una mejor distribución de la riqueza puede asegurar la estabilidad social suficiente para afrontar los retos del Antropoceno. Pocas cosas apuntan mejor al cambio en el signo de los tiempos que ver a multimillonarios reclamando pagar más impuestos. En los editoriales del *Financial Times* o en los discursos del Foro de Davos se leen y se escuchan mensajes que hace cinco años nos hubieran hecho sospechar que sus emisores estaban secuestrados por alguna guerrilla neokeynesiana.

Esta división de élites está encarnándose en una disputa definitoria: la querella por organizar el nuevo régimen económico que debe suceder a un neoliberalismo intelectualmente muerto y políticamente noqueado. En ella, de momento, los signos esperanzadores no son anecdóticos. El ecologismo de los años setenta se desarrolló en el contexto de la crisis del modelo de posguerra. En el que la ofensiva neoliberal supo hacerse hegemónica entre otras cosas porque parecía dar una respuesta innovadora a toda una serie de disfunciones sistémicas complejas, como la combinación de alta inflación y estancamiento económico producto de la crisis petrolera de 1973. Su victoria política obligó al ecologismo a funcionar en un contexto histórico marcado por dogmas y presupuestos económicos y políticos que impedían, de base, el incremento de la racionalidad ecológica de nuestro modelo productivo. Nuestra situación es exactamente la inversa. Esos dogmas son ya fósiles vivientes. Y lo que se impone por

todas partes es un retorno de categorías como planificación, regulación, intervención, inversión pública y política industrial. Este retorno del péndulo hacia el protagonismo del Estado en clave de interés general frente al Estado entregado al interés corporativo (porque el Estado, como defiende Quinn Slobodian, nunca se llegó a ir del baile, solo cambió de pareja) no tiene que derivar, de por sí, en un modelo social más justo. Dependerá de la correlación de fuerzas dentro del propio Estado entre el mundo de las grandes empresas y la ciudadanía. Pero aunque no está asegurado, domesticar el mercado y reducir expectativas de beneficio con efectos climáticos y ecológicos netamente positivos es hoy más fácil que hace diez años.

Esta batalla ideológica sobre el cadáver del neoliberalismo dista mucho, además, de ser una pelea académica o especulativa. Desde 2020, en uno de los corazones del proyecto neoliberal global como la Unión Europea, estamos asistiendo a un desplazamiento impresionante de las placas tectónicas de su economía política tradicional. Hace cinco años hubiera sido impensable que la mutualización de la deuda o la intervención de los mercados energéticos, por pensar en términos macro, hasta la casi gratuidad del transporte público por pensar en términos micro, hubieran podido suceder sin el empuje de luchas sociales grandiosas que estábamos a años luz de poder provocar[8]. Quizá lo que esta lección nos enseña es que las fuertes movilizaciones populares de la década de los diez, aunque no cristalizaron en grandes organizaciones de masas en un sentido clásico, fueron suficientes como para convertir la desigualdad y la precariedad en problema de Estado. Y por tanto para que estas mejoras objetivas de la vida de los de abajo las podamos sentir también como un producto de nuestro esfuerzo.

Otro factor que juega a nuestro favor, frente al ecologismo de los años setenta, es la madurez de ciertas tecnologías. Como he señalado, en la última década las energías renovables han conocido uno de los procesos de reducción de costes más espectaculares de la historia económica. Van unos datos: un 40 % de reducción de costes para la

eólica y un 82 % para la fotovoltaica. Al menos en el campo de la producción de electricidad, hoy en el 80 % de los países del mundo resulta más rentable, en términos de la propia contabilidad capitalista, producir kilovatios con energías renovables que con fósiles[9]. Lo que ha facilitado que la inversión privada, y la fuerza huracanada que en una sociedad capitalista posee el mercado, empiecen a alinearse al menos con una de las tareas que tenemos por delante: la descarbonización. Nada de esto está exento de todas las violencias y las externalidades que los procesos de acumulación traen consigo, que deben ser resistidas. Pero este ejemplo es una prueba alentadora de que aunque la tecnología no puede resolver la crisis ecológica en su conjunto, sí puede ofrecer soluciones que nos ayuden a hacerlo. Algo que notaríamos de manera milagrosa si logramos imponer un fuerte caudal de inversión hacia una ciencia pública, abierta y orientada al interés común, tanto en desarrollos de alta tecnología como de tecnologías simples, pues necesitamos de ambas: desde plantas de reciclaje de minerales críticos y nuevos materiales con propiedades fotovoltaicas hasta agroecología regenerativa y bioconstrucción.

Nuestro bagaje de referentes inspiradores, al menos en las escalas micro y meso, también es mucho más rico que el del primer ecologismo. El *Atlas de Justicia Ambiental* dirigido por Joan Martínez Alier ha cartografiado casi cuatro mil conflictos socioambientales alrededor del mundo. Muchos de ellos han acabado en victorias. La construcción de refinerías y de minas a cielo abierto se puede paralizar. Las empresas contaminantes pueden sufrir sentencias judiciales que las condenen a indemnizar a sus víctimas y reparar los daños ambientales causados. Las privatizaciones de bienes comunes básicos, como el agua, se pueden revertir. Cuando la ecoansiedad nos torture, recordemos Valdecaballeros y su reactor nuclear que nunca llegó a funcionar. Recordemos la guerra del agua en Cochabamba, que evitó la privatización de este recurso básico en la ciudad boliviana e inició el ciclo político que llevó de Evo Morales al poder seis años después. Recordemos el triunfo judicial de Dewayne Johnson contra Monsanto,

obligada a pagar una indemnización millonaria por el efecto cancerígeno de su glifosato *Roundup*. Los últimos años nos han dado ejemplos tan impactantes como la paralización judicial de una obra tan estratégica, y con tantos intereses detrás, como la ampliación del aeropuerto de Heathrow, en Londres, por contravenir el Acuerdo de París.

Y aunque solemos mirar a los grandes referentes históricos del movimiento obrero con envidia, sea la CNT española o el SPD alemán, con el estilo cultural que impone una era antropológicamente diferente, no es verdad que estemos desarmados por completo en el terreno de la sociedad civil organizada. Al menos en lo que se refiere a espacios que permiten experimentar otros valores, otras costumbres, otras vidas. La red de laboratorios y *think tanks* populares que están ensayando las políticas públicas ecologistas del futuro se extiende por todas partes. Grupos de consumo agroecológico, comunidades ciudadanas de energía, cooperativas de vivienda, restaurantes ecológicos, ateneos, centros sociales, redes P2P, medios de contrainformación, clubs deportivos, círculos feministas, circuitos musicales autogestionados… Las iniciativas viables y competentes que ensayan formas de eso que André Gorz llamó el éxodo del capitalismo, con una base ecologista fuerte, son cada vez más contagiosas[10]. Aunque su peso es minoritario y su importancia sigue siendo mucho más cualitativa que cuantitativa, también en este último aspecto hay experiencias interesantes. En Alemania, la mitad de la potencia en energía renovable instalada está en manos de la ciudadanía en forma de comunidades energéticas.

En esta tarea de innovación cultural *underground* los movimientos sociales están dando ya pasos importantes para desbordar sus pequeños nichos y convertirse en tendencias *mainstream*. Lo que hace solo diez años era propio de minorías concienciadas empieza a ser ya hábito y moda de mayorías. Sabemos que la transición ecológica justa será inviable sin un cambio en el modelo de felicidad que nos conduzca hacia patrones de consumo más modestos en lo material.

Especialmente en ámbitos como la alimentación y el transporte. Este desplazamiento cultural ya está teniendo lugar bajo nuestros pies sin saber darle toda la importancia política que se merece. En España, entre 2019 y 2021 las opciones *veggie* crecieron un 60 %: hoy casi seis millones de personas se consideran vegetarianos, veganos o flexitarianos. Las cifras son igualmente espectaculares en el resto del mundo. Aunque los estudios de mercado nos indican que este es un cambio todavía muy segmentado socialmente, según la consultora Lantern, estamos asistiendo en directo a una de las mayores transformaciones en el patrón alimentario global de la historia. Si miramos esta revolución desde el lado del transporte, solo en el primer trimestre de 2022 el uso de la bicicleta en España se ha incrementado un 40 %. Un crecimiento impresionante teniendo en cuenta que en España las políticas de fomento activo de la movilidad ciclista, con infraestructuras seguras y funcionales, está muy lejos de las que se han implementado en otros países del entorno.

La creciente exuberancia de la gastronomía vegetariana y la presencia imparable de bicicletas o patinetes en nuestras calles son dos símbolos potentes de que una de las tareas que el ecologismo se impuso, aunque esté llegando tarde, avanza mejor que nunca: un modelo cultural lujosamente pobre. Donde el placer de vivir se desacople de los altos impactos materiales energéticos de la sociedad de consumo. De hecho, hoy tenemos más claro que en ningún otro momento de la historia los rasgos seductores de una sociedad que logre firmar la paz con los límites planetarios. Es más que probable que la descarbonización no permita universalizar, ni de lejos, el modelo de vida consumista que floreció en los treinta gloriosos. Pero no es cierto que la transición ecológica no pueda desarrollar un nuevo estándar de prosperidad material altamente satisfactorio, que sea entendido como una ganancia generacional neta respecto a nuestros padres y madres. Viviremos mejor que ellos no porque tengamos acceso a un chalet en una urbanización, a un coche, a un menú de carne todos los días o a vuelos chárter, que fue lo que distinguió su

vida de la de sus abuelos. Lo haremos porque trabajaremos menos horas, nuestras aficiones y pasiones florecerán, comeremos más sano, nuestra realidad sexoafectiva será más lúdica y agradable, nuestra salud mental estará más equilibrada y dispondremos de acceso universal y gratuito al conjunto de la información del acervo cultural humano. Todo ello reduciendo nuestro impacto ecológico y nuestro consumo energético a aquel que las renovables puedan darnos.

Finalmente, una de las diferencias principales que juega a nuestro favor respecto al ecologismo de los años setenta es la sabiduría política acumulada. Medio siglo de luchas ecologistas no ha sido en balde. Tampoco ha sido en balde la marea popular que recorrió el mundo en la segunda década del siglo XXI. Que previamente había transformado América Latina en los años dosmil. Sobre estas experiencias no tenemos conclusiones de consenso. Evaluarlas nos obligará a enredarnos en discusiones ásperas y densas. Pero los hechos nos demuestran que hay perspectivas que le han cogido bien el punto a qué puede ser el cambio social en el siglo XXI.

Yayo Herrero afirma que «las lecciones que damos desde todas las partes no están avaladas por una práctica exitosa o ganadora en términos de máximos»[11]. Su comentario es pertinente porque nunca se trata de dar lecciones. Pero usar como patrón de medida «una práctica ganadora en términos de máximos» implica renunciar a los aprendizajes de la experiencia política acumulada. Que nunca son de máximos porque nunca se gana del todo sino que son parciales. Pero aun siendo parciales, resultan tremendamente iluminadores. En 2023, en terrenos como la articulación de mayorías, la comunicación política, la importancia de los *mass media* o de los aparatos administrativos del Estado, hemos avanzado sustancialmente. Podemos y debemos exigirnos cierta competencia respaldada por los hechos. Actuar políticamente en 2023 como si no hubiera existido la década ganada latinoamericana, como si el primer Podemos no hubiera irrumpido con cinco millones de votos que se volatilizaron en su deriva posterior, como si el corto verano del municipalismo no nos

hubiera arrojado enseñanzas, como si en Chile, con dos estrategias muy distintas, no se hubiera ganado unas elecciones presidenciales y se hubiera perdido, seis meses después, un proceso constituyente… puentear todo esto es renunciar al aprendizaje reflexivo sobre los asuntos más serios. La política no es una ciencia, es una «praxiología», como señala siempre César Rendueles[12]. Como la cocina o la interpretación musical. Pero eso no significa que no haya aquí conocimiento que nos permita separar el acierto del error. Cocinar una receta deliciosa o una incomible.

Esta acumulación de conocimiento nos permite saber que, en ciertos contextos, si se aplican las tácticas y las estrategias adecuadas, los cambios sociales pueden ser bastante rápidos. Lo que genera rechazo puede transformarse en aprobación y hasta en complicidad si los activistas consiguen apuntalar otra manera de entender lo importante, lo urgente y lo valioso. En el 15M, una pancarta feminista en la Puerta del Sol generó un fuerte descontento popular. Siete años más tarde, mucha de la gente que protestaba por esa pancarta estaba celebrando la manifestación del 8M como un hito histórico, y cuatro años después España sacaba adelante un nuevo paquete legislativo que nos coloca en la cabecera del feminismo mundial. Lo que ha pasado con la igualdad de género puede pasar con el clima. Las sociedades evolucionan y los sentidos comunes evolucionan con ellas.

En resumen, quisiera defender aquí una tesis que está en las antípodas del estado de ánimo que el colapsismo inocula en el movimiento ecologista: seguramente hemos empezado a ganar pero no nos hemos dado cuenta. En parte porque siempre es difícil tomar distancia respecto a los acontecimientos del presente y valorarlos en su justa medida. En parte porque un sector mayoritario del ecologismo, y de los movimientos transformadores de la izquierda en general, concibe el cambio social de un modo que no se ajusta a la realidad.

Antes de que cualquier transformación sea posible en la escala de las estructuras, se debe liderar cultural, moral e intelectualmente. Después, las fuerzas transformadoras deben ser capaces de disputar el

poder político desnudo, ser competentes en la lucha por el Estado y mantenerse en él durante periodos de tiempo largos. Y, finalmente, desde el poder político y las herramientas que este otorga, en un plazo medio volver a la disputa cultural, pero esta vez no con las palabras sino con las políticas públicas que producen inconscientemente una visión del mundo: desde el urbanismo a la educación pasando por el mercado laboral o las normativas comerciales. El proceso es necesariamente largo. Y aunque puede conocer momentos de aceleración y momentos de dilación, no admite atajos. De modo muy simplificado, este es el esquema que las fuerzas políticas transformadoras más exitosas de los últimos años han extraído de la lectura de Gramsci. Un esquema al que una parte importante del ecologismo y de la izquierda sigue ajeno. Apoyándonos en él, es posible darse cuenta de que el ecologismo ha logrado en los últimos cinco años un salto cualitativo esencial que no había logrado en los últimos cincuenta. Ahora sí que se puede afirmar, sin exagerar demasiado, que el ecologismo es un polo de liderazgo cultural, moral e intelectual capaz de impulsar un proyecto de país y de sociedad creíble y deseable. La situación está madura, por fin, para entrar a disputar, con efectos reales, el núcleo del poder político.

Finalmente, quisiera explicar mejor algo que ya sugerí antes. No nos damos cuenta de nuestras primeras victorias iniciales porque no concuerdan con los marcos mitológicos sobre la acción histórica en los que nos hemos educado. El molde de nuestros imaginarios de cambio es el del siglo XX y la política de masas. Esto es, el de los grandes y fuertes movimientos sociales, que crean su propia institucionalidad, que son demográficamente muy numerosos, que son constantes, que se parecen a un ejército o a una religión en el modo en que conforman la totalidad cohesionada de un proyecto de vida militante. Y que irrumpen en la política mediante momentos conflictivos de alta intensidad donde hay un pulso directo por el poder. Es probable que el experimento antropológico neoliberal haya licuado, de modo bastante irreversible, las condiciones sociológicas que hacían la vieja política de

masas posible. Esto no significa que las grandes movilizaciones no vayan a tener un papel. Significa que es complicado que estas cristalicen en estructuras duras con estabilidad en el tiempo y grandes bases de militancia. Que el compromiso activista va a ser más inconsistente y parcial. Que el conflicto no va a ser un choque directo de fuerzas sociales sino más bien una disputa enfocada a la construcción de relatos mediáticos con efectos en los imaginarios colectivos. Que el control de los resortes de poder real se volverá crucial ante la debilidad estructural de las fuerzas del contrapoder. Si asumimos que este es nuestro terreno antropológico, entonces todo lo que ha pasado en la última década, incluyendo la ola climática nacida en 2019, se ve bajo una luz mucho más cálida. Y el cortísimo siglo XXI, aunque seguirá siendo estrecho y peligroso, se torna también un poco menos angosto.

CONCLUSIONES: CÓMO ROMPER EL CÍRCULO VICIOSO DE LA IMPOTENCIA

El ecologismo está hoy dividido por numerosos debates, corrientes y propuestas. Existe un mínimo común compartido en el diagnóstico y un amplio abanico de opciones respecto a qué se debe priorizar y cómo podemos conseguirlo. Aunque inevitablemente este libro ha estado marcado por mis posiciones respecto a estos debates, que son fácilmente accesibles para cualquier lector que rastree un poco en la trayectoria del autor, aspiro a que su conclusión los trascienda: al margen de que se defienda un decrecimiento radical o un *Green New Deal* reformista y posibilista; al margen de que se adscriba a la tradición ecosocialista o albergue sospechas de que el socialismo es un proyecto igual de insostenible que el capitalismo; al margen de la confianza o el recelo que despierten las vías institucionales o las vías de la iniciativa comunitaria; al margen de las disputas sobre el grado de peligro de ciertas tecnologías, a lo que este libro aspira es a fundamentar una línea roja: el ecologismo no puede nunca desligarse de la gran corriente de la emancipación social. Ese río caudaloso e

inmenso que lleva más de dos siglos empujando a la humanidad a buscar los resquicios por los que *transformar el mundo y cambiar la vida*, como decían los surrealistas uniendo a Marx y a Rimbaud. Y avanzar así hacia biografías más plenas en sociedades mejores. El ecologismo no puede perder esa inmensa carga de significación histórica, pero también esa declaración de intenciones, que le otorga un apellido como «transformador».

A partir de este axioma cero, de esta regla de oro, se puede y se debe admitir, porque así lo demuestra la historia de los movimientos político-sociales que han sido eficaces, que el ecologismo debe ser estratégicamente ecléctico, plural, sincrético, esto es, muy sociodiverso. En tanto que nos enfrentamos a circunstancias sustancialmente nuevas, cualquier idea, cualquier propuesta debe asumir un notable grado de experimentación, tanteo y tolerancia al error, propio y ajeno. Que los activistas militen y trabajen donde se sientan más cómodos y donde la vida les haya colocado. En este punto del cortísimo siglo XXI, y aunque no todo valga, y contemos ya con experiencia suficiente para que unas apuestas sean bastante más serias que otras, es bueno partir del hecho de que, en términos de voluntad transformadora, mucho es lo que suma y poco lo que resta.

Entre lo poco que resta está la tentación colapsista. El colapsismo es una ideología que, de manera involuntaria pero no por ello menos grave, retroalimenta el clima de despolitización del que surge. Ya solo esto justificaría que el ecologismo buscara otras vías. Pero hacer esto desde diagnósticos pobres, orientados por marcos teóricos muy confusos, es lo que confiere al debate del colapso su verdadero sentido. Lo agotador no es solo situarse voluntariamente en una posición de derrota, dificultando al ecologismo comparecer políticamente justo cuando está más llamado a ello. Es hacerlo en función de premisas cuanto menos controvertidas.

Si el colapsismo deja de ser un discurso minoritario y se convierte en el epicentro imaginario del ecologismo, sus efectos nocivos superarán con mucho sus efectos beneficiosos. Es cierto que un

colapsismo suave permite intensificar la sensación de urgencia. También presta atención, aunque lo hace con una mirada muy sesgada, a aspectos poco problematizados de la crisis ecológica. Pero todo esto lo hace a costa de provocar una atrofia fatal tanto en los órganos sensoriales de una política ecologista transformadora como en su capacidad real de intervención. El colapsismo instala al ecologismo en una ciencia mala y una política peor mientras ayuda a que se le escapen asuntos en juego de importancia crucial.

Una forma bastante directa de contribuir a situaciones terroríficas en las próximas décadas sería una dejación de funciones históricas por la cual el ecologismo, bajo la ilusión mitológica de un colapso que reseteará el viejo mundo, renuncie a la acción política transformadora. Que no solo, pero en una parte importantísima, y casi siempre infravalorada, exige la construcción de un proyecto político hegemónico de mayorías. Un proyecto político que sirviendo de paraguas protector para mucha autoorganización social, sea también capaz de mirar a los ojos y ganar el control del Estado a las distintas formas con las que los negacionistas de la igualdad humana, mucho más peligrosos que los negacionistas climáticos, quieren moldear el choque con los límites planetarios. Unos negacionistas de la igualdad humana que tienen a su favor cuatro décadas de moldeamiento antropológico neoliberal. Y cuyas opciones de triunfar políticamente, e imponer su sello a las décadas climáticamente decisivas de la historia de la especie, son altamente más probables que el derrumbe general de la civilización. Como afirma Peter Frase en su libro *Cuatro Futuros*, «la verdadera pregunta no es si la civilización humana puede sobrevivir a las crisis ecológicas, sino si todos podemos sobrevivir juntos de una manera razonablemente igualitaria»[13]. Cuando se asume que este es exactamente el combate al que hemos sido arrojados, que esta es la arena de la disputa que definirá nuestro tiempo, el colapsismo se descubre como una deriva política preocupante en la que, siendo generosos, lo bienintencionado no quita lo negligente. No nadamos a favor de la corriente, nos recuerda en ocasiones Santi Alba

Rico. La crisis socioecológica tampoco nos pone a favor de la corriente.

Existe una creciente intuición dentro del ecologismo de que convertir el colapso en el motor de la imaginación política ecologista es un camino ideológico descarriado. Que puede alimentar un error generacional tan grave como irreversible. No nos lo podemos permitir. Aunque el error no es sancionable, hay errores que debemos evitar porque de ellos de nada sirve aprender. Los años clave para evitar los peores escenarios de la crisis climática son estos. El momento en el que se están derrumbando a un ritmo acelerado los viejos dogmas económicos neoliberales, que tanto han ayudado a situarnos en un callejón ambiental sin salida, es este. Las primeras victorias, sin duda insuficientes pero no irrelevantes, de una agenda climática viable están teniendo lugar en estos momentos. Y en estos momentos nos amenazan enemigos muy fuertes que pueden sabotear el proceso, que están llamados a prosperar en el clima de opinión al que el colapsismo contribuye y cuya derrota política dista mucho de estar asegurada. En esta tesitura, necesitamos un ecologismo transformador capaz de reclamar un protagonismo político que el colapsismo coarta. El colapsismo es una forma de rendición a la que no tenemos derecho. No tenemos derecho a asumir esta década decisiva de batalla política ecologista desde una posición de desventaja tan manifiesta. Menos derecho tenemos a hacerlo si además llegamos a la conclusión de que el análisis realista de nuestras posibilidades es un poco menos deprimente de lo que el colapsismo ha contribuido a instalar.

Es importante insistir en que lo ontológico y lo epistémico tienen aquí prioridad sobre lo ético y lo político. No se debe rechazar el colapsismo solo porque sea una verdad políticamente inútil. La hipótesis fuerte de este libro es la contraria: el colapsismo es inútil porque es una interpretación del porvenir científica y socialmente errónea. Cuando de las tendencias ecológicamente catastróficas en curso (calentamiento global, declive energético o destrucción de biodiversidad) el colapsismo extrapola un acontecimiento político tan

preciso y a la vez tan difuso como el colapso de la sociedad industrial, se está obviando sistemáticamente demasiado. Se está olvidando lo esencial. Y lo esencial es el modo en que las muy diversas formas sociológicas y culturales de percibir, recibir y reproducir cualquier turbulencia ecológica introducen un enorme grado de variabilidad en los impactos y las consecuencias de las mismas. Algo que a su vez influirá en el desarrollo evolutivo de las propias tendencias ecocidas en una coevolución esencialmente abierta.

Cuando abandonamos la mirada macroscópica propia del colapsismo, esa mirada que toma el concepto de sistema y abusa de él mediante una metafísica holística, con lo que nos encontramos es con un crecimiento exponencial de esta complejidad de variables que hace que muchas cosas diferentes puedan suceder. Eso que el ecologismo llama de modo integral (y un poco grosero) sociedad industrial es, en realidad, un ensamblaje enmarañado y no tan integrado como se presupone, ni entre sí ni tampoco con la biosfera. Donde lo parcialmente interconectado convive con lo parcialmente fragmentario. Lo continuo con lo discontinuo. El conflicto con el acuerdo. Todo atravesado por una miríada de actores, a distintas escalas, con diferentes grados de poder e influencia, que pueden competir y colaborar para dar lugar a realidades sociales muy disímiles.

El estado de la cuestión científica sobre la crisis ecológica ha dejado algunas cosas claras. Por ejemplo, nos permite inferir que, salvo un milagro tecnológico que no está a la vista, en el siglo XXI conoceremos un ajuste muy convulso a los diferentes límites planetarios. Lo que casi seguro que no pasará es el incremento exponencial del uso de energía y materias primas al que nos hemos acostumbrado durante los últimos dos siglos, especialmente durante ese momento excepcional que fue la Gran Aceleración. Pero poco más podemos predecir con rigor. Y lo que queramos decir en un plano político funciona con otras reglas. En ellas lo performativo, esa voz que ayuda a crear una realidad cuando la nombra, es mucho más

importante que la simple adecuación a una supuesta objetividad impuesta desde el exterior. La política es mucho menos ejercicio de resolución de un problema de ingeniería que un juego de autodeterminación.

Se tome como referencia las conclusiones del nuevo libro de Johan Rockström y Jorgen Randers para el Club de Roma[14], o se tomen las del Sexto Informe del IPCC, la tesitura es la misma. Las soluciones técnicas están a mano. Las barreras son sociopolíticas. Y lo que debería obsesionar al ecologismo hasta quitarle el sueño es qué tipo de acciones y qué enfoques políticos nos permiten protagonizar el salto histórico que sin duda podemos dar. No angustiarnos anticipadamente constatando que el salto es demasiado grande como para poder darlo con éxito.

Carlos Fernández Liria siempre insiste en una idea esencial: el antiguo régimen no estaba «preñado» de capitalismo. Más bien cuando el mundo feudal fue disolviéndose, algunos elementos sociales quedaron sueltos, flotantes. Su encuentro casual fue recombinado políticamente por los planes de unos intereses sociales muy concretos que *supieron ganar*. Lo mismo sucederá con los elementos sociales que van quedando descolgados en el Antropoceno. Nada preconiza que el cambio sistémico en marcha tenga un sucesor asegurado: ni la singularidad tecnológica con la que sueña Silicon Valley, ni el colapso ecológico como preludio de nuestra extinción, ni la solución autoritaria cuyas primeras manifestaciones electorales han ganado tanta fuerza electoral en los últimos tiempos.

Lo que sea que se vaya dando en eso que el colapsismo llama tan indefinidamente «colapso» lo iremos construyendo en disputas políticas abiertas, con un alto componente coyuntural y ocasional, que si bien no lo podrán todo sí nos ofrecerán opciones para *crear* condiciones de intervención. Porque como afirma siempre con lucidez Íñigo Errejón, la buena política se parece al juego que desempeñan jugadores de fútbol creativos, como Laudrup o Xavi, que con sus pases inventaban ocasiones donde parecía que no había nada. En

política no se trata tanto de ocupar espacios que ya están dados como de crearlos. Algo que estará a nuestro alcance si sabemos enfrentarnos a lo que viene desde la perspectiva adecuada. Que en ningún caso pasa por rebajarnos a un objetivo tan pobre como colapsar mejor o peor. El ecologismo sencillamente se desmerecería si no aspirase a mantener, y mucho más importante aún a ampliar, el grueso de las conquistas emancipadoras de la modernidad. Esto no es físicamente imposible, como argumentan los colapsistas. Se trata de protagonizar cambios sociales que si bien son profundos, no son muy distintos a los que pudieron hacer antes mujeres y hombres que fueron como nosotros. Y no lo tuvieron más fácil.

Para ello necesitamos formular un horizonte de transición ecológica ilusionante y esperanzador, capaz de interpelar a grandes mayorías con una promesa de una vida mejor, en una pluralidad de formas de compromiso muy diferentes. Necesitamos establecer una relación con la tecnología que no caiga ni en la tecnolatría ni en la tecnofobia, sabiendo que los cambios fundamentales que debemos promover son de índole socioeconómica, política y cultural, pero sin renegar del papel positivo que la innovación tecnológica ya está teniendo. Necesitamos también inventar un acercamiento a la economía política en el que la impugnación de las falacias sociales o ecológicas del modelo imperante no conduzca a una ceguera recurrente para pensar la dimensión específicamente económica de nuestra situación histórica. Necesitamos trazar puentes con el mundo de la empresa, que no va a desaparecer con una mágica socialización de los medios de producción y cuyo papel no puede infravalorarse. Necesitamos aunar la acción local y territorial de los movimientos sociales, que es insustituible, con el trabajo institucional exitoso que requiere el cambio político en las sociedades modernas. Lo que pasa por demostrar competencia electoral. Y de un modo casi más importante, habilidades para conquistar posiciones de poder en el entramado del Estado al mismo tiempo que destreza para diseñar e implementar políticas públicas solventes.

Finalmente, el ecologismo debe incorporar a su mapa del mundo y a sus planes de acción un concepto de transición históricamente sólido, que haya aprendido las muchas y caras lecciones de movimientos hermanos que lo han precedido y de los que pueden nutrirse, como el socialismo y el movimiento obrero, el feminismo o las luchas por la descolonización. El ecologismo debe alejarse de los enfoques totales, de las fantasías maximalistas, de los tremendismos morales y de los espejismos de las transmutaciones alquímicas en los que el mito colapsista fermenta. El cambio social siempre es una suma caótica y compleja de procesos contradictorios y conquistas parciales, sin hitos definitivos, en los que las solidificaciones del viejo mundo conviven durante mucho tiempo con los atisbos inciertos y frágiles de un mundo nuevo, con fuertes cambios de ritmo entre momentos cálidos y fríos, y con numerosas sorpresas para mal y para bien.

Si hay algo que aterra a cualquier persona que sepa lo básico sobre la crisis ecológica son esos puntos de inflexión en el sistema climático que, en el caso de desencadenarse, llevarán a nuestro planeta en unos pocos siglos a una situación de incompatibilidad con la vida humana. Las sociedades también tienen puntos de inflexión. Cuando se activan, las cosas se transforman de modo rápido y relativamente irreversible. Hace diez años nadie hubiera apostado a que el clima sacaría a millones de personas a protestar a las calles de todo el mundo como ocurrió en el 2019. De hecho, un año antes, en 2018, solo fuimos capaces de reunir a dos mil personas por el clima en las calles de Madrid. En diciembre de 2019, cuando se celebró la COP25 en Madrid, fuimos medio millón. Hace diez años la Unión Europea no hubiera desarrollado una estrategia de transición ecológica como columna vertebral del futuro de Europa. Hace diez años Rajoy se burlaba del cambio climático con no sé qué ocurrencia de un primo físico. Hace siete años, en el debate televisivo de las elecciones generales de España no se dijo ni una sola palabra sobre cambio climático, a pesar de que en esas mismas fechas estaba teniendo lugar la histórica COP21 en París. Los últimos diez años han dado para

bastante. Los próximos diez pueden y deben dar para mucho más. Doce años separaron el clima cultural de Mayo del 68 de la victoria de Reagan y con él del neoliberalismo. Hayek o Friedman eran autores relativamente marginales en 1969, y en menos de diez años se convirtieron en los gurús que remodelaron la economía global. Nada impide que en 2030 no podamos hablar así de Herman Daly o de Vandana Shiva. De José Manuel Naredo, de Yayo Herrero o de la magnífica idea de biomímesis de mi buen amigo colapsista Jorge Riechmann.

Los bucles de retroalimentación positiva no funcionan solo para el sistema climático. También para las sociedades. Hay que romper el círculo vicioso de la impotencia ecologista, del que el colapsismo es su producto más refinado. Hay que convertirlo en círculo virtuoso de un ecologismo enamorado de sus propias posibilidades de transformarlo todo. Entonces los cambios, atravesados por muchos conflictos y fricciones, se sucederán a una velocidad que, aunque nos parezca lenta, después se descubrirá que era de crucero. Podemos hacerlo. Quizá ya lo estamos haciendo. Toca ser pretenciosos en los fines. Toca reconquistar ese tipo particular de ambición megalómana que es aspirar a ser un sujeto colectivo, y que nuestros bisabuelos y abuelas ideológicas tenían en abundancia a pesar de llevar vidas más difíciles. Dentro de ciertos límites, y sin esperar milagros antropológicos, esto es, sin esperar nada que no haya sucedido en el pasado reciente, una década basta para empezar a darle la vuelta al mundo, aunque luego, como siempre, seguirá quedando todo por hacer. Walt Whitman lo escribió con palabras memorables: «nunca hubo más comienzo que ahora, ni más juventud ni vejez que hay ahora, y nunca habrá más perfección que hay ahora, ni más cielo ni infierno que hay ahora»[15]. La década es esta. El momento es ahora. Y ya casi es ahora.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a Héctor, Jaime, Xan y César, cómplices cotidianos. Este libro es el efecto colateral de una conversación colectiva apasionante. También a Jorge, por todo lo que me ha enseñado y por lo que seguirá enseñándome, tanto en las coincidencias como en las discrepancias, pero siempre con cariño y admiración. A los amigos del Instituto de Transición Rompe el Círculo con los que hice ese viaje vital del anarquismo al colapsismo y del colapsismo a como se llame el «ismo» en el que estemos ahora: María, Luismi, Carlos Galisteo, Carlos Mesan, Ana, Chechu, Conchi, Bwr, Ángel, Sole, Silvia, Sonia y sobre todo a José Iniesta, camarada en todas las aventuras desde el principio del mismo principio. Y por supuesto a Xisela, que además de compartir todo lo anterior hizo las primeras correcciones ortotipográficas del libro. Y sigue estremeciéndome día a día en una descarga que parece que nunca termina. *Ainda bem que voçe vive comigo, porque senão como seria esta vida!*

NOTAS

CAPÍTULO I

1 Garcés, Marina, «La condición póstuma o el tiempo del todo se acaba», *NUSO*, *nº 283*, 2019, accesible en nuso.org, <nuso.org/articulo/condicion-postuma-o-el-tiempo-del-todo-se-acaba/>.
2 IPCC, «Summary for Policymakers», en Climate Change 2021: The Physical Science Basis. Contribution of Working Group I to the Sixth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change, Cambridge University Press, 2021.
3 Benjamin, Walter, Das Pasaggen-Weerk, Shurkamp, 1982 [trad. esp.: *El libro de los pasajes*, Akal, 2007, pág. 560].
4 Escrivà, Andreu, *¿Y ahora yo qué hago? Cómo evitar la culpa climática y pasar a la acción*, Capitán Swing, pág. 38.
5 Commoner, Barry, *The Closing Circle: Nature, Man, and Technology*, Random House Inc, 1971 [trad. esp.: *El círculo que se cierra*, Plaza y Janes, 1973].
6 Dobson, Andrew, *Pensamiento verde. Una antología*, Trotta, 1999, pág. 15.
7 Cobb, John, *Is It Too Late?: A Theology of Ecology, Faith and Life Series*, 1971.
8 Bastani, Aaron, *Fully Automated Luxury Communism: A Manifesto*, Verso, 2018.
9 Sacristán, Manuel y Fernández Buey, Francisco, *Barbarie y resistencias. Sobre movimientos sociales críticos y alternativos*. El Viejo Topo, 1983, pág. 136.
10 Riechmann, Jorge, *Autoconstrucción. La transformación cultural que necesitamos*, La Catarata, 2015, pág. 11.
11 Riechmann, Jorge, *Simbioética. Homo sapiens en el entramado de la vida*, Plaza y Valdés, 2022, pág. 168.
12 Scranton, Roy, *Learning to Die in the Anthropocene*, City Lights Books, 2015 [trad. esp.: *Aprender a vivir y morir en el Antropoceno*, Errata Naturae, 2021, pág. 28].
13 Bendell, Jem, *Deep adaptation: a map for navigating climate tragedy*, Institute for Leadership and Sustainability (IFLAS), 2018.
14 McPherson, Guy, «Earth is in the Midst of Abrupt, Irreversible Climate Change», Journal of Earth and Environmental Sciences Research, Volume 2(2): 1-2, 2020.
15 Morton, Timothy, *Dark Ecology: For a Logic of Future Coexistence*, Columbia University Press, 2016 [trad. esp.: *Ecología oscura. Sobre la coexistencia futura*, Paidós, 2019].
16 El texto completo del manifiesto del *Dark Mountain Project* puede encontrarse en <dark-mountain.net/about/manifesto/>.
17 Jackson, Wes y Jensen, Robert, *An Inconvenient Apocalypse: Environmental Collapse, Climate Crisis, and the Fate of Humanity*, Notre Dame University Press, 2022.

18 Wallace-Wells, David, *The Uninhabitable Earth: Life After Warming*, Tim Duggan Books, 2019.

19 Duncan, Richard, «World Energy Production, Population Growth, and the Road to the Olduvai Gorge», *Population and Environment* 22, págs. 503-522, 2001.

20 Schneider-Mayerson, Matthew, Peak Oil: *Apocalyptic Environmentalism and Libertarian Political Culture*, The University of Chicago Press, 2015.

21 Servigne, Pablo y Stevens, Raphaël, *Comment tout peut s'effondrer: petit manuel de collapsologie à l'usage des générations présentes*, Seuil, 2015 [trad. esp.: *Colapsología*, Arpa, 2020].

22 Los materiales del Instituto Momentum están accesibles en <institutmomentum.org/>.

23 Olabe, Antxon, *Necesidad de una política de La Tierra. Emergencia climática en tiempos de confrontación*, Galaxia Gutemberg, pág. 88.

24 Marvel, Kate, «*Shut up, Franzen*», Scientific American, accesible en blogs.scientificamerican.com, <blogs.scientificamerican.com/hot-planet/shut-up-franzen/>.

25 Latour, Bruno, *Cara a cara con el planeta*, Siglo XXI, 2019.

26 Haraway, Donna, *Staying with Trouble. Making Kin in the Chthulucene*, Duke University Press, 2016 [trad. esp.: *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Consoni, 2019].

27 Tanuro, Daniel *¡Demasiado tarde para ser pesimistas! La catástrofe ecológica y los medios para detenerla*, Sylone/Viento Sur, 2020.

28 Tanuro, Daniel, « La inmersión de los colapsólogos en una regresión arcaica», Viento Sur, 19 de marzo de 2019, accesible en vientosur.info, <vientosur.info/la-inmersion-de-los-colapsologos-en-unaregresion-arcaica/>.

29 Seibert, Megan y Rees, William, *Through the Eye of a Needle: An Eco-Heterodox Perspective on the Renewable Energy Transition*, Energies, 2021, 14(15), 4508.

30 Tejero, Héctor y Santiago Muíño, Emilio, *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*, Capitán Swing, 2019.

CAPÍTULO 2

1 Riechmann, Jorge, *Simbioética. Homo sapiens en el entramado de la vida*, Plaza y Valdés, 2022, pág. 168.

2 Schneider-Mayerson, Matthew, op. cit.

3 Latour, Bruno, *Cara a acara con el planeta*, Siglo XXI, 2019, pág. 244.

4 Taibo, Carlos, «Sobre el colapso», en 15/15\15, accesible en 15-15-15.org, <www.15-15-15.org/webzine/2016/11/12/sobre-el-colapso/>.

5 Moruno, Jorge, *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*, Akal, pág.36.

6 Riofrancos, Thea, «*Plan, Mood, Battlefield-Reflections on the Green New Deal*», Viewpoint Magazine, 2019, accesible en viewpointmag.com <viewpointmag.com/2019/05/16/plan-moodbattlefield-reflections-on-the-green-new-deal/>.

7 Bardi, Ugo, *Before the Collapse. A Guide to the Other Side of Growth*, Springer, 2020 [trad. esp.: *Antes del colapso. Una guía para después del crecimiento*, Catarata, 2022].

8 Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis, *En la espiral de la energía*, vol. 2, 2ª ed., Libros en Acción, 2018, pág. 195

9 Latour, Bruno, *Cara a cara con el planeta*, Siglo XXI, 2019, págs. 21-22.

10 Servigne, Pablo y Stevens, Raphaël, op. cit., pág. 135.

11 Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis, *En la espiral de la energía*, vol. 2, 2ª ed., Libros en Acción, 2018, pág. 206.

12 Donella, Meadows et al., *The Limits to Growth*, Universe Books, 1972.

13 Puig Vilar, Ferran, «¿Hasta qué punto es inminente el colapso de la civilización industrial?», autoedición, 2015, pág. 116, accesible en ustednoselocree.com, <ustednoselocree.com/2015/01/25/hasta-que-punto-es-inminente-texto-completo-descargable/>.

14 Norman Draper y Box, George, *Empirical Model-Building and Response Surfaces*, John Wiley & Sons, 1987.

15 Tanuro, Daniel, *¡Demasiado tarde para ser pesimistas! La catástrofe ecológica y los medios para detenerla*, Sylone/Viento Sur, 2020, pág.79.

16 Georgescu-Roegen, Nicholas, *The Entropy Law and the Economic Process*, Harvard University Press [trad. esp.: *La ley de entropía y el proceso económico*, Fundación Argentaria, 1996, pág. 63].

17 Georgescu-Roegen, «Energía y mitos económicos», en *El Trimestre Económico*, vol. 42, No. 168(4), Octubre-Diciembre de 1975, págs. 810-811.

18 Tainter, Joseph, The collapse of complex societies, Cambridge University Press, 1995: 193.

19 Diamond, Jared, *Collapse*, Viking, Penguin Group, 2005 [trad. esp.: *Colapso. Por qué algunas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, 2006].

20 García, Ernest, *Ecología e igualdad. Hacia una relectura de la teoría sociológica en un planeta que se ha quedado pequeño*, Tirant lo Blanch, 2021, pág.579.

21 Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis, *En la espiral de la energía*, vol. 2, 2ª ed., Libros en Acción, 2018, pág. 189.

22 García, Eduardo, «Menos puede ser más (complejidad)», *The Oil Crash*, 29 de octubre de 2017, accesible en crashoil.blogspot.com, <crashoil.blogspot.com/2017/09/menos-puede-ser-mas-complejidad.html>.

23 Cochet, Yves, citado por Servigne, Pablo y Stevens, Raphaël, op. cit., pág. 12.

CAPÍTULO 3

1 Hansen, James, «Game Over for the Climate», the New York Times, 9 de mayo de 2012, accesible en nytimes.com, <www.nytimes.com/2012/05/10/opinion/game-over-for-the-climate.html>.

2 Steffensen, Jørgen Peder et al., «Abrupt Climate Change Happens in Few Years High-Resolution Greenland Ice Core Data Show», Science 321, 680, 2008.

3 Malm, Andreas, *Corona, Climate, Chronic Emergency: War Communism in the Twenty-First Century*, Verso, 2020 [trad. esp.: *El murciélago y el capital*, Errata Naturae, 2020].

4 Wallace, Rob, *Big Farms Make Big Flu. Dispatches on Influenza, Agribusiness and the Nature of Science*, Monthly Review Press, 2016 [trad. esp.: *Grandes granjas, grandes*

gripes. Agroindustria y enfermedades infecciosas, Capitán Swing, 2020].

5 Jevons, William Stanley, *The Coal Question. An Inquiry Concerning the Progress of the Nation and the Probable Exhaustion of Our Coal-Mines*, Macmillan and Co., 1865.

6 Jevons, William Stanley, *The Coal Question. An Inquiry Concerning the Progress of the Nation and the Probable Exhaustion of Our Coal-Mines*, Macmillan and Co., edición online de Patrick Draper, 2009, pág. 14, accesible en inist.org <www.inist.org/library/1865.Jevons.The_Coal_Question.Macmillan.pdf>.

7 Smil, Vaclav, *Energy and Civilization. A History*, MIT Press, 2018 [trad. esp.: *Energía y civilización. Una historia*, Arpa, 2021].

8 Campbell, Collin y Laherrère, Jean, *The end of the cheap oil*, Scientific American March 1998, vol. 278, nº 3, 1998.

9 Bardi, Ugo, op. cit, pág. 148.

10 Bardi, Ugo, op. cit, pág. 147.

11 Marzo, Mariano, «El "fracking" en EE. UU. ha cambiado el equilibrio mundial», El Periódico de Catalunya, 18 de noviembre de 2014, accesible en elperiodico.com, <www.elperiodico.com/es/sociedad/20141118/mariano-marzo-fracking-eeuu-cambiado-equilibrio-mundial-3700020>.

12 Martínez, Rubén y López, Isidro, *La solución verde. Crisis, Green New Deal y relaciones de propiedad capitalistas*, La Hidra Cooperativa.

13 McGlade, C., Ekins, P., «The geographical distribution of fossil fuels unused when limiting global warming to 2 °C», Nature 517, 187–190, 2015.

14 Escrivà, Andreu, *Contra la sostenibilidad*, Arpa, 2023.

15 Jacobson, Mark Z. y Delucchi, Mark A., «Providing all global energy with wind, water, and solar power, Part I: Technologies, energy resources, quantities and areas of infrastructure, and materials», Energy Policy, vol. 39, issue 3, 2011, 1154-1169.

16 De Castro, Carlos et al, «A top-down approach to assess physical and ecological limits of biofuels», Energy 64, 2014, pág. 506.

17 Breyer, Cristian et al., *On the History and Future of 100 % Renewable Energy Systems Research*, IEEE Acces, vol. 10, 2022, pp. 78176-78218.

18 Ibídem, p. 78203.

19 Valero, Alicia et al., *Thanatia. Límites materiales de la transición energética*, Prensas Universidad de Zaragoza, 2021.

20 Lallana, Martín y Evans, Joam, «Reciclaje de metales. La alternativa a la minería», Ecologistas en Acción, accesible en ecologistasenaccion.org <www.ecologistasenaccion.org/wp-content/uploads/2022/02/informe-reciclaje-de-metales-alternativa-mineria.pdf>.

21 Riofrancos, Thea et al., *Achieving Zero Emissions with More Mobility and Less Mining*, The Climate and Community Project (CCP), 2023, accesible en climateandcommunity.org, <https://www.climateandcommunity.org/_files/ugd/d6378b_3b79520a747948618034a2b19b9481a0.pdf>.

22 Lewandowsky, Stephan et al., *The Debunking Handbook*, 2020, accesible en <sks.to/db2020.>.

23 González Reyes, Luis, «Crisis energética, energías renovables y R3E», revista 15/15\15, 4 de febrero de 2023, accesible en 15-15-15.org, <www.15-15-15.org/webzine/2023/02/04/crisis-energetica-y-energias-renovables-r3e/>.

24 Lahsen, M. «Seductive Simulations? Uncertainty Distribution Around ClimateModels», Social Studies of Science 35, nº. 6: 895–922, 2005.

CAPÍTULO 4

1 Fernández Buey, Francisco, *Para la tercera cultura. Ensayos sobre ciencias y humanidades*, El Viejo Topo, 2013.

2 Moore, Francis et al., «Challenges in Integrating the Climate and Social Sciences for Studies of Climate Change Impacts and Adaptation», en Barnes, Jessica y Dove, Michael, *Climate Cultures. Anthropological Perspectives on Climate Change*, Yale University Press, 2015.

3 Ibídem, pág 177.

4 Tsing, Anna L., *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins*, Princeton University Press, 2015 [trad. esp.: *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de la vida en las ruinas capitalistas*, Capitán Swing, 2021].

5 Casal Lodeiro, Manuel, «La izquierda ante el colapso de la sociedad industrial», La Oveja Roja, 2016, págs. 56-57.

6 Cochet, Yves, «Del fin de un mundo al renacimiento en 2050», revista 15/15\15, 20 de septiembre de 2017, accesible en 15-15-15.org <www.15-15-15.org/webzine/2017/09/20/del-fin-de-un-mundo-al-renacimiento-en-2050/>.

7 Ecologistas en Acción, *Caminar sobre el abismo de los límites. Políticas ante la crisis ecológica, social y económica*, 2019, accesible en ecologistasenaccion.org, <www.ecologistasenaccion.org/35291/informe-caminar-abismo-los-limites/>.

8 Servigne, Pablo y Stevens, Raphaël, op. cit., pág. 119.

9 Commoner, Barry, op. cit., pág 33-36.

10 Smuts, Jean C., *Holism and Evolution*, Macmillan, 1926.

11 Capra, Fritjof, *The Turning Point*, Fontana Flamingo Series, 1983.

12 Bardi, Ugo, op. cit., pág. 74.

13 Fernández Liria, Carlos, *El materialismo*, Síntesis, 1999.

14 Sacristán de Lama, José David, *La próxima Edad Media*, Bellaterra, 2008.

15 Bardi, Ugo, op. cit., pág. 172.

16 Ibídem: 51.

17 Tweet disponible en <twitter.com/limites1972/status/1496732208681398281>.

18 Barnes, Jessica y Dove, Michael, *Climate Cultures. Anthropological Perspectives on Climate Change*, Yale University Press, 2015.

19 Riechmann, Jorge y Mediavilla, Margarita, «Abanicos de papel contra el cambio climático», ElDiario.es, 19 de junio de 2017, accesible en eldiario.es, <www.eldiario.es/ultima-llamada/abanicos-papel-cambio-climatico_132_3327953.html>.

20 García, Ernest, op. cit.

21 Kurz, Robert, «La sustancia del capital», Enclave, 2021, págs. 184-185.

22 Sahlins, Marshall, *Culture and Practical Reason*, The University of Chicago Press, 1976 [trad. esp.: *Cultura y razón práctica*, Gedisa, 2017].
23 Rendueles, César, *En bruto. Una defensa del materialismo histórico*, Catarata, 2016, pág.17.
24 Bardi, Ugo, op. cit., pág. 74.
25 Alba Rico, Santiago, *España*, Lengua de Trapo, 2021, pág. 178.
26 Gramsci, Antonio, *Para la reforma intelectual y moral– antología*, Catarata, 2016, pág. 64.

CAPÍTULO 5

1 Sale, Kirkpatrick, *Dwellers in the Land: The Bioregional Vision*, Random House, 1985.
2 Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis, *En la espiral de la energía*, 1ª ed., Libros en Acción, 2014, pág. 279.
3 Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis, *En la espiral de la energía*, 2ª ed., Libros en Acción, 2018, pág. 282.
4 Para ampliar información sobre el Periodo especial cubano en clave de laboratorio ecosocial, véase Santiago Muíño, Emilio, *Opción cero. El reverdecimiento forzoso de la Revolución cubana*, Catarata-FUHEM, 2017.
5 Morgan, Faith (Dir.), *The Power of Community: How Cuba survived the Peak Oil*, AlchemyHouse Productions, 2006.
6 Díe, Luis y Jaráiz, Germán, *Transformaciones en los dinamismos de participación política y asociativa en la sociedad española. Una comparativa con base en los datos de la encuesta FOESSA de 2007 y 2013*, Fundación FOESSA, 2014.
7 Klein, Naomi, *This Changes Everything: Capitalism vs. the Climate*, Simon & Schuster, 2014 [trad. esp.: *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, Paidós, 2015, pág. 292].

CAPÍTULO 6

1 Servigne, Pablo, Stevens, Raphaël y Chapelle, Gauthier, citados por Tanuro, Daniel, «La inmersión de los colapsólogos en una regresión arcaica», Viento Sur, 19 de marzo de 2019, accesible en vientosur.info, <vientosur.info/la-inmersion-de-los-colapsologosen-una-regresion-arcaica/>.
2 Observatorio de Atención al Paciente, *Abordaje de la cronicidad compleja en España datos de enfermos crónicos*, *Informe 2022*, accesible en plataformadepacientes.org, <https://www.plataformadepacientes.org/sites/default/files/informe_2022_oap.pdf>.
3 Kunstler, James Howard, *The Long Emergency: Surviving the Converging Catastrophes of the Twenty-first Century*, Groove/Atlantic, 2005 [trad. esp.: *La gran emergencia*, Barrabés, 2007].
4 Amnistía Internacional, *Datos que matan 2019: La magnitud del comercio mundial de armas*, 23 de agosto de 2019, accesible en amnesty.org,

<https://www.amnesty.org/es/latest/press-release/2019/08/killer-facts-2019-the-scale-of-the-global-arms-trade/>.

5 Piotr Kropotkin citado por Ward, Colin, *Anarquía en acción. La práctica de la libertad*, Enclave, 2013, pág. 65.

6 Solnit, Rebeca, *A Paradise Built in Hell: The Extraordinary Communities That Arise in Disaster*, Penguin Books, 2010 [trad. esp.: *Un paraíso en el infierno. Las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre*, Capitán Swing, 2020].

7 Ellul, Jacques, *Autopsie de la révolution*, Calmann-Lévy, 1969 [trad. esp.: *Autopsia de la Revolución*, Unión Editorial, 1973, pág. 251].

8 Amery, Carl, *Hitler als Vorläufer: Auschwitz - der Beginn des 21. Jahrhunderts?*, Luchterhand, 1998 [trad. esp.: *Auschwitz, ¿comienza el siglo* XXI*? Hitler como precursor*, Madrid: Turner/FCE, 2002, pág. 177].

9 Garzón, Alberto, «Por un socialismo dentro de los límites planetarios», La U. Revista de Cultura y pensamiento, 23 de noviembre de 2022, accesible en la-u.org <la-u.org/por-un-socialismo-dentro-de-los-limites-planetarios/>.

10 Garzón, Alberto, op. cit.

11 Laurnaga, Gorka, *Gramsci en bicicleta. Purismo, estrategia contrahegemónica y ecologismo*, Trabajo Final de Máster, Universitat Politècnica de València/Universidad Autónoma de Madrid, 2022.

12 Bloch, Ernst, *Das Prinzip Hoffnung. In fünf Teilen*, Suhrkamp, 1959 [trad. esp.: *El principio esperanza*, volumen 1, Trotta, 2004].

13 Hulme, Mike, *Why We Disagree About Climate Change*, Cambridge University Press, 2009.

14 Norgaard, Kari Marie, *Cognitive and Behavioral Challenges in Responding to Climate Change*, Policy Research Working Paper, World Bank eLibrary, 2009. Accesible en: <elibrary.worldbank.org/doi/abs/10.1596/1813-9450-4940>..

15 Moser, Susanne y Dilling, Lisa (eds.), *Creating a climate for change. Communicating climate change and facilitating social change*, Cambridge University Press, 2007.

16 Heras, Francisco, *Representaciones sociales del cambio climático en España: aportes para la comunicación*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, pág. 265.

17 Schneider-Mayerson, Matthew, op. cit.

18 Escrivà, Andreu, *Y ahora yo qué hago*, Capitán Swing, 2020, pág. 90.

19 Lázaro, Lara, González, Carmen, y Escribano, Gonzalo, «Los españoles ante el cambio climático», accesible en realinstitutoelcano.org <www.realinstitutoelcano.org/encuestas/los-espanoles-ante-el-cambio-climatico/>.

20 Barnes, Jessica y Dove, Michael, op. cit.

21 Morris, William, *Cómo vivimos y cómo podríamos vivir*, Pepitas de Calabaza, 2004.

22 Bloch, Ernst, op. cit.

23 García Linera, Álvaro y Errejón, Íñigo, *Qué horizonte. Hegemonía, Estado y revolución democrática*, Lengua de Trapo, 2019, pág. 128.

24 Bloch, Ernst, *Erbschaft dieser Zeit*, Suhrkamp, 1962 [trad. esp.: *Herencias de esta época*, Tecnos, 2019].

25 Atwood, Margaret, «Utopías prácticas», en Thunberg, Greta, The Climate Book, Penguin Random House, 2022 [trad. esp.: *El libro del clima*, Lumen, 2022, pág. 363].

CAPÍTULO 7

1 Mumford, Lewis, *The Pentagon of Power. The Myth of Machine Volume Two*, Houghton Mifflin, 1970 [trad. esp.: *El pentágono del poder. El mito de la máquina*, vol.2, Pepitas de Calabaza, 2011, pág. 645].
2 Al respecto, escribimos Héctor Tejero y yo una columna en *El País* defendiendo la necesidad de aterrizar la idea de decrecimiento en políticas públicas poscrecentistas parciales o sectoriales capaces de suscitar amplias alianzas en su defensa. Un enfoque que nos parece más viable que las posiciones maximalistas, de enmienda a la totalidad, que hacen suyos algunos discursos del ecologismo decrecentista. Santiago, Emilio y Tejero, Héctor, «Un enfoque distinto en el debate del decrecimiento», *El País*, 12 de octubre de 2022, accesible en elpais.com <elpais.com/clima-y-medio-ambiente/2022-10-12/un-enfoque-distinto-en-el-debate-del-decrecimiento.html>.
3 Rendueles, César, *Sociofobia*, Capitán Swing, 2013.
4 Dowie, Mark, *Losing Ground: American Environmentalism at the Clouse of the Twentieth Century*, MIT Press, pág. 1996.
5 Gaviria, Mario y Perea Soto, José María, *El paraíso estancado. La complementariedad hispanoalemana*, La Catara, 2015.
6 Pizzigati, Sam, *The Rich Don't Always Win: The Forgotten Triumph Over Plutocracy That Created the American Middle Class 1900-1970*, Seven Stories Press, 2012 [trad. esp.: *Los ricos no siempre ganan. El triunfo sobre la plutocracia que originó la clase media*, Capitán Swing, 2013, pág. 359].
7 Hall, Stuart, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*, Verso, 1988 [trad. esp.: *El largo camino de la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda*, Lengua de Trapo, 2018].
8 Respecto a esta cuestión fundamental, el trabajo más importante que se está realizando en español lo desarrolla Xan López en su *newsletter* Amalgama, que esperamos que pronto pueda ser un libro importante para los debates en curso.
9 Olabe, Antxon, op. cit.
10 Gorz, André, *Ecológica*, Clave Intelectual, 2012.
11 Herrero, Yayo, « Contra el capitalismo del desastre», CTXT, 16 de agosto de 2022, accesible en ctxt.es, <ctxt.es/es/20220801/Firmas/40556/yayo-herrero-carta-a-la-comunidad-crisis-eco-capitalismo-cambio-climatico.htm>.
12 Rendueles, César, *En Bruto. Una defensa del materialismo histórico*, Catarata, 2016.
13 Frase, Peter, *Four Futures Life After Capitalism*, Verso, 2016, [trad. esp.: *Cuatro futuros*, Black Books, 2020, pág. 101].
14 Dixson-Declève, Sandrine et al., *Earth for All. A Survival Guide for Humanity*, New Society Publishers, 2022.
15 Whitman, Walt, *Hojas de hierba*, edición de José Antonio Gurpegui, Espasa, 2002, pág. 117.